

AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

NICOLE WILLIAMS

Enamorarse de él fue fácil.

¿Permanecer juntos?

CASI

~~IMPOSIBLE~~



13

Cuando Jade decidió pasar el verano en California con su tía, creía saber dónde se estaba metiendo. Pero nada podría haberla preparado para Quentin. Nunca ha vivido mucho tiempo en suburbios, y aun así Jade sabe que su irritante (e irritantemente mono) vecino implica P-R-O-B-L-E-M-A-S. Por su parte, cuando Quentin descubre que Jade tiene la intención de pasar el verano en casa leyendo libros, organiza otros planes. Salir a hurtadillas, quedarse despiertos hasta tarde o incluso nadar a medianoche; Quentin se ha propuesto ofrecerle a Jade días —y noches— para recordar. Pero a pesar de sus perfectos encuentros, cada vez que Jade intenta acercarse, Quentin se aleja. Está claro que guarda un secreto, y Jade está decidida a descubrirlo.


Nicole Williams

Casi imposible



Título original: *Almost impossible*
Nicole Williams, 2018
Traducción: Isabel de Miguel, 2018

Revisión: 1.0

 03/12/2019



*Dedicado a ti, que lees este libro.
Tal vez seas uno más de los siete mil quinientos millones,
pero nunca olvides que también eres uno
entre siete mil quinientos millones.*



Capítulo uno



Todo era posible. Por lo menos, eso parecía.

El verano de 2017 iba a ser algo grande. Lo sabía. Podía *sentir* —tanto por el nudo de nervios y emoción que notaba en las tripas como por el aire que vibraba a mi alrededor— que este sería el verano, *mi* verano.

—Última oportunidad de echarte atrás o de callarte para siempre —canturreó mi madre desde el asiento trasero del taxi que habíamos tomado en el aeropuerto.

Me apretó la mano todavía más, con lo que acabó de cortarme la circulación. Si es que todavía circulaba algo.

Antes de responder, intenté fingir el punto justo de inseguridad.

—Hasta luego, última oportunidad. —Saqué la mano por la ventanilla para decir adiós.

Mi madre suspiró y me apretó la mano con más fuerza todavía. Ya la sentía casi dormida. Si mamá no aflojaba su mortífero apretón, llegaría manca al verano de 2017.

Mi madre estaba a punto de emprender una gira internacional con su grupo musical, Shrinking Violets, después de un gran éxito, pero ahora estaba mustia porque era el primer verano que no estaríamos juntas. De hecho, era la primera vez que nos separábamos.

Logré convencer a mi madre de que me dejara quedarme en Estados Unidos con la familia de su hermana a base de insistir en que antes de dejar el instituto quería experimentar lo que era vivir un verano como una adolescente norteamericana normal y corriente. Antes de ir a la universidad tenía la oportunidad de saber lo que era permanecer en un mismo lugar, con la misma gente. La última oportunidad de comprobar cómo era realmente la vida de una adolescente norteamericana.

Y mi madre se convenció..., *por fin*.

Tendría a las mujeres de su banda y a sus decenas de miles de seguidores para hacerle compañía. Podía estar sin mí un par de meses. O eso esperaba yo.

Mamá y yo siempre habíamos estado juntas. Me tuvo a mí cuando era joven —pero joven, joven— y, aunque su novio se largó prácticamente antes del test de embarazo, a ella no le fue mal sola.

Habíamos crecido juntas, y yo era consciente de que mi madre se había perdido muchas cosas por cuidarme. Quería que este verano también fuera especial para ella. Un verano para disfrutar sin preocuparse de su hija adolescente. Además, quería darle la ocasión de saber cómo sería la vida sin mí. Yo me iría pronto a la universidad, en alguna parte, y suponía que entrar poco a poco en la fase del nido vacío sería mejor que si entraba de golpe.

—Has puesto la crema protectora solar en la maleta, ¿verdad?

Mamá se inclinó para asomarse por la ventanilla y miró con suspicacia el cielo azul. Hizo tintinear sus brazaletes.

—Factor de protección 70 para los días muy calurosos, 50 para los días calurosos y 30 para los días nublados.

Acaricié con el pie la vieja bolsa de lona que yacía a mis pies. Hacía diez años que viajaba conmigo alrededor del mundo, de modo que la tela se notaba suave y gastada.

—Así habla mi niña de piel clara.

Mamá me miró con expresión preocupada. La línea entre sus cejas se hizo más profunda.

—Tú también deberías usar protección solar —dije yo—. No vas a tener siempre treinta y tantos años, ¿sabes?

Mamá exhaló un gemido.

—No me lo recuerdes. Ya ni siquiera el factor de protección solar puede ayudarme. No puede hacer nada por el culo caído y las patas de gallo.

Se pellizó unas arrugas invisibles y meneó el trasero contra el asiento del coche.

Ahora fui yo quien dejó oír un gemido. Ya resultaba incómodo que la gente nos tomara siempre por hermanas, pero lo peor era que mamá pudiera ponerse los mismos vaqueros que yo (y se los ponía). Debería estar prohibido que una madre cogiera la ropa del armario de su hija adolescente.

Cuando el taxi entró en Providence Avenue sentí una súbita punzada de pánico. No por mí, sino por mi madre.

¿Sobreviviría a un verano sin mí a su lado para recordarle cuándo llegaría la factura del móvil o para poner al día su calendario de modo que supiera dónde tenía que estar y cuándo? ¿Estaría bien, aunque no me tuviera a mí para recordarle que la fruta y los vegetales forman parte de la pirámide alimenticia por algo y para comprobar que no faltara nada entre bastidores?

—Eh. —Mamá me miró como si pudiera leer mis pensamientos—. Estaré bien. Soy una mujer de treinta y cuatro años fuerte y capaz.

—El cargador del teléfono.

De un tirón saqué el cargador que colgaba de su enorme bolso tachonado de metal. Lo había envuelto en cinta adhesiva de un rosa chillón para que fuera fácil de distinguir.

—Te he puesto otros dos cargadores en la maleta para que te duren todo el verano. Cuando uses el último, no te olvides de comprar otros dos para estar...

—Jade, por favor —me interrumpió—. Solo he extraviado unos cuantos, no es que haya perdido...

—¿Treinta y dos cargadores en los últimos cinco años? —Mamá abrió la boca para protestar, pero la interrumpí—. Tengo los recibos que lo demuestran.

Cerró la boca de golpe. El taxi entraba ya en el jardín de mi tía.

—¿Qué voy a hacer sin ti?

Mamá tragó saliva. Con un gesto bajó las gafas de sol que llevaba sobre la frente a fin de

ocultar las lágrimas que —para mi sorpresa— humedecían sus ojos.

Yo sabía ocultar mis emociones mejor que ella, de modo que no tuve que rebuscar en mi bolso las gafas de sol.

—Uf, no lo sé. ¿Y si haces una gira mundial que sea un éxito arrollador? ¿Seis continentes en tres meses? ¿Quince conciertos en noventa días? Ese tipo de cosas.

Mamá esbozó una sonrisa. Le encantaba la música —componerla, escucharla, interpretarla— y era una música de los pies a la cabeza. No se había apuntado a esto para hacerse famosa ni para entrar en los 40 Principales ni nada parecido, sino porque la música formaba parte de ella. Cuando cantaba frente a una docena de oyentes en un café abarrotado era la misma que ahora, vocalista principal de una de las mayores bandas del mundo, actuando en estadios donde cabían miles de personas.

—Suena genial. Tantos países, tanta aventura...

Mamá tenía la mano en la manilla de la puerta del taxi, pero, más que abrirla, parecía querer mantenerla cerrada.

—¿Seguro que no quieres acompañarnos?

Le devolví una débil sonrisa. El alborotado pelo castaño le caía sobre las enormes gafas oscuras. Mamá tenía una inmensa sed de aventuras —siempre la había tenido y siempre la tendría— y le resultaba difícil entender que su propia hija no sintiera lo mismo.

—¿Me prometes que me telefonarás y me enviarás fotos cada día?

Por el rabillo del ojo vi al taxista de pie junto a mi ventanilla, con mi equipaje en la mano. Aquí me quedaba yo.

Mamá suspiró y levantó hacia mí el dedo meñique.

—Te lo prometo.

Enrosqué mi meñique alrededor del suyo y forcé una sonrisa.

—Te quiero, mamá.

Su dedo apretaba el mío con la misma fuerza con la que me había apretado la mano durante el viaje.

—Te quiero, pase lo que pase.

Dicho esto, abrió la puerta con fuerza y salió del taxi, pero vi que una lágrima se le escapaba por debajo de las gafas de sol.

Cuando salí del taxi, no quedaba ni rastro de aquella lágrima ni de ninguna otra. Mamá lloraba tan a menudo como escribía canciones de amor. En otras palabras, nunca.

Mientras ella buscaba en el monedero el dinero para pagar el taxi, yo inspeccioné la casa que había frente a mí. La había visitado por última vez el Día de Acción de Gracias, hacía tres años. ¿O eran cuatro? No lo recordaba, pero era el tiempo suficiente para olvidar lo blanca y brillante que era la casa de mis tíos, cómo relucían sus impecables ventanas y lo bien cuidado que estaba el jardín. Tanto que parecía de mentira.

Era totalmente opuesto a los viajes en autocar y los hoteles de larga estancia en los que había transcurrido toda mi vida. Mi madre, Meg Abbott, no era un ejemplo de pulcritud.

—En el bolsillo de cremallera trasero —le dije a mi madre, que seguía buscando el dinero en su monedero.

—¡Ajá! —anunció, entregándole unos pocos billetes al taxista, cuya paciencia se estaba agotando.

Mi madre agarró las maletas y se colocó junto a mí, preparada para todo.

—De modo que esa obsesión enfermiza por la limpieza empeora con el tiempo.

Mamá contempló boquiabierta el caminito que llevaba a la puerta de entrada, pintada de un azul cobalto, con una reluciente placa que rezaba: Davenport. No sería exagerado afirmar que la mayoría de las superficies donde yo había comido no estaban tan limpias como el tramo de cemento que se extendía ante mí.

—Mamá... —dije en tono de advertencia.

Se había acercado a las macetas que había bajo las ventanas, rebosantes de geranios rojos, y vi que se estremecía.

Nos encaminamos a la puerta de entrada.

—No soy mala —explicó—. Aprecio las diferencias que existen entre mi hermana y yo. Eso es todo.

En ese preciso momento, se abrió la puerta y mi tía salió como si flotara, con una sonrisa perfectamente medida y el cabello perfectamente peinado.

—Aprecio las diferencias —musitó mientras nos acercábamos a la puerta.

Tuve que morderme el labio para no soltar una carcajada. Las hermanas se abrazaron.

Mi madre es de estatura algo inferior a la media, como yo, y tiene el pelo oscuro y largo. Tía Julie, en cambio, es alta y delgada y luce una rubia melena —que no deja de mover a un lado y a otro— por encima de los hombros. Sus ojos son de un azul casi tan claro como los míos, mientras que los de mamá son oscuros como su cabello.

Pero no era solamente su físico lo que las hacía tan diferentes; era todo. Desde la forma de vestir —mamá de un tono oscuro, mientras que el color más oscuro que le he visto a tía Julie es el malva— hasta sus gustos en comida. Mamá se encuentra en el extremo picante del arco, mientras que tía Julie prefiere el sabor suave.

Mamá miraba a tía Julie.

Tía Julie le devolvía la mirada.

Así estuvieron veintiún segundos. Los conté. La última mirada, cuatro años antes, duró cuarenta y nueve segundos. Habíamos mejorado.

Finalmente, tía Julie entrelazó las manos y dejó ver sus uñas cuidadas y recién pintadas.

—Hola, Jade. Hola, Megan.

Al oír su nombre de pila, mi madre se puso tiesa como una escoba. Tía Julie es ocho años mayor, pero actuaba más como una madre que como una hermana.

—¿Qué pasa contigo, Jules?

Tía Julie frunció los labios al oír el apodo que su hermana había inventado para ella. Retrocedió un par de pasos y nos invitó a entrar con un gesto.

—¿Bien?

Obedecí la indicación de agarrar el equipaje y seguir a mamá, que subía los escalones pisando con fuerza.

—¿Eso es todo? ¿En serio? —preguntó mamá. Al pasar junto a tía Julie le dio un codazo.

—Estoy haciendo lo correcto —repuso tía Julie.

—Lo que tú llamas hacer lo correcto yo lo llamo haberse ablandado con los años.

Dicho esto, atravesó la puerta corriendo, como si temiera que tía Julie le diera una patada en el trasero o algo así. La idea de que tía Julie pudiera dar una patada a alguien me hizo sonreír.

—Jade. —Esta vez la sonrisa de tía Julie era auténtica. Tomó de mi mano la bolsa de lona—. La última vez que te vi eras una niña, y mírate ahora. Te has hecho mayor.

—Eh, tía Julie. Gracias otra vez por dejarme pasar el verano con vosotros.

Me detuve indecisa, sin saber si tenía que abrazarla o seguir andando. Hubo un momento de incomodidad, hasta que tía Julie tomó la decisión por mí y me dio una palmadita en la espalda. Después de eso, seguí andando.

Tía Julie no era fría ni distante, simplemente mostraba su afecto de otra manera. Pero yo sabía que se preocupaba por mi madre y por mí. De otro modo no contestaría al teléfono al primer timbrado cuando la llamábamos, cada dos o tres meses. Tampoco habría accedido rápidamente cuando hace unos meses mamá le preguntó si yo podía pasar el verano con ellos.

—Te mostraré tu habitación.

Tía Julie cerró la puerta tras ella y nos condujo a través del salón.

—Paul y yo reformamos la habitación para hacerla más apropiada para una adolescente.

—¿En lugar de para una monja de ochenta años fascinada por los edredones y las figuritas de ángeles? —dijo mamá, mordisqueando el descascarillado esmalte negro de una uña.

—No esperaba que alguien cuya idea de una vivienda *feng shui* es meter la ropa sucia bajo la cama supiera apreciar mi estilo —replicó rápidamente tía Julie, como si hubiera estado esperando la pulla de mamá.

Intervine antes de que pudieran profundizar en el tema.

—No tenías por qué hacerlo, tía Julie. La habitación de invitados tal como estaba habría sido genial.

—Y hablando del santo conocido también como mi cuñado, ¿dónde está Paul?

Mamá se giró hacia nosotras y continuó avanzando de espaldas.

—En el trabajo. —Tía Julie se detuvo frente a una habitación—. Le habría gustado estar aquí, pero últimamente tiene mucho trabajo.

Tía Julie le arrebató a mamá el ángel de porcelana que esta había asido de la mesa del salón, lo devolvió cuidadosamente a su sitio y, tras vacilar un instante, ajustó milimétricamente el emplazamiento.

—¿Dónde están las gemelas? —pregunté, buscando signos de Hannah y Hailey en el salón. Las había visto por última vez cuando estaban en preescolar, pero se comportaban como si fueran a primaria. Eran simpáticas, pero demasiado bien educadas e inteligentes.

—En el campamento chino —respondió tía Julie.

—¿Aprendiendo a comer *dim sum* y a hacer dragones de papel? —preguntó mamá. Parecía casi sorprendida.

Tía Julie suspiró.

—Aprendiendo la *lengua* china.

Tía Julie abrió una puerta y me indicó con un gesto que entrara. En cuanto puse un pie en la habitación, los ojos se me pusieron bizcos.

¡Todo era rosa!

Rosa chillón, rosa pálido, rosa brillante, rosa chicle. Todas las variedades del rosa parecían estar representadas en aquel espacio cuadrado.

—¿Qué te parece?

Tía Julie se me acercó entusiasmada, con una amplia sonrisa en el rostro.

Me esforcé por sonreír.

—Me encanta. Es estupendo. De verdad, fantástico. Y tan... rosa.

—¿A que sí? —La voz de tía Julie era casi un chillido. Ni remotamente la hubiera creído capaz de emitir un sonido tan agudo—. Incluso contratamos a una diseñadora. Le expliqué que eras una joven de diecisiete años y dejé que ella hiciera el resto.

Eché un vistazo al espejo de cuerpo entero enmarcado en —cómo no— piedras preciosas de color rosa fucsia y me pregunté qué había llevado a mi tía a clasificarme como muy femenina. Yo me compro la ropa en tiendas *vintage* de segunda mano, voy siempre con vaqueros gastados y de colores naturales, no de los fabricados en el país de Oz. Llevaba zapatillas deportivas, unos vaqueros cortados y una blusa ancha de color verde oliva, lo que me situaba más bien en el otro extremo. Mi último gesto femenino había sido llevar maquillaje en Halloween. Iba disfrazada de zombi.

A mi lado, mamá miraba la habitación con la boca abierta, como si estuviera ante un macabro escenario del crimen.

—¿Qué de... *rosa!* —corrigió tras recibir mi codazo de advertencia.

—No tenías por qué hacerlo —le dije con una sonrisa a tía Julie, que se volvía hacia mí con la felicidad pintada en el rostro.

—Eso es, Jules. No tenías por qué, *en serio* —dijo mamá. Acababa de ver un peludo taburete rosa debajo del tocador, sobre el que se cernía una enorme lámpara de araña de un rosa pálido.

—Es la primera habitación de verdad que ha tenido jamás esta niña. Claro que tenía que hacerlo. No podía dejar de hacerlo.

Se acercó a la cama y alisó una diminuta arruga en la colcha.

—Jade ha tenido muchas habitaciones —dijo mamá para animarme a hablar. Me estaba dando la oportunidad de decir algo. Ignoraba que se necesitaría mucho más que una horrenda habitación rosa para hacerme desistir.

—Oh, por favor. La habitación de Harry Potter, en un armario bajo la escalera, era mucho más confortable de lo que Jade jamás ha tenido. No cualquier cosa que rueda por la autopista o esté sujeta al suelo de un hotel puede considerarse hogar adecuado para una jovencita.

La tía Julie no pretendía atacar a nadie, simplemente se mostraba sincera.

Mi madre se había puesto muy colorada, pero, antes de que pudiera soltar cualquier cosa, la interrumpí.

—Tía Julie, ¿te importa dejarnos a mamá y a mí a solas unos momentos? Ya sabes, para despedirnos y todo eso.

Aunque apenas visitábamos la casa de Providence Avenue, ya había adoptado mi papel de árbitro. Era como una segunda naturaleza para mí.

—Claro que no me importa. Tendremos mucho tiempo para ponernos al día. —Tía Julie me dio otra palmadita en la espalda antes de dejarnos solas—. Tenemos todo el verano. —Acababa de desaparecer cuando volvió a asomar la cabeza—. Meg, ¿puedo ofrecerte algo de beber antes de que salgas corriendo?

—*Whisky* —dijo mamá sin dudar un instante.

Tía Julie soltó una breve carcajada, como si hubiera oído un chiste, y se alejó.

Arrojé mi bolsa de lona sobre la alfombrilla de cebra con rayas rosas.

—Mamá...

—Creciste viendo mundo, experimentando cosas que mucha gente no llega a conocer en toda su vida. —Hablabla en un tono cada vez más alto—. Posees una perspectiva millones de veces más amplia que los jóvenes de tu edad. Tienes muchísima más capacidad de compasión y el conocimiento de que el mundo no gira a tu alrededor. ¿Quién se ha creído que es para pintarme como una madre incapaz cuando lo único que le interesa es que sus hijas sean unos genios obedientes como robots? No tiene ni idea de lo que fue para mí, de lo duro que fue.

—Mamá —repetí, colocándole las manos sobre los hombros y mirándola a los ojos—. Lo has hecho muy bien.

Pasó un minuto antes de que se desvaneciera el rojo de su rostro y otro antes de que su cuerpo se relajara.

—Tú sí que eres grande. Lo único que he hecho es intentar no ser un obstáculo y permitir que toda tu grandeza se manifestara.

—Y, si te soy sincera, preferiría cualquiera de las habitaciones que hemos compartido antes que esta catástrofe rosa.

Era una especie de mentira, una de las más pequeñas. Claro que el rosa estaba entre las cosas que detestaba, pero la habitación estaba limpia, tenía una puerta y yo iba a permanecer en el mismo sitio por lo menos los próximos meses. Después de vivir casi toda la vida con las maletas hechas y con mi muda en una bolsa de viaje, tenía ganas de descubrir lo que era una vida con un armario y una cómoda.

Mamá me echó los brazos al cuello y me dio uno de esos apretados abrazos de despedida que son tan emotivos. Claro que esta vez sí que era una despedida. Me sentí como si tuviera una pelota de tenis metida en la garganta.

—Te quiero, pase lo que pase —me susurró mamá al oído. Eran las mismas palabras que cantaba y que en ocasiones me había gritado. Mi madre nunca se limitaba a decir «te quiero». No le gustaba pronunciar esas dos palabras sin más. Eran demasiado abiertas, demasiado indefinidas; era muy fácil desdecirse de ellas cuando algo iba mal.

«Te quiero, pase lo que pase» fue siempre su manera de decirme que jamás dejaría de quererme. Un amor incondicional. Antes de mí, nunca había experimentado ese tipo de amor, me dijo. Y lo que yo deduje por mi cuenta era que ninguna otra persona más que yo la había correspondido de esa manera.

Estreché un poco más a mi madre entre mis brazos. Le devolví el abrazo de despedida.

—Yo también te quiero, pase lo que pase.

Capítulo dos



Seguía frente a la ventana de mi cuarto, con la mirada fija en el lugar por donde había desaparecido el taxi de mamá. Me pregunté si ella también estaría mirando por la ventanilla.

Al pensar en mi madre sola, un sinfín de escenarios catastróficos me pasaron por la mente a toda velocidad. Y mi labio inferior se llevó sin duda la peor parte de esta tensión nerviosa.

Intenté convencerme de que mi madre estaría bien. Cuando estás en lo más alto, tienes fantásticos agentes y ayudantes que te apoyan. Y estaban, además, sus compañeras del grupo musical..., lo que no me inspiraba demasiada confianza, porque yo era la más madura de todas. Más que todas ellas juntas, seguramente. Pero cuidaban unas de otras.

Estará bien. Todo irá estupendamente.

No sabía cuánto tiempo había estado mirando por la ventana cuando llamaron suavemente a la puerta.

—¡Adelante! —Me obligué a abandonar mi puesto de observación y adopté una expresión neutral.

—Quería ver si necesitabas ayuda para deshacer el equipaje —dijo tía Julie al entrar en la habitación.

Pero entonces vio que tanto mi maleta como la bolsa de lona estaban en el mismo lugar donde las habían dejado, y con la cremallera todavía cerrada.

—O para *empezar* a deshacer el equipaje.

Yo estaba tan acostumbrada a vivir con las maletas hechas que ni siquiera se me había ocurrido empezar a colocar mis pertenencias. Tenía muchas otras cosas que experimentar antes de instalarme, pero tía Julie se había propuesto una misión. Vi que se arremangaba su bien planchada blusa blanca y se recogía el cabello detrás de las orejas.

—Me parece bien —dije.

Me ocupé de la bolsa de lona, puesto que tía Julie ya había elegido la maleta.

—Estamos tan contentos de tenerte aquí, Jade... Ya sé que no nos hemos visto mucho y que solo hablamos de vez en cuando, pero eres nuestra sobrina y puedes venir siempre que quieras.

Supongo que ya lo sabes.

Tiré la bolsa de lona sobre la cama y abrí de un tirón la cremallera.

—Ya lo sé.

—La verdad es que no entiendo que no lo pidieras antes, cuando te lo ofrecíamos. —Tía Julie levantó la parte superior de la maleta y en su frente se formó una arruga—. Un verano en la costa californiana es el sueño de la mayoría de las adolescentes.

Me encogí de hombros. Saqué de la bolsa mi colección de cremas solares y las coloqué sobre el tocador por orden descendiente de factor de protección.

—Me gusta estar en la carretera con mamá. Viendo cosas nuevas, conociendo a nuevas personas. Cada día es diferente del anterior.

Tía Julie desdobló frente a ella mis vaqueros favoritos y abrió los ojos como platos al ver los agujeros en las rodillas y lo mucho que los «quería». Los encontré en una tienda *vintage* en Portland hacía unos meses y desde entonces los llevaba todo el tiempo. Quienquiera que los hubiera llevado antes que yo también se los puso mucho, así que tenían mucha carretera.

—Entonces, ¿qué te decidió a aceptar nuestra oferta este verano? Es la primera vez que el grupo de tu madre ocupa los primeros puestos. Sería normal que no quisieras perdértelo.

Tía Julie dobló con cuidado los vaqueros y los dejó en el último cajón de la cómoda. Tan apartados como era posible.

—También es mi último verano antes de graduarme en el instituto y empezar la universidad.

Saqué a continuación mi neceser. Comprendí que tenía una razón para vaciarlo y colocar las cosas sobre el estante.

—Quería averiguar cómo era vivir en un barrio residencial, llevando una vida normal.

Tía Julie soltó una carcajada.

—Seguro que te gusta tener una rutina, unos horarios, un entorno estable. No logro entender cómo a tu madre se le ocurrió arrastrar a una niña de aquí para allá, persiguiendo un sueño absurdo.

Lo dijo en un tono agradable, pero sus palabras me hirieron. Parecía cuestionar la forma de criarme de mi madre.

—Tenía una rutina. Y un entorno estable.

—Jade, querida, pero si nunca te quedabas más de dos semanas en un mismo sitio.

Me encogí de hombros mientras rebuscaba en la bolsa de lona.

—El escenario cambiaba, pero era casi lo único. Mamá siempre estaba allí para lo que necesitara, y lo mismo las demás componentes de la banda. Iba al colegio, tenía amigos, tenía mis aficiones. Nuestra situación en el mapa era cambiante, pero nada más.

Tía Julie, que seguía desplegando cada prenda de mi maleta, intentó disimular su expresión de sorpresa cuando desenterró otro tesoro hallado en una tienda de segunda mano.

—¿Amigos? ¿Cómo conseguías tener amigos en un lugar cuando tu madre no tardaba nada en sacarte de allí?

—Aprendí a ser muy simpática —dije, y le dediqué una sonrisa empalagosa que la hizo sonreír.

—¿Y los deberes? Tu madre ni siquiera acabó el instituto. ¿Cómo podía enseñar a su hija cosas que no había aprendido?

Al llegar al tercer par de vaqueros cortados y en las mismas condiciones que los anteriores,

tía Julie exhaló un suspiro y abandonó su tarea. Allí no había nada rosa y sin estrenar, si era eso lo que esperaba encontrar.

—Mamá obtuvo su título de graduado escolar —dije. Me pareció que tía Julie quería apostillar algo, pero no lo hizo—. Se pasaba horas estudiando mi programa de lecciones para tener tiempo de prepararse.

La expresión de incredulidad de tía Julie fue tan marcada que sus cejas desaparecieron bajo la línea de nacimiento del pelo.

—Meg suspendió geometría. Y biología también, si mal no recuerdo.

Y química, y economía del hogar también.

—Algunas de las asignaturas más difíciles las estudiamos juntas. Tenemos un sistema. Y funciona.

Tía Julie suspiró de nuevo. Yo me esforcé por encontrar temas que apartaran la conversación de mi madre. Tal vez tía Julie quisiera a su hermana, pero era incapaz de hablar de ella sin que pareciera que mi madre la había traicionado un centenar de veces y en muchos momentos distintos.

—Es evidente que quieres ir a la universidad. Y es una irresponsabilidad que tu madre no haya hecho lo posible para que tengas las mejores oportunidades. —Iba a decir algo más, pero se mordió la lengua—. Te buscaré un tutor para este verano. Uno bueno, excelente. Uno que te ponga a la altura de tus compañeros.

—Lo cierto, tía Julie, es que desde el jardín de infancia voy por delante de mis compañeros de clase. No hace falta que busques a ese bueno-excelente tutor. Pero gracias.

—Que tu madre te diga que eres muy inteligente no significa que una universidad piense lo mismo. Lo siento si suena duro, pero es la verdad.

De nuevo dirigí la mirada a la ventana. Necesitaba respirar un poco de aire fresco si no quería decir algo que luego pudiera lamentar.

—No, pero los exámenes que hacía al final de cada curso decían lo mismo. Ah, y también los exámenes SAT de admisión a las universidades —le dije con una agradable sonrisa, atenta a su reacción.

Tía Julie pasó de la duda a la sorpresa un par de veces, todo en menos de diez segundos. Antes de que pudiera decir algo más, agarré la bolsa de tela que estaba sobre la cama y me la colgué del hombro.

—¿Te importa que salga un rato a explorar? Me gustaría orientarme en esta tierra desconocida de los barrios residenciales.

Pedir permiso para salir me hizo sentir un poco rara. A mi madre solamente le decía adónde iba y cuándo estaría de vuelta, pero imaginaba que con tía Julie no sería tan fácil.

Por la cara que puso, cualquiera diría que le había anunciado que pensaba correr desnuda por el vecindario.

—¿Adónde pensabas ir? ¿Quieres que vayamos juntas al centro comercial a comprarte algo de ropa?

Menuda m... La sola idea de ir a un centro comercial me daba escalofríos. No había vuelto a poner los pies en uno desde que tenía cuatro años y mamá intentó arrastrarme —yo gritaba y pataleaba— a visitar a un aburrido Papá Noel en Sarasota. Ni siquiera habíamos atravesado la puerta de dos hojas de la entrada cuando mi madre dio media vuelta y abandonó su plan de torturarme poniéndome en manos de un apuesto Papá Noel del centro comercial.

—La verdad es que pensaba dar una vuelta a pie. Para ver lo que haya que ver.

—¿No pensabas en ningún sitio en particular?

Oh-oh. El tono. Ese tono que adoptan para que los adolescentes se sientan totalmente desconcertados. Había llegado el momento de improvisar si no quería saber lo que era pasar el resto del verano en la proverbial celda o algo peor.

—Pensaba buscar un trabajo para el verano. Es lo que hacen muchos adolescentes, ¿no?

Tía Julie pareció tranquilizarse. Un poco.

—Sí, desde luego. Supongo que sí. ¿Y dónde pensabas buscar?

En cualquier sitio excepto el centro comercial.

Mientras yo meditaba sobre cómo expresar esto sin mostrar desprecio por su historia de amor con mi pesadilla personal de ladrillo y cemento, tía Julie chasqueó los dedos.

—Mira, hace un rato fui a la piscina municipal y vi un letrero que decía que seguían ofreciendo empleos para el verano. ¿Crees que podría interesarte?

Sentí tal alivio que mi cuerpo se relajó visiblemente.

—¡Sí! —dije en lo que sonó como un chillido—. Me parece perfecto.

Mientras tía Julie me explicaba cómo llegar, yo intentaba no demostrar demasiado entusiasmo para que no se alarmara. Tal vez fuera la adolescente más responsable de la comarca, pero es que, al contrario que la mayoría de los jóvenes de mi edad, había vivido con una madre que confiaba en mí.

Sospechaba que tía Julie y tío Paul no serían tan abiertos como mi madre a la hora de dejarme entrar y salir a mi aire. Debía ayudarlos a que se hicieran a la idea, convencerlos de que podían confiar en mí, de modo que cuando les pidiera permiso para salir unas horas no me imaginaran automáticamente como la atracción principal de una orgía de borrachos.

—¿Quieres que te lleve en coche? —Tía Julie buscaba ya las llaves y el bolso mientras me acompañaba a la puerta.

—Ha sido un vuelo muy largo y hace un día precioso. Me gustaría caminar, si no te importa —dije con un golpe de audacia, para zanjar el tema.

Si le hubiera dicho esto a mi madre, se me habría quedado mirando como si me hubiera vuelto loca.

—Es un largo camino. Más de un kilómetro y medio. Deberías llevarte la bici de tío Paul, por si acaso.

Preferí no explicarle que muchas veces caminaba varios kilómetros para encontrar una estación de servicio donde vendieran bebidas Isee. Estaba dispuesta a recorrer el camino en monociclo, si era preciso, con tal de estar un rato a solas.

—Lo de la bici suena genial.

Capítulo tres



Resultó que la bici no era genial. Nada en absoluto. Y había montado muchas bicis en diversos grados de decadencia. Por la capa de polvo acumulada en el sillín deduje que tío Paul la montó por última vez en una vida anterior. La cadena rechinaba tan fuerte cuando no salía del plato que, dos manzanas por delante, la gente volvía la cabeza para verme llegar. Los frenos, sin embargo, funcionaban. Cada vez que los tocaba sonaban como si intentaran detener un tren de carga, pero por lo menos cumplían su función.

Cuando por fin logré convencer a este pretendidamente eficiente medio de transporte de que me llevara a la piscina municipal de la que me había hablado tía Julie, habría tenido tiempo de ir y volver andando dos veces. Y caminar habría sido una mejor opción, porque ahora me presentaba a pedir trabajo con las manos y los brazos manchados de grasa. Además, con las veces que había tenido que pararme a pleno sol en la cuneta para revisar la bici, Limón, estaba sudada y acalorada. Y sí, cuando me incliné para apoyar la bici en la tela metálica que rodeaba la piscina, observé que tenía manchas de sudor. Había un aparcamiento de bicicletas, y tía Julie me había dado un candado para la bici, pero nadie iba a robar ese trasto. No tendría esa suerte.

En la piscina, los niños gritaban y salpicaban mientras los padres estaban ocupados bronceándose y consultando el móvil. No parecía un mal sitio para trabajar durante el verano. Estaría al aire libre, lo que siempre es un plus —con la protección adecuada, y reponiéndola cada 90 o 120 minutos—, no quedaba lejos y era un lugar donde la gente iba a pasarlo bien.

Como trabajo de verano, parecía ideal. Ojalá todavía necesitaran a alguien, tal como sugería el enorme cartel de nilón colgado en la valla que se veía desde la concurrida carretera.

Me acerqué a la entrada, pero no vi a nadie sentado en la oficina para hacer pasar a la gente o recoger sus solicitudes de trabajo. Puede que tuvieran una pila de formularios para rellenar, de modo que me llevaría uno y volvería cuando no tuviera el aspecto de salir de una refriega con una legión de monstruos untados de grasa.

Pero —*de nuevo*— no tuve esta suerte. Debería haberlo imaginado.

Tras esperar unos minutos, decidí localizar a un socorrista para preguntarle si sabía cómo

presentar una solicitud de empleo. Me dirigía a la piscina cuando mi móvil sonó. Había recibido tres mensajes de tía Julie.

«¿Has llegado bien?». «Jade, ¿estás en la piscina?».

Y el último: «Seguro que has dado media vuelta. ¿Dónde estás? Voy a buscarte».

Le envié un mensaje rápido para decirle que estaba bien y que sí, había llegado a la piscina. Exhalé un suspiro cuando me respondió.

«Uf. Dime cuándo sales de allí para que sepa a qué hora esperarte».

Benditos padres sobreprotectores. Tal vez mi madre debía haberme prestado más atención, pero el estilo de tía Julie era del todo asfixiante.

Finalmente, una mujer de mediana edad irrumpió en la oficina. Parecía a la vez aturdida y agotada.

—Lo siento. ¿Llevas mucho rato esperando?

Se precipitó hacia el mostrador como si atenderme fuera un asunto de vida o muerte.

—Solo un par de minutos —dije.

Me froté las manos contra los pantalones recortados en un intento de quitarme la grasa. No era tan fácil, sin embargo.

—¿Vienes para hacerte socia?

Se secó la sudorosa frente con un pañuelo de papel. Jadeaba como si acabara de correr una carrera de media distancia en cuatro minutos.

—La verdad es que vengo por si todavía necesitan a alguien para el puesto.

Después de frotarlas contra los pantalones, mis manos se veían todavía más mugrientas, de modo que las uní detrás de la espalda.

La mujer se dejó caer en la silla que había a sus espaldas.

—Ni te imaginas lo mucho que necesitamos a alguien.

Abrió bruscamente un cajón de metal y rebuscó entre los papeles antes de sacar un dossier.

—¿Pasaría una revisión de antecedentes penales?

Oh, mierda. ¿Era ella *la* persona encargada de contratar? ¿La directora? Dejé de secarme la grasa en los pantalones cortos y empecé a preocuparme por las enormes manchas de sudor.

Un vistazo a la credencial que llevaba en el pecho, donde debajo de Janet aparecía impreso el título directora de piscina, confirmó mis sospechas. Por otra parte, tampoco podía decirse que ella estuviera fresca como una rosa.

—Bueno, cariño. ¿Revisión de antecedentes? —Janet agitó el formulario ante mí—. No tiene sentido perder el tiempo rellenando casillas si no estás limpia de antecedentes.

—Eso depende de en qué estado tengas el encontronazo con alguien —le dije muy seria. Cuando comprendí lo que había dicho y cómo lo había interpretado Janet, levanté las manos, sucias de grasa—. Lo siento, era un chiste. Un chiste *malo* —añadí al ver que la arruga que Janet tenía en el entrecejo se hacía profunda como una grieta—. Sí, puedo pasar una revisión de antecedentes. Nunca he delinquido. En ningún estado. Ni en ningún país extranjero ni en ningún territorio, si vamos a eso.

Genial. Había fastidiado mi primer intento de conseguir un empleo.

—¿Cuándo podrías empezar?

Janet empujó rápidamente el formulario por encima del mostrador.

—Ahora mismo.

Janet parpadeó como si evaluara si hablaba en serio.

—¿Qué horario tienes disponible?

Me encogí de hombros.

—El que quiera.

—Estupendo. Estás contratada.

De haber sido físicamente posible, se me habría caído la mandíbula al suelo.

—¿En serio?

—Siempre que realmente estés limpia de antecedentes penales y que puedas empezar ya. Dios sabe que te necesitamos.

Janet echó una mirada a la piscina y le hizo un gesto con la mano a uno de los socorristas.

—Gracias por el empleo, es fantástico —balbuceé—. Pero..., eh, ¿puedo preguntar en qué consiste el trabajo?

Contuve la respiración, confiando en que no fuera un puesto de socorrista, ya que me faltaba valor para decirle que no tenía el certificado. Sin embargo, Janet señaló con el dedo un quiosco en el extremo opuesto de la piscina. Había un ventanal abierto con lo que parecía una máquina de refrescos y otra de patatas fritas y golosinas, pero dentro no había nadie para atender a la larga cola de personas que esperaban.

—Trabajarás para la concesionaria del quiosco. Servir helados, preparar perritos calientes, ese tipo de cosas.

Janet colocó los formularios ante mí y me entregó un bolígrafo, como si no quisiera dejarme marchar sin haber rellenado los papeles.

—¿Cuál es el horario? —pregunté mientras empezaba a rellenar la primera parte del formulario.

—¿Tienes ya dieciocho años?

Negué con la cabeza.

—Diecisiete.

Janet masculló algo entre dientes.

—Entonces será de cuatro a cinco días semanales.

No me preguntó si me parecía bien. No creo que le importara, siempre que yo continuara rellenando los papeles.

—¿Cuándo quieres que empiece? —Seguí rellenando la siguiente parte de los documentos.

—Mañana.

Respondió tan rápido que le eché una ojeada para comprobar si lo decía en serio. Y sí.

—¿Estarán hechos y aprobados todos los papeleos?

—Dada mi situación actual, te aseguro que lo estarán.

Una familia del tamaño de una pequeña población se puso a la cola del quiosco y Janet hizo un gesto de dolor.

—Tengo que volver allí, pero déjalo todo aquí cuando acabes. Te veré mañana a las diez.

—¿En serio? ¿Eso es todo?

Nunca me imaginé que fuera tan sencillo conseguir un primer trabajo.

—Normalmente me gusta conversar con los nuevos empleados, y que también tengan una charla con el jefe de los socorristas, pero hoy tiene fiesta y hay un grupo de gente que tirará el quiosco abajo si no aparece nadie a servirlos. De modo que ya lo conocerás mañana. —Janet

había empezado a correr hacia el quiosco, pero se detuvo de repente—. Oh, la paga semanal empieza en doce cincuenta, pero hay oportunidades de aumento después de dos semanas, y otra vez un mes más tarde. Al final del verano podrías estar ganando casi lo mismo que los socorristas cuando empiezan.

Le sonreí como si fuera una magnífica noticia. Lo cierto es que nunca he sido derrochadora. Además, quería el trabajo para salir de casa y hacer algo.

—Es genial. ¡Gracias de nuevo!

Levanté el bolígrafo y me sentí como una idiota dándole las gracias a mi jefa por un trabajo, igual que una persona que le da las gracias al camarero por el café. A continuación, acabé de rellenar los formularios lo más deprisa que pude.

Tras comprobar que había rellenado todas las casillas y firmado en todos los espacios en que había que firmar, dejé los papeles sobre el escritorio y fui en busca de Limón. Lo más probable era que en lugar de volver en bici a casa me tocara cargar con ella.

Antes de llegar a la bici, pasé por delante de una vieja camioneta aparcada y observé que había alguien detrás del volante. Era un chico de mi edad, unas gafas oscuras le tapaban los ojos. Al principio pensé que me estaba mirando mientras yo luchaba por apartar a Limón de la tela metálica, donde tanto el pedal como el manillar se habían quedado enganchados.

Cuando finalmente logré desenganchar la bici y retrocedí un poco, pude ver —a través de la ventanilla bajada— que el chico no me miraba, sino que estaba durmiendo. Sumido en ese sueño profundo que la gente denomina comatoso.

Hacía mucho calor en esa acera a pleno sol. Podía imaginarme que hacía mucho más calor dentro de la cabina del vehículo. El chico tenía el rostro y el cuello perlados de sudor y, aunque tenía la boca abierta como si respirara profundamente, no percibí ningún movimiento en su pecho.

Me acerqué a la camioneta acompañada por los chirridos y crujidos de protesta de la bici. Me asomé a la ventanilla. Estaba invadiendo el espacio personal del chico, pero no quería ser una de esas personas que miran a otro lado cuando alguien necesita ayuda.

El chico no llevaba camiseta. Esto me permitió comprobar que, en efecto, respiraba, bueno..., el torso desnudo.

Me acerqué un paso más para confirmar mi impresión y posé la mirada en una parte de su cuerpo que no tiene nada que ver con la respiración. No era más que una buena samaritana asegurándome de que ese desconocido por el que no me sentía en absoluto atraída no había sufrido un golpe de calor o un ataque al corazón, me dije al contemplar su piel tostada, brillante de sudor.

Y, hablando de corazones, el mío estaba un poco alterado.

Sal de aquí, Jade. Para el carro. No es más que un chico. Una de esas criaturas con las que te has encontrado millones de veces en tu vida. No es el último chico sobre el planeta, ni siquiera el más guapo que has visto.

Tal vez.

Sal. De. Aquí. Jade.

Justo cuando estaba sacando la cabeza fuera de la ventanilla, algo pitó en la cabina. Di un brinco tan alto que me golpeé la cabeza con el marco de la ventana.

—¡Ay! —grité, y me froté la parte dolorida.

Como si tuviera un resorte dentro, el chico pasó del sueño profundo a estar despierto y alerta.

Agarró rápidamente un objeto del asiento y se lo acercó a la oreja.

—¿Diga? —voceó. Con todo el jaleo, se le cayeron las galas—. ¿Diga? —repitió, esta vez más alto y algo más nervioso.

Vaya, de modo que estaba despierto, pero no tan alerta como parecía.

—Es tu alarma —le dije, sin dejar de masajearme la cabeza. Ese golpe me dejaría una marca.

El chico volvió la cabeza hacia mí y me miró ceñudo. Tenía el teléfono todavía pegado a la oreja, y la alarma seguía sonando. Por su expresión, estaba claro que no esperaba encontrar a alguien husmeando junto a su camioneta aparcada. La camioneta donde él había estado durmiendo. Con el torso desnudo. Y perfecto.

No me obligues a amenazarte con lobotomizar esa parte de tu cerebro que parece obsesionada por los chicos y que no se sabe de dónde ha salido, Jade Abbott.

—¿Eh? —El chico parpadeó para despertarse y me miró con estupefacción, incapaz de entender qué demonios hacía yo allí.

—Tu teléfono. Lo que suena es la alarma, no una llamada —le dije mientras señalaba la pantalla—. El mío tenía el mismo tono.

El chico inclinó la cabeza.

—¿Eh?

Okey, de modo que era guapo, pero su gran atractivo exterior no ocultaba nada interesante.

—Es... aquí.

Introduje la cabeza y un brazo por la ventanilla y pasé el dedo por la pantalla de su móvil para apagar la alarma. El teléfono dejó de gritarnos. Vi por el rabillo del ojo que el chico me miraba como si esperara que dijera algo.

—Ejem, pues que tengas un buen día —dije, y empecé a alejarme arrastrando a la chirriante Limón.

—«¿Que tengas un buen día?» —repitió el chico. Parecía tan atontado y confuso como yo.

Esbocé una sonrisa y seguí avanzando. Ya se le pasaría.

Entonces oí que la portezuela de la camioneta se abría de golpe.

—¿Eh, espera! No puedes mirarme embobada y luego marcharte sin más.

Me paré en seco.

—No te miraba embobada. Comprobaba si estabas bien.

El chico resopló.

—Claro, si estaba bien. Por supuesto. Si estaba *bueno*, querrás decir.

Me recorrió una oleada de indignación. Por supuesto que comprobaba su estado de salud, por lo menos al principio.

Di media vuelta y volví sobre mis pasos, arrastrando a Limón conmigo.

—Creo que debes revisar tu concepto de «comprobar si alguien está bien». Porque hay una gran diferencia entre asegurarte de que una persona respira y que esa persona te haga jadear.

El chico cerró la portezuela de la camioneta. Una lenta sonrisa se dibujaba en su rostro. Era más alto de lo que me había parecido cuando estaba acurrucado en la cabina, y lo que seguía a continuación del torso desnudo... era un cuerpo macizo, tostado y muy atractivo. Lástima que esta fuera su única parte buena.

—¿Y por eso estás respirando con tanta fuerza ahora? ¿Porque te hago jadear?

Una lengua de fuego me quemó la garganta. Sentí que si abría la boca, me saldría una

llamarada. Y en parte era lo que deseaba. Pero no dije nada de eso.

—Claro, tú eres la razón de que esté respirando con tanta fuerza. No porque haga un calor de mil demonios ni porque pensara que había encontrado a una persona muerta y resulta que ahora esa persona me acusa de ser una especie de Tom el Mirón.

—No te acuso de ser Tom el Mirón. Ni siquiera sé cómo te llamas. Cuando me lo digas, podré acusarte como es debido de ser Comosellame la Mirona.

Con los ojos entrecerrados, contemplé la posibilidad de montar sobre Limón y marcharme, pero recordé que ese pedazo de chatarra solo lograría avanzar unos pocos metros antes de que se le soltara la cadena o escriba-aquí-cualquier-otra-pieza-de-bicicleta. No quería darle al chico más razones para burlarse de mí.

—¿Entonces? ¿Ese nombre?

Se agarró a la parte trasera de la caja de la camioneta como para prepararse.

—Que. Te. Den.

El chico asintió, conteniendo una sonrisa.

—Un nombre poco usual. Suena exótico. ¿Es francés?

—Se me ocurren algunos nombres en francés para darte.

Tête-merde, va te faire enculer y imbécile me vinieron a la cabeza.

—Siempre he sido un admirador de los franceses. Le han dado al mundo algunas de mis cosas favoritas.

Su expresión lo decía todo.

Debería haber tenido una réplica ingeniosa para esto. Debería haber tenido una docena de respuestas. Soy de reacciones rápidas y no soy de las que se acobardan. Es la ventaja de haberse criado con una madre sabelotodo. Pero no se me ocurrió nada. *Rien*. No estaba segura de si era el calor o que me sentía fuera de mi elemento con aquel chico, pero no estuve a la altura. En absoluto. La única manera de tener la última palabra fue dar media vuelta y marcharme. De modo que Limón y yo emprendimos nuestra chirriante retirada.

—¡Eh, Que. Te. Den! —gritó el Repulsivo Chico Guapo mientras yo me alejaba con Limón—. La próxima vez puedes dejar la propina en el salpicadero. La primera mirada embobada es gratuita, pero las demás te costarán dinero.

Ardiendo de indignación, clavé la mirada en la acera. La primera mirada me había costado un precio muy alto, sobre todo en dignidad. No pensaba pagarle nada más.

Capítulo cuatro



A la hora de cenar ya había olvidado todo lo sucedido aquel día. Ni siquiera recordaba el aspecto que tenía *el chico* ni le dediqué un solo pensamiento.

Por lo menos eso me repetía a mí misma. Lástima que no sea muy buena fabricando mentiras y falsificaciones.

—No puedo creer que te hagan empezar mañana en la piscina. ¿No te gustaría tener tiempo para descansar y relajarte?

Tía Julie secaba los cacharros que yo lavaba. Se había ofrecido a lavar, pero le dije que quería hacerlo. Me venía bien frotar con fuerza una superficie dura. No es que estuviera reprimiendo ninguna frustración por lo que podría haber ocurrido o no.

—Necesitaban a alguien de inmediato. Creo que la directora me habría hecho empezar hoy mismo de haber podido —respondí mientras le entregaba a tía Julie el último plato del fregadero.

—Bueno, pues tienen mucha suerte de que trabajes para ellos. Pero si es demasiado trabajo, no dejes de decirlo. Trabajar cinco días a la semana es mucho para una chica de tu edad.

Si tía Julie creía que trabajar veinte horas semanales era mucho para alguien de mi edad, debería haber visto lo que hacía cuando viajaba con mamá. Entre clases, deberes del cole, montaje y desmontaje y la gestión general del día a día, probablemente trabajaba el equivalente a dos empleos. Pero me gustaba. Me gustaba estar ocupada y hacer cosas. No era de esas personas que prefieren echarse en un sofá a ver reposiciones de cualquier *reality show* que esté en ese momento en la cresta de la ola.

—Siento lo de la bici. De haber sabido que se encontraba en un estado tan lamentable habría insistido en llevarte en coche.

Tía Julie me dirigió una mirada teñida de ansiedad, como si creyera que yo estaba hecha de porcelana y pudiera hacerme añicos ante la mínima contrariedad.

—Oh, no pasa nada. Creo que la he arreglado —dije, quitándole importancia, mientras sacaba el tapón de desagüe del fregadero.

Yo no tenía intención de mencionar la bici, pero tía Julie estaba detrás del ventanal cuando

llegué cargando prácticamente con la bestia en brazos después de que se hubiera pinchado la rueda delantera. Ya sabéis, después de que la cadena se soltara tres veces más en el viaje de vuelta y de que el pedal derecho decidiera salir volando.

—No sabía que eras tan habilidosa para arreglar cosas —dijo tía Julie.

—Lo aprendí en las giras. Siempre había algo que se rompía o que había que reparar. Podía ser un autocar, un altavoz o una bicicleta. Mamá me decía que tenía que montar un taller de reparaciones. Decía que lo llamaríamos el Desguace de Jade.

Al hablar de mi madre sentí una punzada de añoranza. Por lo menos creo que era eso. No me había pasado nunca, porque nunca había estado separada de mi madre más de unas horas, mientras ella actuaba en el escenario.

—¿El Desguace de Jade? No creo que tenga mucho...

—No lo decía en serio, tía Julie. Era solamente un comentario.

—Ah, vale.

Tía Julie exhaló un suspiro de alivio, como si le anunciara que había decidido rechazar la invitación de unirme a una banda de moteros.

Tras dos horas de charla con tía Julie —las mellizas tenían una fiesta de pijamas en el campamento chino—, estaba empezando a preguntarme si ella y mi madre tenían algo en común, más allá de ser mujeres y llevar el mismo apellido.

—He pasado por una de las panaderías artesanales que hay en la ciudad y he comprado un par de bizcochos veganos de chocolate. ¿Te apetece tomar uno de postre? —me preguntó tía Julie sonriendo mientras cubría el plato de la cena de tío Paul con un film de plástico.

Eran casi las ocho de la tarde y tío Paul no había vuelto del trabajo. No era extraño que tía Julie se hubiera instalado en una tumbona a mi lado mientras yo trasteaba con la bici.

—¿Bizcochos veganos de chocolate? ¿En serio? —Me sequé las manos y eché una ojeada a la bandeja de delicias de chocolate—. No tenías por qué hacerlo, tía Julie. Ya te dije que se me da bien prepararme mis propias comidas. No quiero que te agotes intentando alimentarme.

Tía Julie chasqueó la lengua y guardó cuidadosamente la cena de tío Paul en la nevera.

—No es nada. De todas formas, a todos nos convendría comer más vegetales y más frutas. Ya he conseguido algunos libros de recetas y he llenado la despensa.

Al inclinarme sobre el mostrador, vi el interior de la nevera, atestado de comida. Mi tía abrió a continuación la despensa. Ciertamente, la había llenado hasta arriba de alimentos que yo pudiera comer.

—Uau. Increíble. Creo que estoy servida para todo el verano.

Sonreí al ver la cantidad de tofu que había acumulado. La primera repisa de la nevera estaba repleta de tofu.

—Siento que Paul no haya podido estar aquí tu primera noche. Sé que le habría gustado.

—No te preocupes por eso. Es un hombre muy ocupado —dije, encogiéndome de hombros.

Sabía que tío Paul era un ejecutivo importante de algo relacionado con finanzas. Al parecer, su último ascenso lo obligaba a pasar más noches fuera que en su casa.

—¿Qué harán las niñas este verano? —pregunté.

Aunque eran tan distintas a mí como Julie de mamá, eran las únicas primas que tenía. O, por lo menos, las únicas de las que tenía noticia. Quería conocerlas y pasar al menos un tiempo con ellas.

Tía Julie sacó un par de platitos de porcelana del armario.

—Este verano las he apuntado a varios campamentos. Esta semana están en el chino, luego tienen campamento de violín, luego hay un campamento de ciencia, tecnología y matemáticas y uno de *ballet* al final del verano.

—¡Caramba! Son muchos campamentos.

Tía Julie asintió, resplandeciente de placer.

—De modo que tú y yo tendremos mucho tiempo para estar juntas.

Esbocé una sonrisa y le di las gracias. Tía Julie me acercó por encima del mostrador un platito con el bizcocho de chocolate en el centro y un reluciente tenedor al lado.

Era el bizcocho mejor presentado que había comido jamás. Normalmente, mamá y yo los agarramos de la bandeja con los dedos.

—¿Te importa si lo como fuera de aquí? Todavía tengo que acabar de deshacer la maleta y luego me meteré en la cama. Estoy reventada.

Desde el viaje en avión hasta el desgraciado episodio con el Repulsivo Chico Guapo, pasando por la bici que no funcionaba, había sido un día muy completo.

—¿Necesitas ayuda?

Tía Julie agarró su plato con el bizcocho de chocolate y rodeó el mostrador para venir a mi lado.

—No —respondí con demasiado énfasis, de modo que quise suavizar la respuesta—. Ya me has ayudado mucho. Creo que intentaré telefonar a mamá para ver si la pillo durante un descanso o algo así. —Tomé mi plato y salí de la cocina—. Gracias por todo, tía Julie. Has estado genial.

Tía Julie me dirigió una mirada de sorpresa, como si no estuviera acostumbrada a oír este tipo de frases.

—Tú también has estado *genial*, pequeña. —Asió el tenedor y se inclinó sobre la encimera de la cocina. Nunca había visto a mi tía tan relajada—. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

Le deseé buenas noches con un gesto de la mano, subí la escalera y recorrí el pasillo intentando recordar cuál era la puerta de mi habitación para el verano. La casa no era tan grande como para resultar ostentosa, pero era bastante grande. En especial para quien había vivido siempre en autocares y en hoteles de carretera.

Abrí la puerta correcta, la tercera a la izquierda, y me preparé para la explosión de color rosa que me impactó en cuanto entré en la habitación. *Rosa*. Era la palabra más repelente que conocía, junto con *centro comercial*.

Me recordé a mí misma la buena intención con la que tía Julie había decorado la habitación. Cerré la puerta y agarré mis bolsas. Ya lo habíamos guardado casi todo, pero quería tomarme mi tiempo para encontrar el lugar adecuado para mis diarios y mis libros. Como mamá y yo estábamos siempre trasladándonos de un sitio a otro, no pude reunir la colección de libros que siempre había deseado, de modo que utilizaba mucho esas minibibliotecas que habían brotado por todo el país. Sin embargo, tenía también algunos ejemplares propios de unos cuantos libros de mis autoras favoritas, Austen y Brontë. Me daba igual el peso que añadieran a mi maleta siempre en movimiento; eran unos kilos que valían la pena. Prefería vivir con un solo par de zapatillas y desprenderme del resto de mis zapatos que separarme de mis libros.

Los diarios no ocupaban demasiado sitio. No eran realmente diarios, sino libros de bonitas

tapas y con las páginas en blanco donde yo escribía cualquier historia o pensamiento que me rondara la cabeza. Había escrito relatos, poemas, incluso una novelita o dos. Apuntaba palabras que me habían llamado la atención, frases tomadas al vuelo o sabias citas. Me encantaba escribir.

Al principio mi madre pensó que mi amor por la escritura venía de su pasión por escribir música, pero lo que yo explicaba en palabras era algo muy distinto. Ella compartía sus historias con millones de personas; yo guardaba mis historias para mí.

Tras dar unas cuantas vueltas alrededor de la habitación, decidí que el banco que había frente a la ventana que daba al jardín delantero era el lugar más adecuado para colocar mis tesoros. Encima del banco habían desparramado una montaña de cojines y mantitas —no hablemos del color— y me pareció el sitio ideal para pasar unos minutos o unas horas concentrada en las palabras de otra persona o en las mías propias.

Coloqué los libros en la repisa de la ventana y los reordené varias veces hasta encontrar exactamente el orden que me parecía correcto, moví las caderas para dejar caer mis vaqueros recortados y me dejé caer sobre la cama.

Podía haberme quedado dormida nada más cerrar los ojos, pero hacía una eternidad que no me dormía sin leer o escribir antes. Era mi ritual antes de dormir.

Y puesto que esa noche estaba más cansada de lo habitual, elegí la lectura.

Como había terminado con la lectura de *Cumbres Borrascosas* en el avión, estuve dudando qué libro leer. O, mejor dicho, qué libro releer por enésima vez. Mis dedos tomaron la decisión antes que mi mente.

En cuanto abrí la primera y gastada página de *Jane Eyre*, un sobre salió volando del libro. Reconocí la letra de inmediato. Antes de abrirlo, comprobé si mi madre había respondido a mi mensaje de texto de antes. Todavía no había nada.

Estaba acostumbrada a que mamá me contestara segundos después de que yo la necesitara, pero ahora debería acostumbrarme a esta separación de miles de kilómetros. Ella no era la única que tendría que adaptarse a mi año en la universidad.

Abrí el sobre y una brillante tarjeta de plástico cayó al suelo. Una tarjeta de crédito. Con mi nombre y todo.

Metí la tarjeta entre las páginas del libro y leí la carta.

«La tarjeta es para casos de emergencia, no para que la exprimas del todo en el centro comercial. —Esto iba seguido de una carita sacando la lengua, porque mamá detestaba los centros comerciales tanto como yo—. Este verano quiero que dejes a un lado esos libros y esos cuadernos y vivas tu vida. Quiero que estés tan ocupada viviendo que acaben cubiertos de polvo. Siempre pones a los demás en primer lugar, y te adoro por eso, pero por una vez quiero que te pongas tú la primera. Haz algo que nunca habrías soñado que podrías hacer. Traba amistad con alguien distinto a ti. Apártate de tu zona de confort, hasta que te retuerzas de nervios. Porque, Jade, las únicas cosas de las que un día nos arrepentiremos son las que no hemos hecho. Haz de todo. Haz cualquier cosa. Hazlo. Es un verbo, cariño, lo que significa acción. Te prometo que los libros estarán esperándote cuando acabe el verano. Te quiero, pase lo que pase. Incluso si te gastas toda esta tarjeta de crédito en el centro comercial. Disfruta del verano. Te quiero. Mamá».

Estuve llorando casi desde el principio de la carta. Con ese llanto que te lleva a balancear el cuerpo mientras sollozas y respiras de forma entrecortada. Tal vez porque echaba muchísimo de menos a mi madre, y no habían pasado ni veinticuatro horas desde que nos habíamos dicho adiós. Tal vez por lo ocurrido en la piscina, añadido a otras tensiones del día. O tal vez porque necesitaba una buena llorera.

Toda mi vida había soñado con vivir un verano como este, y ahora que lo había logrado, la responsabilidad de hacer que funcionara me pesaba demasiado. Tenía mi deseo en la palma de la mano, y de repente me aterrorizaba la idea de que pudiera estropearlo todo.

Capítulo cinco



Siempre he sido madrugadora, una de las pocas madrugadoras entre las de mi edad. Me gustan los amaneceres, con su silencio y su quietud. Como si cualquier cosa fuera posible. Sin embargo, también soy una lechuza. El resultado de ser tanto madrugadora como traspasadora significa que vivo en un estado de permanente falta de sueño, pero esto nunca me ha preocupado.

Al día siguiente, cuando salí con una nueva y mejorada Limón un poco antes de las nueve y media, ya había tenido una mañana completa: un paseo temprano, un rato de lectura, otro de escritura, desayuno y una hora entera de exploración *online*.

No, no me entrenaba para convertirme en espía ni para hacer carrera como cazadora de recompensas. Lo que rastreaba en internet era algo mucho más peligroso: mi padre biológico.

No es que él fuera una persona peligrosa, por lo menos hasta donde yo sabía, pero era un tema delicado en lo que concernía a mi madre. Ella no sabía que me había pasado el último año investigando a mi padre en internet. Ni que esta fuese una de las principales razones por las que quise pasar el verano aquí, en California. Y, por supuesto, ignoraba que planeaba encontrarme cara a cara con él antes de que acabara el verano.

De haberlo sabido, no me habría dejado quedarme, de ninguna manera. Mamá y mi padre no se hablaban. No se habían hablado en los últimos dieciocho años, prácticamente, o desde el día, cualquiera que fuera, en que ella le dijo que esperaba un hijo suyo. Supongo que fue lo que lo hizo salir corriendo. Y, por lo que había averiguado en los últimos meses sobre él, no había dejado de correr desde entonces.

Mi padre, al igual que mamá, formaba parte de un grupo musical. Su grupo no tenía tantos seguidores ni tanto tiempo de radio como el de mamá, pero tal vez esto estaba relacionado con el hecho de que cada cierto número de años se unía a un nuevo grupo o fundaba uno. Parece difícil tener un grupo fiel de seguidores cuando cambias continuamente el nombre de tu banda y el estilo de música que tocas.

Robbie Devine, este es el nombre de mi padre. Desgraciadamente, no es solo su nombre estelar. Es su nombre auténtico. Es como si hubiera nacido para el *rock'n'roll*. Mi madre no me

había dicho una sola palabra sobre él por iniciativa propia, pero siempre respondía a mis preguntas cuando surgían.

Cuando empecé a pedirle detalles sobre lo que había ocurrido, mamá se cerró como una ostra. No fue ella quien me contó que mi padre salió corriendo en cuanto supo que estaba embarazada. Ella me dio una versión más suave: dijo que era uno de esos casos de amores de juventud que no perduraban, como ocurre con la mayoría. Tía Julie me contó la verdad. Nunca contactamos con mi padre y, si de mi madre dependía, nunca lo haríamos.

Pero ¿cómo podía saber yo quién era y quién quería ser si no sabía de dónde provenía? Por supuesto, conocía a mi madre mejor que a mí misma, pero no tenía ni idea sobre la persona que me había dado la otra mitad de mi ADN. Ahora sabía el aspecto que tenía mi padre y un par de cosas más, pero no lo conocía. Y hasta que no lo conociera no estaba segura de poder saber quién era yo realmente.

De modo que este era el plan para el verano. Por lo menos, uno de ellos. El más importante. Operación Conocer a Mi Padre. Y, como ocurre con todas las cosas importantes en la vida, estaba emocionada y aterrorizada a partes iguales, pero se trataba del tipo que había contribuido a crearme. Es posible que hubiera salido corriendo cuando era un chaval asustado de diecisiete años, pero hacía casi dos décadas de eso. Las personas podían cambiar.

Su banda tenía previsto actuar en Los Ángeles ese mes de agosto, lo que me daba un poco más de tiempo para trazar un plan sobre cómo acercarme a un desconocido, estrecharle la mano y soltarle aquello de: «Hola, soy tu hija».

También era necesario que soltara la bomba sin que mamá ni tía Julie lo supieran. Ellas podían encontrarse en lados opuestos de la barrera en todo lo demás, pero si había algo en lo que coincidían, era mi padre. Ambas abogaban por la norma Harry Potter de no hablar de El-Que-No-Debe-Ser-Nombrado.

Para cuando pedaleé camino de la piscina ya estaba preparada para pensar en otra cosa que no fueran mis padres. Confiaba en que la piscina estuviera tan llena como el día anterior.

La piscina no estaba abierta todavía, pero ya había algunos empleados dentro preparándose para el ajetreo, de modo que coloqué a Limón en el aparcamiento de bicicletas y me dirigí a la puerta principal.

—Has venido. Gracias a Dios.

Al verme llegar, Janet exhaló un suspiro de alivio y me abrió la puerta.

—¿Pensabas que no vendría?

—Con la mala suerte que he tenido últimamente, la verdad es que sí. Además, el puesto de venta es el lugar más difícil para encontrar empleados.

Esto me lo dijo cuando yo ya estaba dentro y después de cerrar la puerta de entrada.

—¿Y por qué? —pregunté.

Deseé haber traído mis gafas de sol. El suelo de la piscina reverberaba de tal manera que sentí que me ardían las córneas.

—Bueno, ya sabes. —Janet hizo un gesto con la mano, quitándole importancia, y apretó el acelerador para dirigirse al puesto de venta. Corrí para no quedarme atrás—. Es mucho trabajo y no tiene la fama y la gloria del trabajo de socorrista.

Me encogí de hombros.

—Ya, pero estoy a la sombra y tengo un ventilador. —Señalé el pequeño ventilador

enganchado al borde del mostrador. Y no tengo que soplar el silbato y gritar a la gente que camine y no corra. A mí me parece un buen trabajo.

Janet me dio unas cariñosas palmaditas en la espalda, como si me encontrara encantadora.

—Hazme el favor de no perder nunca esa chispa de optimismo, cariño.

Antes de salir del quiosco, Janet se detuvo y sacó de un cajón un archivador gastado y amarillento.

—Aquí tienes el manual de instrucciones. Echale un vistazo si tienes un rato. Todo está aquí —dijo, y lo arrojó sobre el mostrador. El archivador cayó estrepitosamente delante de mí.

—A las doce vendrá Zoey a ayudar con el ajetreo de la comida. También puede contestar a tus preguntas. Mientras tanto, todo lo encontrarás en el manual de instrucciones.

Janet miró el reloj y abrió unos ojos como platos.

—Yo en tu lugar dedicaría estos minutos a estudiar la primera sección antes de que se abran las puertas y empiecen a llegar los coches monovolumen. No querrás confundir la mostaza con la salsa de queso cuando prepares unos nachos, créeme.

—Lo haré. Gracias —dije mientras abría el manual. Tuve que separar las dos primeras páginas, que parecían pegadas por una salsa de origen incierto—. Si tengo alguna duda antes de que llegue Zoey, ¿a quién puedo recurrir?

Pero Janet ya había salido corriendo.

—¡El manual! —me gritó—. ¡Si tienes cualquier duda, consulta el manual de instrucciones!

Para no ponerme nerviosa, me recordé a mí misma que mi trabajo consistiría en servir helados y preparar perritos calientes. Desde los trece años llevaba a cabo todas las tareas relacionadas con el montaje y desmontaje de escenarios para las *Shrinking Violets*, y tampoco se trataba de reinventar la rueda.

—Bueno, por lo menos nadie se reirá de mí por hacer una pregunta tonta —musité mientras seguía intentando despegar las dos primeras páginas del manual. Por fin logré despegarlas..., bueno, logré *romperlas*.

La parte positiva era que cuando tuviera que volver a pegarlas podría utilizar la salsa de origen incierto (que resultó ser mostaza).

Parecía que Janet acababa de irse cuando una horda de críos en traje de baño y con gafas de bucear entraron como una tromba en la piscina. Redujeron la velocidad a un paso rápido cuando todos los socorristas de la piscina tocaron el silbato a la vez para que dejaran de correr.

Ja, ja. Eran los encargados del silbato. Y yo era la que servía helado a los críos. ¿Quién tenía el mejor trabajo?

Además, recordé, tenía un ventilador. Claro que, cuando lo agarré para ponerlo en marcha, descubrí que en realidad no funcionaba.

Los críos entraron en estampida en la piscina mientras las mamás invadían las tumbonas. Entretanto, yo leí todas las páginas que pude del manual de instrucciones. Gracias a que soy una lectora rápida, cuando mi primer cliente se acercó con los pies desnudos al quiosco yo ya había leído una tercera parte del material.

Acogí con una sonrisa a un precioso niño de angelicales ojos azules que llevaba un bañador con estampado de tiburones. Este trabajo iba a ser pan comido.

—¿Qué vas a querer, pequeño?

Las ventanas de su nariz se dilataron. Se dilataron de verdad.

—No. Soy. Pequeño.

Me separé un poco del mostrador. Por su tono, no cabía duda de que se sentía herido en lo más vivo.

—No quería decir que fueras bajito. O pequeño —añadí rápidamente cuando vi que volvía a dilatar la nariz—. Solo quería decir que eres joven. Eso es todo.

El niño me miró con ojos entrecerrados. ¿Qué le pasaba a ese crío?

—No. Soy. Joven.

Esbocé una sonrisa y el niño me respondió con una expresión de lo más ceñuda.

—¿Qué vas a querer? —repetí, y tomé nota mentalmente de no añadir más comentarios al final de mis preguntas. Ni afirmaciones. Ni nada. Si no quería que un ejército de niños *pequeños* me pateara.

—Un helado —respondió. Con un sonoro golpe, dejó sobre el mostrador un billete de veinte dólares.

De haberse tratado de uno de los niños a los que cuidaba durante las giras de las Shrinking Violets, habría esperado hasta que el niño se acordara de añadir un «por favor» a su petición, pero supuse que mi trabajo consistía más en hacer felices a los clientes que en enseñarles modales.

—¿De qué lo quieres?

El niño resopló, como si la pregunta fuera una estupidez.

—Chocolate.

Al parecer, tenía que haberlo supuesto.

—¿Una bola? —pregunté mientras recogía el billete de veinte y me acercaba a la caja registradora. Comprendí mi error un segundo demasiado tarde.

—No. Tres bolas —replicó con una especie de ladrido.

No era extraño que el crío fuera tan desagradable. Su nivel de azúcar en sangre estaría por las nubes, nadando en un tonel de helado.

Marqué el precio en la caja registradora, cobré, le devolví el cambio y apilé tres bolas de helado en un cucurucho de galleta con toda la rapidez de la que fui capaz. Que no fue demasiada, porque el helado estaba duro como una piedra. Después de servir las tres bolas, notaba la muñeca dolorida, como si fuera a partirse en dos. El niño tiburón agarró el helado y el cambio sin dirigirme ni una mirada.

Tuve un segundo de respiro para mover la muñeca antes de descubrir que frente al mostrador se había formado una cola que llegaba casi al borde de la piscina.

Tragué saliva y miré alrededor en busca de ayuda, pero todos y cada uno de los empleados de la piscina estaban librando su propia batalla. Los socorristas tocaban el silbato y hacían gestos con los brazos en alto para advertir a los niños que dejaran de hacer lo que estuvieran haciendo, mientras que en el mostrador de la entrada tenían su propia cola a la que atender.

Mentalmente, me dije unas cuantas frases para darme ánimos, me puse la mano a modo de visera sobre los ojos —a este paso iba a quedarme ciega— y me incliné sobre el mostrador.

—¿Qué vas a querer?

Conservé la sonrisa, pero eliminé cualquier otro comentario.

La niña, tal vez un par de años mayor que el crío de antes, estampó sobre la mesa otro billete de veinte.

—Un cucurucho con tres bolas.
Iba a ser un verano muy largo.

Capítulo seis



Mis muñecas no sobrevivirían. Cuando acabara mi turno tendría que averiguar si existía alguna aplicación de dictado de voz para seguir escribiendo, porque no podría utilizar las manos.

Helado. Y más helado. Un par de perritos calientes y algunas bolsas de patatas fritas. Helado. Helado. Helado.

Estaba convencida de que habría podido llenar la piscina de helado con todos los cucuruchos que había servido a una multitud de niños *pequeños* mandones y maleducados.

Por supuesto, Zoey llamó para decir que llegaría tarde, de modo que tuve que arreglármelas sola durante todavía más tiempo del que esperaba. Aún no era la una de la tarde y ya me sentía como si hubiera pasado dos semanas metida en ese cubículo asfixiante, cociéndome en mi supuesta «sombra». Ciertamente, no me daba el sol directo, pero seguramente dentro del quiosco había algunos grados más que fuera, en la piscina, donde soplaba eso tan agradable que se llama brisa. Hacía ya varias horas que la había abandonado, cuando me metí en ese infierno sobre ruedas.

En un momento dado, mientras yo servía mi millonésima bola de helado, entregaba el cucurucho y tomaba la siguiente comanda, apareció un objeto en el mostrador, junto a la caja registradora. Un objeto por el que habría entregado al instante varios centímetros de mi largo cabello.

Eran unas gafas de sol. Y debajo de las gafas había un papelito con una palabra garabateada: «Perdón».

Eso era todo. Estaba claro que no lo habían escrito los enanos que hacían cola. ¿Y de qué se disculpaba mi benefactor? ¿Tal vez de que mis ojos hubieran quedado estropeados para siempre, o de no haberme traído antes las gafas?

Fuera lo que fuese, lo pensaría más tarde, porque los perritos calientes no se prepararían solos. Cuando me puse las gafas, casi pude oír el suspiro de alivio que exhalaban mis córneas.

Es increíble lo mucho que mejoró mi día a causa de esta muestra de amabilidad. El calor ya no era tan sofocante, los pedidos de los clientes ya no parecían tan arrogantes, el helado casi era más fácil de servir.

Sin embargo, la cola no dejaba de crecer a medida que avanzaba el día, sin importar lo deprisa que yo me moviera.

—¿Qué vas a querer? —le pregunté a la siguiente niña de la cola.

La niña se puso de puntillas y depositó unos cuantos dólares sobre el mostrador.

—Un perrito caliente con ketchup, por favor.

Sentí una oleada de alivio que relajó mis hombros y me devolvió la fe en la humanidad.

—¡Marchando! —canturreé, y me puse a preparar un perrito caliente con un buen chorro de ketchup.

Entonces observé que había alguien en la cola, una de las escasas personas «grandes» que había visto abrirse paso entre la incesante marea de chiquillos. Pero esta persona era «extra grande». Y tenía el torso desnudo.

Un momento. Había reconocido esos bíceps.

Mierda.

Gracias a las gafas de sol, fingí que no lo había visto y, como él había estado mirando la piscina, sabía que no me había pillado mirándolo. Todavía. Pero no tardaría en llegar al mostrador y en hacerme pasar un mal rato por mirarlo, porque, claro, tenía que mirarlo para servirle lo que pidiera.

Y yo que estaba convencida de que el día anterior había sido el primero y el último en que le vería el pelo a este ególatra. ¿Cómo se me ocurrió darle el más leve indicio de que lo encontraba atractivo? Ni siquiera lo era. Ni lo más mínimo.

Eso me repetí a mí misma mientras intentaba no mirarlo de soslayo. Estaba haciendo cola con los brazos cruzados sobre el pecho, con la cara vuelta hacia la piscina, lo que ponía de relieve su pronunciada mandíbula, y su pelo maravillosamente alborotado captaba el brillo de los rayos de sol.

Le entregué a la niña su perrito caliente con una ración extra de ketchup y tomé el siguiente pedido. Faltaba poco para que el chico llegara al mostrador y todavía no me había visto. Al acercarse un par de pasos, el bañador se le bajó un poco más, lo suficiente como para dejarme ver brevemente una protuberancia muscular que no debía haber visto, dados mis sentimientos hacia el pomposo neandertal. «Engreído, arrogante, creído», canturreé para mis adentros. Y empecé a cantar en voz alta mi absurda melodía.

Lío. Lío. Lío.

Al acabar con el siguiente pedido, observé algo que tenía que haber visto desde el primer momento: el chico llevaba un silbato colgando.

El siguiente trío de palabras que me vino a la cabeza no era apto para menores de dieciocho años.

Sin embargo, no dejé de observar que el chico llevaba un bañador azul oscuro —no es que estuviera centrada en sus pantalones—, mientras que los demás socorristas iban con bañador y camiseta rojos. Puede que trabajara en otra piscina y hubiera venido para una sustitución. O que fuera uno de esos tipos que trabajan cuando los llaman, si es que existía algo así. Pero seguro que no trabajaba ahí. El destino no podía ser tan irónico..., o eso esperaba.

Advertí que Janet se acercaba con paso rápido y aire de estar muy ajetreada. Llevaba en la mano una tabla sujetapapeles y un teléfono en la otra, y parecía tan aturdida y colorada como yo misma.

Se detuvo junto a Lío.

—He tenido que sacar a Zach de los turnos y tumbarlo un rato en la oficina. Un golpe de calor, deshidratación por no beber suficiente agua o algo así —le dijo.

El chico intercambió una mirada con Janet, como si ambos tuvieran una idea de lo que «algo así» podía significar.

Ya sé que acabas de empezar tu pausa de quince minutos, pero ¿te importaría dejarla para más tarde y ocupar el sitio de Zach hasta que llegue Ava a las dos?

El chico ni se detuvo a pensarlo. Se limitó a asentir y a salir de la cola.

—No hay problema.

Sin darle tiempo a Janet para exhalar un suspiro de alivio, se dirigió al sector del tobogán que le habían indicado.

—¡Janet! —le grité antes de que se marchara corriendo.

Janet se detuvo en seco y me miró.

—¿Todo bien por ahí? —preguntó dudosa, como si temiera que abandonara el puesto.

—Sí. Muy bien. El chico con el que estabas hablando, el socorrista —dije mientras señalaba con la barbilla en dirección hacia donde se había ido—. ¿Quién es?

Janet sonrió. No supe si era de alivio porque me quedara o era por alguna cosa en relación con él.

—Es Quentin.

Hizo ademán de marcharse, pero la detuve.

—¿Y trabaja aquí normalmente? ¿O solo ha venido a ayudar puntualmente?

No me di cuenta de que cruzaba los dedos hasta que puse la mano para cobrarle al siguiente niño en la cola.

—Trabaja aquí dijo Janet con una risita, como si eso fuera evidente. Es el jefe de los socorristas.

Descrucé los dedos y casi me caí sobre el mostrador. Por supuesto que era el jefe.

Janet se marchó corriendo. Antes de que hubiera tenido tiempo de asimilar totalmente mi mala suerte, se abrió la puerta y entró un torbellino de pelo negro y bisutería.

—Lo siento, llego tarde. Los coches de treinta años y los días de calor sofocante no casan bien juntos.

La chica colgó su bolso de colores en el exhibidor de patatas fritas y peinó con los dedos sus alborotados cabellos antes de recogerlos en un moño alto.

Supongo que me quedé mirándola fijamente porque se detuvo con el moño a medio hacer.

—Soy Zoey, una tus compañeras de purgatorio dijo, recorriendo con la mirada el interior del quiosco.

—Hola, soy Jade.

—Aunque fueras una asesina en serie estaría encantada de verte, Jade.

—¿Gracias?

Zoey escupió el chicle en el cubo de la basura.

—Necesitábamos una nueva empleada desesperadamente.

—Me alegro de que se haya resuelto.

Zoey me observó con detenimiento.

—De todas formas, no eres una asesina en serie, ¿no?

Contuve una sonrisa y le hice una señal a la siguiente persona en la cola.

—Hum, no.

Zoey buscaba y rebuscaba en su bolso, y su frustración iba en aumento cada vez que hurgaba sin éxito.

—Genial. Estupendo. He vuelto a olvidarme el móvil en casa. Ya van dos veces esta semana.

Hurgó una vez más antes de abandonar, haciendo tintinear su colección de brazaletes.

No pude evitar una sonrisa cuando observé el descascarillado esmalte negro de sus uñas y lo sumé a los despistes y a la forma abierta y directa de presentarse. Quince años más y un aspecto más provocador y tendría a la doble de Meg Abbott como compañera de trabajo.

—Puedes usar mi móvil si necesitas llamar. No me importa.

Extraje el móvil del bolsillo trasero y lo dejé sobre la encimera.

—¿En serio?

—Por supuesto.

—¿Y encima simpática? —Zoey me dirigió una mirada de aprobación mientras desenredaba unos collares que se habían enredado entre sí. Vamos a ser buenas amigas, Jade. Lo presiento.

Ví que llevaba unas gastadas botas de motorista. En pleno verano. No era la única. Mamá también llevaba botas todo el verano.

—Yo también lo presiento dije.

Las horas siguientes transcurrieron exactamente igual que las anteriores: sirviendo cubos enteros de helado, sacudiendo mis doloridas muñecas, dando cambio y mordiéndome la lengua cuando las únicas palabras que estas pirañas de piscina desconocían eran «por favor» y «gracias». Sin embargo, tener a Zoey al lado marcaba una gran diferencia. Revoloteaba de un lado a otro del quiosco como una alegre avispa, haciendo tintinear sus pulseras con cada movimiento.

Solo había una cosa diferente en las últimas dos horas: él. No podía dejar de mirarlo. Cuanto más lo intentaba, peor era, hasta que finalmente desistí y dejé de regañarme por mirar en su dirección cada dos minutos. Me pareció muy diferente de aquel chico con el que había intercambiado «unas palabras» el día anterior. Se lo veía serio y concentrado y no había ni asomo de burla en su expresión. Parecía más adulto que el resto de los chicos de la piscina, más paternal que los padres que descansaban en las hamacas alrededor.

Se tomaba su trabajo en serio, lo que supongo que era bueno, porque había vidas en juego. Comparado con los demás socorristas, los típicos adolescentes que contaban los minutos que faltaban para que se acabara su turno, él parecía tener algo más. Y apenas prestaba atención a los grupitos de chicas que aparecían como por arte de magia a su alrededor. Me fijé en que algunas de las mamás también lo seguían con la mirada...

Estaba a punto de servir a un cliente cuando oí sonar un silbato, pero esta vez no era como los que habían estado sonando todo el día. Esta vez fue un sonido fuerte y agudo que llamó la atención de todas las personas de la piscina, desde la joven mamá con auriculares de peluche hasta Janet, que estaba hablando por teléfono en la oficina.

Rápidamente, dirigí la mirada al lugar de donde partía el sonido y vi a Quentin tirarse de cabeza al agua como si su vida dependiera de ello. O como si dependiera de ello otra vida.

Los demás socorristas empezaron a hacer señales a los demás bañistas de que salieran de la piscina. Janet llegó corriendo de la oficina. Zoey se puso a toda prisa a mi lado frente al mostrador y se colocó las gafas de sol sobre la cabeza.

Se hizo un silencio. Estiré el cuello para ver lo que ocurría y vi a Quentin salir a la superficie con una cabeza delante de él. Parecía un niño pequeño, pero era difícil decirlo a esa distancia. De repente, un chillido hendió el aire y una mamá corrió como una exhalación al extremo de la piscina.

En cuanto Quentin llegó al borde de la piscina, otro socorrista sacó al niño del agua. Quentin salió de un salto y se arrodilló para examinar al crío, que tosía un poco, pero estaba de pie y respiraba.

El corazón se me desbocó. Me imaginé cómo debió de sentirse Quentin o la madre del pobre niño, que, aparte de haberse llevado un buen susto, estaba bien. No fue necesario practicar la reanimación cardiopulmonar ni llamar a la ambulancia, ni —Dios mío, hasta ahora no lo había pensado— al médico forense.

Quentin le hablaba al niño, lo examinaba mientras la madre lo observaba con mirada angustiada, como temiendo que le faltara un miembro.

Quentin se inclinó hacia el chico y le dijo algo. Luego levantó la mano. El niño respondió al gesto chocando los cinco. A continuación, su madre se lo llevó de allí mientras hablaba con Janet. El socorrista que estaba junto a Quentin le señaló el fondo de la piscina, donde yacían sus gafas de sol. Me quedé de piedra cuando Quentin volvió a tirarse de cabeza a recuperarlas.

—Esto ha sido... —empecé a decir.

—¿Terriblemente *sexy*?

—Heroico. Eso es lo que quería decir.

—Sí, pero terriblemente *sexy* también, ¿no?

Zoey me clavó un codo y me dedicó una sonrisa de complicidad antes de abrir una lata gigante de salsa de queso.

Fijé la mirada en el punto de la piscina donde Quentin se había sumergido. Al otro lado del mostrador, un niño agitaba su dinero en mis narices, pero yo seguí mirando la piscina.

Cuando Quentin sacó la cabeza del agua, miraba en esta dirección. Bueno, de hecho, estaba mirando en *mi* dirección. Y no importaba que yo llevara las gafas de sol: sabía que lo estaba mirando. Y él no hizo nada por ocultar que me miraba.

Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro, más levantada de un lado que del otro. Luego me hizo un guiño.

Me hizo un guiño.

¿Qué diablos tenía que hacer yo con eso después de lo ocurrido el día anterior?

Un guiño.

No estaba segura de si era una manera de hacer las paces o de declarar la guerra, pero estaba convencida de que ese chico sería para mí una batalla a cada paso.

Capítulo siete



Al acabar su turno, el chico se quedó rondando por ahí, y yo no entendía por qué. A las cuatro abandonó su puesto en la piscina, y pensé que sacaría su coche del aparcamiento tan rápidamente como pudiera, pero lo vi regresar y deambular por entre una larga hilera de tumbonas vacías hasta que se instaló en la que le pareció más adecuada.

Intenté no darle mucha importancia al hecho de que resultó ser la que estaba directamente frente a mi puesto de venta. Ni al hecho de que levantara la cabeza a cada momento y me mirara, protegido por sus gafas de sol. Yo le devolvía la mirada, protegida por las mías.

Y, desde luego, intenté no fijarme demasiado en el modo de estirarse en la tumbona, con sus largas piernas colgando del asiento, demasiado pequeño, y su piel tostándose al sol ante mis propios ojos, ni en ese estúpido bañador suyo, que estaba claro que necesitaba que le cambiaran la goma de la cintura para que no se le bajara cada vez que se movía lo más mínimo.

Al parecer, no tenía nada más que hacer que broncearse y relajarse tras un largo turno, pero a medida que pasaba el tiempo empecé a sospechar que también pretendía jugar conmigo y volverme loca.

Misión cumplida.

A las cinco de la tarde ya solo quedaban unos cuantos rezagados en la piscina y por fin terminó el horario del quiosco. Zoey acababa de irse, de modo que empleé unos minutos en recoger, pero acabé pronto y ya no supe qué más hacer. Me quedé allí, inclinada sobre el mostrador, intentando hacer caso omiso de un chico imposible de olvidar.

Cuando por fin se levantó de la tumbona, poco antes de la hora de cerrar, exhalé un largo suspiro de alivio. Vaya una tensión más absurda. Bueno, ya había pasado, y seguro que este verano no trabajaríamos siempre en el mismo turno.

«Lío, lío, lío» empecé a canturrear para mí. *L-I-O*.

Lío, lío.

—Lío.

No me di cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que vi un cambio de expresión en su

rostro.

Me tapé la boca con la mano, como si quisiera retirar lo dicho.

—Es uno de mis apodos —dijo, ya repuesto de la sorpresa—. Pero el nombre que me pusieron al nacer es Quentin, antes de que tuviera tiempo de crear todos esos apodos, ya me entiendes.

De nuevo apareció en su rostro esa sonrisa torcida, y ahora ya no llevaba las gafas de sol. En absoluto. Esta vez me miraba directamente. Me atravesaba con la mirada.

Yo no pensaba quitarme las gafas. Ni por asomo.

—Deja que adivine los demás apodos. ¿Egocéntrico? ¿Megalómano? ¿Narcisista?

Tal vez debería haberme tapado la boca otra vez, pero nunca he sido partidaria de la censura, en especial conmigo misma.

—Puedes añadir Gruñón-Cuando-No-Ha-Dormido, Tendente-A-La-Imbecilidad-Cuando-Lo-Despierta-Una-Chica-Guapa y que Sabe-Disculparse-Cuando-Ha-Hecho-Una-Idiopez.

Su discurso me tapó la boca, por lo menos durante unos segundos.

—Me acusaste de mirarte embobada.

—¿Cómo reaccionarías si te despertaras y vieras a un tipo observándote..., *mirándote* fijamente cuando estás dentro de tu coche?

Agarré un trapo y lo pasé por el mostrador. Necesitaba una distracción.

—No habría reaccionado así. No lo habría acusado de mirarme embobado. No estoy tan enamorada de mí misma.

Sin dejar de sonreír, Quentin se inclinó sobre el mostrador. Yo me desplazé al extremo opuesto para seguir limpiando.

—¿Y qué habrías hecho, entonces?

Me encogí de hombros.

—Probablemente lo habría llamado mirón o algo parecido antes de rociarlo con mi aerosol de pimienta.

Esto lo hizo reír.

—Es mucho mejor que lo que yo tuve que soportar.

Me mordí el labio para no sonreír, porque no le faltaba razón. No había una manera ideal de reaccionar cuando te encuentras a un desconocido mirándote a través de la ventanilla del coche.

—Por supuesto, la respuesta natural es acusar a la chica de aprovecharse de ti, porque la mayor aspiración de cualquier chica con sangre en las venas es contemplarte mientras estás roncando dentro de tu coche, empapado en sudor y con un hilillo de baba colgando —dije, para seguirle la corriente.

—Me alegro de que lo hayamos dejado claro.

Se cruzó de brazos y se inclinó todavía más sobre el mostrador. Ojalá se hubiera puesto una camisa, en serio.

—No sé si lo hemos dejado claro o más confuso todavía, pero vale.

Eché un vistazo al reloj de la pared. Faltaban quince minutos para acabar mi turno. Tenía que encontrar algo más para limpiar, porque iba a gastar el mostrador de tanto frotarlo.

—De todas formas, como trabajamos juntos, más o menos, ¿por qué no lo olvidamos y pasamos página?

—Me gusta tu forma de pensar. Hagamos un nuevo intento. —Se deslizó a lo largo del

mostrador y me tendió la mano—. Hola, soy Quentin. Trabajo aquí como socorrista y a menudo durante los descansos echo una cabezada en mi camioneta.

Yo vacilé unos segundos de más antes de estrecharle la mano. Su sonrisa adquirió un aire burlón.

—Hola, soy...

—Jade —dijo Quentin mientras levantaba la barbilla—. Se lo pregunté a Janet.

—Oh.

Le solté la mano y dejé caer el brazo.

—¿Me dejas acabar mi presentación?

Esperé. Quentin hizo el gesto de cerrar una cremallera sobre los labios.

—Hola, soy Jade —repetí—. Acabo de empezar a trabajar en el quiosco, y si hoy hubiera tenido un descanso, podría explicarte qué me gusta hacer en mis descansos.

—¿No has tenido ningún descanso hoy?

—Salvo que cuentes los dos minutos en que me he bebido a tragos una botella de agua, no. No he tenido descanso.

—Sí, el trabajo en el quiosco es el peor. Nunca hay suficientes trabajadores. No consiguen que los empleados duren más de unas semanas. Si me hubieras preguntado, te habría dicho que salieras corriendo de ahí. Y rápido.

—Estaba demasiado ocupada escapando de ti.

Sus labios pronunciaron un «Oh» silencioso, como si el comentario le hubiera dolido. Pero se recuperó enseguida.

—Eh, la próxima vez dame un grito y coordinaremos nuestros descansos. Puedo ocuparme del quiosco en una de mis pausas de quince minutos para que tengas tiempo de comer o de lo que sea.

—¿O echar una cabezada?

Quentin hizo un gesto de asentimiento. Le brillaban los ojos.

—O eso.

Pensar en comida hizo que me rugiera el estómago. Lo bastante fuerte como para que Quentin lo oyera. Levantó las cejas como si acabaran de darle la razón en algo.

—Lo digo en serio. Me manejo bien en esto.

Yo no sabía qué pensar de su ofrecimiento a trabajar en uno de sus descansos para que yo pudiera descansar. No sabía qué pensar de toda nuestra conversación. Ayer no quería otra cosa más que alejarme todo lo posible de él, pero hoy me estaba gustando algo más que su atractivo exterior.

Lo que en cierto modo me llevó a desear volver al punto anterior, porque este verano no quería involucrarme en ninguna historia romántica. Especialmente con un chico así. Siempre me habían atraído los chicos de naturaleza melancólica y artística, no los guapos y atléticos como Quentin. Aparte de que, si en algo había insistido mamá, era en que no tuviera una relación seria con un chico hasta no haber alcanzado el estatus de ciudadana sénior. Y todavía me faltaban algunos años.

Quentin me dedicó otra de sus sonrisas. Al sur de mi cuello, mi cuerpo se deshizo como un helado. Tenía que reconsiderar mi posición con respecto a los chicos guapos y atléticos.

—Y ahora que nos hemos disculpado como es debido y hemos vuelto a presentarnos, ¿puedo hacer un pedido? Me muero de hambre.

Deslizó los dedos sobre el mostrador, hasta la caja registradora. Cuando vi que sacaba dinero de los pantalones, me obligué a volver a la realidad. Este chico no había venido a flirtear conmigo, estaba aquí porque tenía hambre.

No cabía duda. Era una idiota.

—Oh, claro. Desde luego —dije, como si esa fuera la razón más natural para que Quentin estuviera conversando conmigo—. ¿Qué te gustaría tomar?

Quentin entrecerró los ojos, como si tuviera que pensarlo detenidamente.

—Tomaré un perrito caliente con todo. No, ponme dos con todo. Una ración de nachos con extra de queso. Una bolsa de Doritos, un Mountain Dew grande. —Movía la cabeza de un lado a otro mientras leía el menú—. Y tres bolas de helado en una copa. Sí, creo que con eso ya está. No quiero estropear mi cena.

—¿Eso es todo? —Parpadeé varias veces, convencida de que no lo decía en serio.

—Ahora que lo dices, ponme también una tira de regaliz.

Muy en serio.

Sacudí la cabeza y me dispuse a prepararle los perritos calientes.

—¿De qué quieres el helado?

—¿Podrías ponerme dos bolas de chocolate con frutos secos y malvaviscos en un plato y otro plato para llevar con una bola de fresa? —Se quedó esperando, como si no estuviera seguro de mi respuesta. Si esta petición le parecía extravagante, estaba lejos de adivinar el día que yo había tenido.

—No hay problema. ¿Te sirvo el postre después de la cena? —pregunté, mientras servía unos nachos bañados en queso.

—No, lo guardo para una persona que está convencida de que el helado de fresa es el mejor que existe.

Asentí con la cabeza. Supuse que se refería a una novia. *Ocupado*. Otra palabra de advertencia que debía grabarme en la mente antes de volver a quedarme embobada con sus deliciosos abdominales.

—Supongo que no debería decirte esto, porque «lo que se debe hacer» es fingir indiferencia, pero nunca se me ha dado bien hacer como los demás. —Inclinó la cabeza a un lado y a otro, como si estuviera bombeando algo de su interior—. Me he quedado por aquí toda la tarde esperando que te acercaras a saludar e hicieras el próximo movimiento.

La bolsa de Doritos que había sacado del expositor se me cayó de las manos.

—¿El *próximo* movimiento?

—Ya sabes, yo hice el primer movimiento. Creo que ahora te tocaría a ti.

No parecía importarle en lo más mínimo decirme todo esto mientras me miraba a los ojos, lo que, de no haber resultado tan desconcertante, habría sido tierno y bastante original.

—Pero, en cambio, he hecho el primer movimiento y ahora hago el segundo. Estoy jugando limpio, como ves.

Como me había agachado para recoger la bolsa de Doritos, me atreví a responder. Ahora que no lo miraba, fui capaz de pensar.

—¿Y cuál fue tu primer movimiento?

Quentin se golpeó con los nudillos la cabeza, donde se había colocado las gafas de sol. A continuación, señaló las que yo llevaba en lo alto de la cabeza.

El estómago me dio un vuelco.

—¿Las dejaste *tú*? ¿Tú escribiste la nota?

Me dirigió una mirada de extrañeza.

—Por supuesto. ¿Quién creías que había sido?

—No lo sé. ¿Otra persona?

—¿Otra persona que te debía una disculpa? ¿A cuántos conductores dormidos te quedaste mirando ayer? —Recorrió con la mirada el recinto de la piscina, ya prácticamente vacío.

—¡A uno! —exclamé con una carcajada—. Bueno, muchas gracias. Fue un detalle... —Me detuve, buscando la palabra adecuada, porque la que se me ocurría no me parecía correcta.

—¿*Amable*? —sugirió Quentin—. ¿No crees que fue amable por mi parte prestarte mis gafas de sol buenas y quedarme con las de repuesto, que son una mierda? Creo que esta es la palabra que buscabas.

Entrecerré los ojos al oírlo pronunciar la palabra exacta que me había venido a la mente.

—Inesperado. Esa era la palabra que estaba buscando —dije.

Levantó la mirada al cielo como si supiera que yo estaba mintiendo y empezó a dar cuenta de la comida frente a él. Abrió la bolsa de Doritos y se metió uno en la boca.

—La verdad es que soy un chico muy «amable» —dijo mientras masticaba una crujiente tortilla chip. Me tendió la bolsa de Doritos, pero la rechacé con un gesto—. Puedes preguntar por ahí, si no me crees.

—Tienes una lista de referencias, ¿no? —Lo miré de reojo mientras marcaba su pedido en la caja registradora.

Su sonrisa se ensanchó.

—Tengo todo un listín telefónico de referencias.

—Por supuesto. Un listín telefónico enteramente femenino de «amables» referencias. —Tenía las manos sobre el teclado, pero no marcaba nada. Mis dedos estaban tan congelados como mi mente.

—También hay algunos chicos. Como el que he salvado hoy de una muerte prematura. Seguro que tendría excelentes referencias acerca de mi amabilidad.

—Hiciste tu trabajo y le salvaste la vida. ¿Crees de verdad que esto te convierte en una buena persona?

Quentin exhaló un suspiro.

—Contigo nada será fácil, ¿verdad?

Las comisuras de mis labios se elevaron.

—No, conmigo nada será fácil.

Esos ojos verdes suyos tenían el efecto de empujarme y atraerme al mismo tiempo.

—Muy bien —dijo—. Me gustan los retos.

Yo le devolví la mirada para demostrarle que una mirada soñadora y unas cuantas palabras incisivas no bastaban para alterarme.

Cuando sonó el teléfono, ambos desviamos la mirada. La mía se dirigió a la caja registradora. Acababa de recordar cómo marcar el pedido de un empleado. La de Quentin se detuvo en la pantalla de su móvil.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras daba un sorbo a su refresco. Su rostro se ensombreció—. ¿Has mirado en el canasto de la ropa sucia? ¿Debajo de mi cama? A lo mejor se ha quedado entre

las sábanas. —Quienquiera que estuviera al otro lado del teléfono lo interrumpió—. Sí, voy para allá. Soy un artista encontrando al Señor Mimos.

Tuve que morderme el labio al oírlo decir «Señor Mimos».

Quentin colgó el teléfono y empezó a recoger toda la comida para llevársela.

—Tengo que salir pitando. Emergencia familiar.

—¿Tiene algo que ver con el Señor Mimos? —pregunté sonriendo mientras colocaba la bolsa de Doritos a medio comer en lo alto de su pirámide de alimentos.

—El muy cabroncete se encuentra de nuevo desaparecido en combate y, al parecer, soy el único de la familia capaz de encontrarlo.

—Buena suerte, soldado —dije muy seria. Agarré su billete de diez dólares y me dispuse a darle el cambio, pero Quentin ya se había marchado.

—¡Tu cambio! —grité.

—Me lo das mañana, ¿vale?

Cerré la mano, donde tenía un dólar y algunas monedas.

—Esto no tendrá nada que ver con algún plan malintencionado para obligarme a hacer el tercer movimiento, ¿no?

Quentin se volvió hacia mí con una amplia sonrisa y siguió caminando de espaldas hacia la salida.

—Por supuesto.

—Pensaba que te gustaban los retos.

Al igual que antes en la piscina, me guiñó un ojo.

—Yo pensaba que a ti también te gustaban.

Capítulo ocho



Empezaba a entender por qué tía Julie quería pasar conmigo cada minuto del día: porque su marido no parecía pasar con ella ni una sola noche.

Bueno, tal vez eso era un poco exagerado, pero solo un poco. Era mi cuarta noche en casa Davenport y me había tropezado con él en tres ocasiones. Cuatro, si contamos que esa mañana temprano nos cruzamos en el pasillo cuando él salía corriendo a la oficina. Estaba claro que el hombre tenía una ética del trabajo, pero del tipo que no deja sitio para nada más, incluida mi tía. Estaba empezando a creer que mi tía era el ser humano más solitario que había conocido.

—¿Qué tal la cena? Es la primera vez que preparo fideos con verduras y no estoy segura de que me hayan salido bien.

Sentada frente a mí, al otro lado de la mesa, tía Julie examinaba su plato como si solamente viera un montón de fallos y cosas mal hechas. Estaba flanqueada por mis dos primas, que se sentaban muy erguidas, con la servilleta en el regazo, y comían como si estuvieran cenando con altos dignatarios. En comparación, yo me sentía como un cerdo en el comedero.

—Está buenísima —dije, enrollando unos cuantos fideos en el tenedor—. Los fideos están perfectos y la salsa es tan buena que me gustaría bañarme en ella.

Miré a mis primas buscando su confirmación, y ellas asintieron obedientemente.

Tía Julie dejó de examinar su plato y me sonrió.

—Es *curry* de coco. Pensé que te gustaría.

—Y me gusta mucho, en serio.

Casi había me acabado la cena, en tanto que ella apenas la había probado, pero eso era lo que sucedía últimamente a la hora de cenar. Los descansos que se suponía que tendría en el trabajo en realidad no se cumplían. De modo que yo comía y cenaba al mismo tiempo.

Quentin tenía que haber trabajado el día anterior, pero había surgido algún problema familiar, de modo que uno de los socorristas externos hizo su turno (¡resulta que sí se hace!) y hoy tenía el día libre. No era que me disgustara no verlo en dos días seguidos, pero aún tenía su cambio y quería devolvérselo. Un dólar y los setenta y dos centavos exactos.

Tía Julie se estaba llevando a la boca el primer bocado de fideos con verduras cuando se abrió la puerta principal. Los pasos de tío Paul resonaron en el suelo de madera y aumentaron de volumen a medida que se acercaba al comedor.

Tía Julie empezó a retirar el film de plástico que cubría el plato de la cabecera de la mesa y le escancié vino blanco en la copa. Las gemelas sonrieron a su padre, pero él dio la vuelta a la mesa sin apenas reparar en ellas.

—¿Qué tal el trabajo, cariño?

Tío Paul dio una palmadita en la cabeza a las gemelas, como era su costumbre, tanto al llegar como al marcharse.

—Mucho trabajo —dijo. Se quitó la corbata y apiló los cubiertos sobre el plato.

El rostro de tía Julie se ensombreció.

—Tengo que preparar la reunión de mañana. ¿Te importa si me llevo la cena al despacho? —preguntó tío Paul, a punto de salir del comedor.

Tía Julie compuso su sonrisa más convincente.

—Claro que no. Dime si necesitas algo.

Tío Paul mordisqueó un panecillo mientras emprendía la retirada.

—Eres la mejor, nena —dijo con la voz amortiguada mientras masticaba el pan—. ¿Lo habéis pasado bien en el campamento, chicas?

Las gemelas asintieron al unísono. Hannah abrió la boca como si fuera a contar una anécdota, pero tío Paul no se dio cuenta.

—¿Has tenido un buen día de trabajo, Jade?

El sonido de sus pasos ya se alejaba cuando respondí:

—El peor que he tenido nunca.

Tía Julie me miró sorprendida. Yo sacudí la cabeza para hacerle entender que no era cierto. Solo quería probar una cosa.

—Me alegro de oírlo.

La voz de tío Paul llegó desde el otro lado del pasillo. A continuación, oímos que se cerraba la puerta de su despacho.

Después de eso, la cena continuó en silencio. Tía Julie movía la comida a un lado y a otro en su plato, sin comer nada, y sus ojos se dirigían continuamente a la silla vacía en la cabecera de la mesa. Las niñas acabaron de cenar, pidieron permiso para ausentarse, se llevaron los platos y se fueron a su habitación.

—¿Te importa si voy un rato al parque? Antes de que oscurezca —añadí.

Ya podía anticipar las preguntas y las inquietudes de tía Julie antes de que las formulara en voz alta.

—¿Y qué harás en el parque? ¿Has quedado con alguien?

Empezó a recoger la mesa que tan primorosamente había dispuesto para la cena.

—No he quedado con nadie. Solo quería relajarme y leer un rato. Parece un parque muy bonito.

Lo había visto cuando iba en la bici de camino al trabajo y pensé que uno de los grandes árboles que lo rodeaban sería el lugar perfecto para echarme a leer o a escribir, según me apeteciera.

—¿Tú sola? No lo sé, Jade...

—Está solo a dos manzanas, tía Julie. Y me llevaré el móvil. Te prometo que estaré de vuelta antes de que anochezca.

Acabé mi último bocado y ayudé a mi tía a recoger.

—No me meteré en ningún lío.

Mi manera de decirlo la hizo sonreír y al mismo tiempo enarcar las cejas con un gesto inquisitivo.

—¿Y si el lío te encuentra a ti?

Arrugué la nariz y negué con la cabeza.

—Repelo los líos.

Mientras llevábamos los platos a la cocina me preparé para decirle a mi tía que tenía diecisiete años y le estaba pidiendo permiso para ir a un parque a leer un viernes por la tarde, por si acaso le surgían más dudas. Sin embargo, no fue necesario.

—Supongo que está bien —dijo mientras exhalaba un suspiro, como si me enviara a un peligro cierto—. Por favor, prométeme que estarás en casa antes de que oscurezca. Este verano somos responsables de ti, y no quiero que tu madre piense que no te controlamos.

Tuve que morderme el interior de la mejilla para no decir que, si creía que mi petición de hoy era un descontrol, se caería sentada si supiera que dos veranos atrás, cuando las *Shrinking Violets* tuvieron un par de actuaciones en Sevilla, me pasé toda la noche recorriendo la ciudad en bicicleta.

No es que fuera un descontrol —no hubo chicos ni bebidas alcohólicas—, pero estaba claro que yo disfrutaba de más libertad que la mayoría de las adolescentes.

—Gracias, tía Julie —dije mientras abría el grifo del agua caliente para lavar los platos.

—Esta noche me ocupo yo —dijo ella, y me apartó a un lado para ocupar mi sitio—. Ve y disfruta de tu rato de lectura.

—¿En serio? No me importa ayudar.

—Has trabajado todo el día y has arreglado el grifo de la cocina, que goteaba. Ve a hacer cosas de adolescente, por el amor de Dios.

Me dio un ligero codazo y miró hacia la puerta.

—No te preocupes. No soy una de esas adolescentes que sale en las noticias de la tarde.

Le di un abrazo. Tía Julie se puso rígida un instante, pero luego se relajó.

—Gracias por esta deliciosa cena. Estoy segura de que tío Paul también la está disfrutando.

El rostro de tía Julie se ensombreció lo suficiente como para que yo me diera cuenta.

—Seguro que sí.

Cuando subía la escalera para recoger mis cosas, sentí deseos de entrar en el despacho de tío Paul. Era un buen hombre, y yo comprendía que se tomaba su trabajo en serio, pero no estaba bien que tía Julie y las niñas pasaran a un segundo plano. Debería decirle algo, aunque primero tenía que pensar cómo decírselo. Lo añadí a mi lista de cosas que hacer para el verano mientras recogía *Jane Eyre* y mi diario y bajé corriendo la escalera para aprovechar las últimas dos horas de luz.

En cuanto abrí la puerta principal, exhalé un suspiro de alivio. Aparte del corto paseo de ayer después de cenar, era la primera vez que estaba sola, salvo en el trayecto al trabajo. Echaba de menos mi libertad, y sentirme libre ahora despertaba mis ansias de viajar.

No podía esperar a llegar al parque. Había interrumpido la lectura del libro en una de mis partes favoritas y tenía ganas de volver a sumergirme en ella. Empecé a leer mientras paseaba por

la tranquila calle.

Era una de esas noches perfectas. Cálida sin ser calurosa. La brisa jugueteaba con los pliegues de mi chaqueta y con las puntas de mis cabellos. Sentía que ese camino me llevaría allí donde yo quisiera ir. Todas las calles llevan a alguna parte, ya sea al parque, a otra manzana o al borde del océano Pacífico. Algunas carreteras llevan a todas partes. Esto me lo enseñó mamá.

—Piola, vecina.

Una voz familiar me llamó desde el otro lado del jardín por donde paseaba con la nariz metida en el libro.

Me quedé clavada en mi sitio. No podía ser. De ninguna manera.

Cuando levanté la cabeza y miré, lo vi sonriéndome, sentado en el último escalón del porche. Hice acopio de valor para responder.

—Hablas como si ya supieras que éramos vecinos.

Muy bien. Ha sonado perfectamente indiferente.

Sus hombros se alzaron por debajo de la vieja camiseta gris que llevaba. De modo que tenía ropa, pantalones, de todo.

—Lo sabía.

—¿Cuándo lo supiste?

—Hace un par de días. La misma noche en que tuvimos nuestro, ya sabes, «desacuerdo» en el aparcamiento.

Enderezó la espalda y apoyó los codos en los muslos.

—¿Cuándo me viste? —Hice memoria, pero el único momento en que estuve fuera de casa fue cuando iba y venía de la piscina en mi especie-de-bici-Limón.

—Cuando estabas sentada frente a una de las ventanas que dan a la calle. Era bastante tarde.

Lo dijo sin darle importancia, como si estuviera leyendo el pronóstico del tiempo en lugar de confesando que me había espiado a través de la ventana de mi dormitorio tarde por la noche.

Bajé el libro.

—¿Me estabas espiando?

—Me pareció lo justo, ya que tú me habías espiado a mí.

Se me secó la garganta al pensar en lo que podía haber visto Quentin a través de la ventana de mi habitación.

—¿Qué viste?

Quentin me respondió sin apartar la mirada.

—Vi a una chica leyendo. —Carraspeó para aclararse la garganta—. Y tal vez llorando mientras leía una carta.

Me tranquilizó saber que no me había visto andando por ahí en ropa interior, pero al mismo tiempo me enfurecía que me hubiera visto en un momento tan vulnerable.

—No puedo creer que hicieras eso.

Mis intentos de mostrarme ofendida no parecieron impresionarlo en absoluto.

—¿Quién escribió la carta? ¿Algún idiota que te rompió el corazón?

Me tambaleé ligeramente. No esperaba que la confesión de un espionaje tomara esta deriva.

—Ningún chico me ha hecho llorar. Y, desde luego, ninguno me ha roto el corazón.

—¿Por qué? ¿No tienes en el pecho uno de esos chismes de cuatro compartimentos?

Le dirigió una mirada asesina. Aunque la verdad era que me lo estaba pasando bien con nuestra

charla.

—Porque nunca he dejado que nadie se acercara lo bastante como para rompérmelo.

Quentin asintió.

—Es una forma segura de protegerte del desamor. —Su rostro adquirió una curiosa expresión—. Y también del amor añadió, tras pensarlo un momento.

—¿Ya está controlada la crisis familiar? —pregunté mientras echaba una ojeada al jardín.

Al principio no lo había notado, debido al desconcierto que me provocó saber que Quentin y yo éramos vecinos prácticamente puerta con puerta, pero en el jardín había más juguetes desparramados que materia orgánica. Había de todo, desde pelotas y porterías de fútbol hasta una caja de arena en forma de tortuga y una sillita de niño.

—Todo bajo control —dijo, y echó un vistazo a un objeto que sostenía en la mano—. Gracias por preguntar.

Al observar un elefante que colgaba de la sillita, recordé una cosa.

—¿Cómo está el Señor Mimos?

Quentin hinchó el pecho y resopló.

—Ahora mismo le están haciendo mimos.

Levantó la mano en la que sostenía un monitor de bebés. En la pantalla vi a un bebé dormido en su cuna junto a un osito de peluche.

—Mis padres han salido, de modo que yo estoy de cuidador —explicó, y miró el monitor con una expresión de ternura que me llegó al corazón.

—¿Niño o niña? —pregunté mientras señalaba al bebé.

—Niña. Se llama Lily.

—Y me atrevo a adivinar que es la única niña de la casa.

Señalé con un amplio gesto el jardín, donde el juguete más «de niñas» era... la espada láser de color púrpura.

Quentin echó una ojeada al desordenado jardín y soltó un gruñido.

—Dos pequeños diablos. O «hermanos», cuando mi madre puede oírme.

Así que este chico no solo era el jefe de los socorristas en la piscina pública, sino que también cuidaba de sus hermanos pequeños. Cuanto más conocía a Quentin, más facetas suyas descubría.

—Mis padres llegarán a las nueve. ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta?

Al ver que yo no contestaba, me pinchó.

—Sí o no. Son las respuestas más habituales a este tipo de preguntas. Lo digo por si no lo sabías.

—¿Qué quieres que hagamos?

Me removí incómoda en mi sitio. No entendía por qué, pero este chico me provocaba inquietud. Pasaba rápidamente de sentir que debía alejarme de él a querer estar más cerca.

Quentin dejó el monitor, unió las manos entrelazando los dedos y me sonrió.

—Tengo planes.

Eso era lo que me preocupaba.

—¿Qué *clase* de planes?

Quentin sonrió con picardía.

—De los buenos.

Antes de continuar, dejó que asimilara la respuesta.

—Mejores que pasarse el verano leyendo libros en el parque.

Golpeó con los nudillos la cubierta de mi libro, como si estuviera llamando a una puerta y esperara que le abrieran.

—Me gustan los libros —dije, como si fuera una genialidad.

Quentin me miró a los ojos.

—Adoro los libros —añadí, mientras sostenía su mirada. Si él intentaba demostrar algo, yo también.

—¿Por qué no creas tu propia historia en lugar de vivir dentro de las páginas creadas por la imaginación de otra persona?

Iba a contestarle, pero no esperaba que me dijera algo así. No esperaba que me retara con casi lo mismo que me decía mi madre en su carta. Claro, él lo expresaba en un tono más acusador, pero en esencia los dos decían lo mismo: vive *tu* vida.

—No me conoces —dije lentamente, y di un paso atrás—. Que me gusten los libros no significa que no tenga mi propia vida.

—Tienes razón, no te conozco. Pero me gustaría conocerte.

El sol de la tarde le daba de lleno en la cara, y tuvo que entrecerrar los ojos para mirarme.

—¿Por qué? —pregunté.

Quentin se puso de pie. Desde su puesto elevado en lo alto de la escalera bajó lentamente, primero un escalón y luego otro, hasta colocarse a la misma altura que yo.

—Porque sí.

Hundió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y se encogió de hombros.

—¿Por qué?

Se acercó un paso más y, tras dudar un instante, dio otro paso. Nuestras miradas se encontraron.

—Porque creo que vale la pena conocerte.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Un escalofrío de verdad.

—Otro día, tal vez —dije mientras retrocedía hacia la acera.

—Ya sé lo que quiere decir tal vez. —Quentin retrocedió a su vez hacia el porche—. Significa nunca.

Me detuve al llegar a la acera.

—Deja que lo piense, ¿vale?

Él me dijo adiós con la mano sin dejar de avanzar hacia su casa.

—No lo pienses demasiado tiempo o el verano se habrá acabado.

Sus palabras sonaron como un reto, un desafío. No podía pensar en otra cosa mientras proseguía mi paseo por el parque. Cuando me tumbé debajo del árbol que había descubierto unos días atrás, estaba inquieta. No encontraba una posición cómoda, la corteza del árbol me arañaba la espalda, las raíces se me clavaban en el trasero.

Estaba demasiado molesta para pensar siquiera en escribir, pero cuando abrí el libro me encontré con el mismo problema. No podía leer un párrafo entero sin volver a mi conversación con Quentin.

Por novena vez, leí la misma página sin enterarme de lo que ponía. Exasperada, tiré el libro al suelo con un quejido, y de repente oí que en mi bolsillo sonaba el móvil. Normalmente me

molestaba que el teléfono sonara cuando estaba leyendo o escribiendo, pero esta vez agradecí la distracción.

—¡Mamá!

—¡Hija! —respondió mi madre.

—Oh, Dios mío. ¿Qué hora es en Londres? —Me incorporé, intentando calcular la diferencia.

—Es la hora de llamarte. Esa es la hora.

No parecía cansada, a pesar de que debían de ser las cuatro de la madrugada.

—Te echo de menos. ¿Cómo va todo?

De repente, sin saber cómo, noté un escozor en los ojos y me afloraron las lágrimas. Gracias a sus horarios de trabajo y a las diferentes zonas horarias, desde que mi madre se había ido nos habíamos comunicado únicamente mediante mensajes de texto y correos electrónicos.

—Yo te echo de menos más todavía, porque soy la mamá y me asiste ese derecho, pero las cosas van muy bien en lo que respecta a la gira. Irían todavía mejor si tú estuvieras aquí, porque te juro por Dios, Jade, que eras mejor directora de escena a los quince años que estos supuestos profesionales. Ayer noche colocaron en el escenario mi guitarra acústica para el primer tema, ya sabes, en lugar de la guitarra eléctrica que necesito para tocar *Wallflower Flunkie*.

Oír a mi madre me hizo sonreír.

—¿Qué hiciste?

—Tocamos la primera versión acústica que se ha tocado de *Wallflower Flunkie*. El público enloqueció. Fue un exitazo. Te habría encantado.

Me reí al imaginar la escena mientras arrancaba los flecos de mis vaqueros recortados.

—¿Qué será lo próximo que interpretes con guitarra acústica, *Rebel Honey*?

Oí la risa de mi madre al otro lado del teléfono.

—Me gusta, Jade. Tendré que probarlo con Seraphina y Kai. A ver qué les parece.

—Salúdalas de mi parte. Y dile a Kai que tiene que pedir nuevas púas de guitarra. Seguro que ya le quedan pocas.

—Haré las dos cosas —me prometió mamá—. Y basta de hablar de mí. ¿Qué has hecho estos días? —Hizo una pausa como si esperara que yo le recitara una larga lista de cosas—. ¿Qué estabas haciendo ahora, en este preciso momento?

Eché un vistazo al libro y al diario, luego dirigí la mirada al parque en busca de algo que pudiera decirle sin verme obligada a admitir que estaba leyendo un libro que ya había leído un centenar de veces.

—¿En este preciso momento? —pregunté, intentaba ganar tiempo para que se me ocurriera una respuesta genial.

—Jade Eleanor Abbott. Si estás leyendo uno de esos libros tuyos un viernes por la noche, totalmente sola, me voy ahora mismo al aeropuerto y tomo el primer avión a California.

Vale, pues no era el mejor momento para decirle lo que estaba haciendo.

—Mamá...

—Jade. Ve. Haz. Vive experiencias.

Me puse a arrancar tallos de hierba.

—He viajado por seis continentes y treinta y un países y todavía no soy una adulta a los ojos del Gobierno. Me he marchado y he tenido experiencias.

Se quedó callada unos instantes. Yo ya sabía adónde quería llegar. Poco más o menos. En

diecisiete años de vida, yo había hecho muchas cosas, pero también me había perdido muchas otras. Tal era el propósito de ese verano y, sin embargo, aquí estaba, leyendo bajo un árbol, igual que si estuviera en Londres con las Shrinking Violets.

—Ahora no tienes que cuidar de mí, ni de Seraphina ni de Kai, cariño. Somos adultas. Ya sé que lo haces muy bien, pero nosotras también sabemos cuidarnos. No tienes que preocuparte del equipo ni de los horarios de la gira; no tienes que preocuparte de nada excepto de ser una chica de diecisiete años.

Se oían ruidos de fondo, luego, lo que pareció una puerta que se cerraba y todo quedó otra vez en silencio.

—Quiero que tengas amigos, que te lo pases bien y que te metas en líos.

Se detuvo al comprender lo que acababa de decir.

—No líos demasiado grandes, pero algo de lío. Te doy mi permiso.

Apoyé de nuevo la cabeza en el árbol.

—No sé cuáles son los parámetros para un poco de lío. ¿Me lo podrías definir?

—Lo reconocerás cuando lo sientas. Tienes buenos instintos.

—De acuerdo. Lo intentaré.

—No, Jade Eleanor. Lo harás.

Capítulo nueve



Tras hablar con mamá, colgué el teléfono y me quedé unos minutos debajo del árbol a fin de asimilar lo que habíamos hablado. Al poco rato recibí un mensaje de texto que decía: «Voy de camino al aeropuerto de Heathrow. Sé que todavía tienes ese libro en la mano. Lo percibo desde el otro lado del Atlántico».

El libro no lo tenía en la mano, sino concretamente a mi lado sobre la hierba, pero lo único que lograría, si mencionaba este detalle, era que mamá sobornara al taxista para que corriera más. En lugar de seguir leyendo, me levanté de un salto, recogí mis cosas y le escribí un breve mensaje en el que decía que mi noche mágica de viernes había comenzado.

Al pasar por delante de la casa de Quentin miré de reojo. Si por casualidad me estaba espiando otra vez, no quería que supiera que yo también lo espiaba. El jardín estaba despejado de trastos y no había chicos exasperantes en los escalones del porche. Sus padres ya habrían llegado porque había un todoterreno aparcado en el camino de entrada que no estaba ahí antes, aunque la camioneta de Quentin seguía allí.

Dejé atrás su casa y dirigí la mirada a la de mis tíos. En el porche delantero vi un objeto grande y marrón que no estaba cuando me fui. Era una caja. Una caja grande.

Una entrega de última hora, tal vez.

Al entrar en el jardín, sin embargo, observé que la caja estaba abierta y que dentro había un montón de libros viejos en edición de bolsillo. En lo alto de los libros había una nota, de modo que la leí.

«Hay bastantes como para que te duren todo el verano. Disfruta».

No necesitaba saber quién la había escrito..., era evidente. Giré rápidamente la cabeza hacia la casa de Quentin. Empecé a hojear los libros apilados y me invadió la ternura. Eran novelas románticas de esas con sobrecubiertas cursis y títulos tontos, bien grandes y en cursiva.

Entrecerré los ojos. Yo nunca leía ese tipo de libros en absoluto. Un poco avergonzada, intenté

meter la caja por la puerta, pero, como era demasiado pesada, tuve que arrastrarla.

—Jade, ¿eres tú? —De la cocina llegó la voz de tía Julie—. ¿Has visto el regalo que tienes en el porche principal?

—Es un auténtico obsequio —balbuceé. Me sentía como si arrastrara el peso de un elefante en libros. Parecía que se me fuera a desgarrar un músculo.

—Quería meterlo en casa, pero Quentin dijo que quería sorprenderte dejándolo en el porche.

Me desconcertó que tía Julie conociera a Quentin. Aunque era lógico, después de todo. Vivía en la misma manzana. Sin embargo, sus mundos eran tan... diferentes.

—Ha sido una sorpresa, desde luego. Estoy impaciente por devolverle el favor. —Ya estaba maquinando cómo vengarme—. ¿De modo que conoces a Quentin?

Tía Julie me apoyaría, sin ninguna duda. Una persona como ella, que detestaba todo lo que fuera de naturaleza conflictiva, tenía que estar de mi parte en este tema.

—Un poco, sí, pero no sabía que tú lo conocieras. —Asomé la cabeza desde la cocina—. Creo que es un buen chico, Jade. Y tampoco es mal parecido.

—Tan guapo tampoco es —murmuré yo.

La mirada burlona que me dirigió tía Julie dejaba claro que nadie se tragaría mi mentira.

—¿Conoces a su familia o algo así? —pregunté para cambiar de tema.

—Nos saludamos si nos vemos por la calle, pero no puedo decir que los conozca. Se mudaron aquí hace cosa de un año. Parece una familia simpática, muy atareada, pero simpática. Pero, claro, con tantos niños pequeños es normal que estén atareados. Y con tanta diferencia de edad entre ellos.

Tía Julie meneó la cabeza e hizo una mueca de disgusto, como si criar bajo el mismo techo a cuatro hijos, con edades que iban del bebé al adolescente, le pareciera un castigo cercano a la pena capital.

Era increíble que tía Julie mirara a Quentin y no viera las innumerables señales de peligro que yo percibía destellando sobre su cabeza. Claro que ella no temía que su corazón quedara hecho añicos si osaba acercarse demasiado.

—Eh, tía Julie. —Hice una pausa para asegurarme de que me prestaba atención—. ¿Qué te parece si salgo esta noche?

Su mirada dejaba claro que no había entendido la pregunta.

—Quieres decir... ¿ahora?

—Sí, a lo mejor. —Indiqué con un gesto la ventana que daba a la calle.

—¿Adónde pensabas ir?

Incliné el peso del cuerpo hacia delante y luego hacia atrás, masajeando la planta de los pies, de los dedos a los talones. No sabía por qué preguntaba si ya conocía la respuesta más probable.

—No lo sé. A alguna parte.

—¿Sola? ¿Acompañada?

Cuando respondí con un encogimiento de hombros, tía Julie apoyó las manos en la encimera de la cocina.

—¿A qué hora esperas llegar de vuelta?

—Hum, no lo sé. ¿La una te parece una hora aceptable?

Tía Julie puso unos ojos redondos como platos.

—¿La una de la madrugada? No lo creo. —Cuando vio mi aire de desánimo tomó aire—.

Escucha, acabas de instalarte aquí. No hay ninguna razón para que salgas «a alguna parte» y no vuelvas hasta la una.

—Mamá me lo permitía —contesté, intentando que no sonara como un gimoteo.

Tía Julie esbozó una de esas sonrisas tristes destinadas a hacer que el veredicto nos resulte más fácil de digerir.

—Cariño, yo no soy tu madre.

¡Como si yo no lo supiera!

Puse en mi rostro una sonrisa y me dirigí a la escalera.

—Subiré a mi habitación. ¿Te importa que esta noche deje la caja de libros en el vestíbulo?

No tenía sentido que los arrastrara escaleras arriba si no tenía intención de quedármelos.

—Está bien. Buenas noches.

Tía Julie levantó la mano del bocadillo que le estaba preparando a tío Paul y me hizo un gesto de despedida. Iba todavía en blusa y pantalones y estaba tan bien maquillada y peinada como esa mañana.

—Hasta mañana.

Subí las escaleras corriendo. Mi plan empezaba a tomar cuerpo y una descarga de adrenalina me fluía por las venas. Quentin había lanzado el guante, y yo no era de esas personas que se arrugan ante un reto. Me estaba desafiando, me retaba con la convicción de que yo estaría a la altura. Le demostraría que no tenía ni idea del tipo de chica que era.

Ya en mi habitación, cerré la puerta y abrí la ventana. Esta no chirrió ni crujió al abrirse como la mayoría de las ventanas por las que había salido. Tenía que haber adivinado que la ventana de la tía Julie no emitiría crujidos ni chirridos.

Apagué las luces, me quité los vaqueros recortados y la chaqueta y me puse un vestido suelto, largo hasta las rodillas. No entendía muy bien por qué me ponía un vestido cuando iba a descolgarme por la ventana y a tomar parte en una misteriosa aventura, pero fue lo primero que encontré.

No sabía si tía Julie asomaría la cabeza en mi habitación esa noche —confiaba en que no—, pero por si acaso...

Agarré algunos cojines del banco que había frente a la ventana y los coloqué en mi cama bajo las sábanas hasta conseguir la forma de una adolescente profundamente dormida.

Di un paso atrás para contemplar mi obra. Tenía un nudo en el estómago. Detestaba la idea de engañar a tía Julie y escaparme por la ventana, pero era el único modo de experimentar la auténtica vida de adolescente, ya que tía Julie me trataba como si fuera una niña de dos años que necesitara constante vigilancia. Yo era una persona responsable y sabía tomar buenas decisiones —lo había demostrado toda mi vida— y a mi madre nunca le había importado que saliera por la ventana o que explorara la ciudad por mí misma. De hecho, me animaba a hacerlo.

La ventana era enorme —especialmente hecha para descolgarse por ella— y la altura desde el tejado hasta el suelo no era nada comparada con otras alturas de las que había saltado. Atravesé corriendo el oscuro jardín. Las luces de la planta baja seguían encendidas, pero ya eran cerca de las diez de la noche, la hora de acostarse. Tía Julie era tan rigurosa con esta faceta de su vida como con las demás.

La casa de Quentin estaba en silencio y su camioneta seguía aparcada en el camino de entrada. El corazón me latía con fuerza en el pecho y parecía resonar en el silencio nocturno. Sentí el

estremecimiento de lo inesperado, la excitación de hacer algo que probablemente no debería estar haciendo y temor ante lo que ocurriría después. Era una poderosa mezcla de emociones la que me invadía, pero me gustaba, y mucho.

Como no sabía con seguridad a qué hora pensaba salir Quentin, me senté en el parachoques de su camioneta. Me moría por ver la cara que pondría cuando me encontrara ahí.

No tuve que esperar mucho.

No oí chirriar una ventana, sino la puerta principal. Quentin no salió de prisa, como el que se escapa. Bajó la escalera con paso elástico y recorrió el jardín a grandes zancadas, como si no le importara que lo vieran salir de casa. Sus padres no debían de poner objeciones a que saliera por la noche.

Al principio no me vio. Me levanté, di unos pasos y me detuve junto a la camioneta. En el rostro de Quentin apareció una sonrisa, sus ojos brillaban como si me hubiera estado esperando desde el primer momento. Se volvió hacia mí y se apoyó en la puerta del conductor.

—Entonces, ¿no te gustó el regalo?

Hice una mueca y me acerqué un poco más a él.

—Lo detesté.

—Bien.

Sin más comentario, abrió la puerta de la camioneta y me invitó a entrar con un gesto.

—Bonito vestido.

Sus palabras corroboraban la aprobación que se leía en sus ojos.

Me estiré el borde de la falda; no entendía por qué me sentía tan cohibida. Tal vez por la manera en que Quentin me miraba.

—No sabía lo que tenías pensado hacer esta noche, pero confío en que sea algo adecuado para llevar vestido.

—Absolutamente.

Quentin no se apartó cuando entré en la camioneta; mis hombros rozaron su torso y recibí una descarga de miles de voltios en los manguitos rotadores.

—Mi plan consistía en colgarnos cabeza abajo de las barras de los monos y permanecer así toda la noche, de modo que no podías haber elegido un atuendo más perfecto.

Alcé los ojos al cielo y me desplazé a lo largo del asiento delantero.

Cuando me instalé en mi sitio, eché un vistazo al asiento trasero. Presentaba las mismas condiciones que su jardín antes. *Nunchakus* japoneses de gomaespuma, dinosaurios de plástico y una silla infantil para coche.

Cuando Quentin subió al coche y me vio observando el asiento trasero, levantó la barbilla y arrancó el motor.

—Así es como viajo en mi camioneta.

Lo dijo como si fuera lo más guay del mundo, y me hizo reír.

—Nunca había visto una silla infantil en el coche de un adolescente. Ni un escudo del Capitán América, por cierto —dije, al ver algunos juguetes más desperdigados por el suelo en la parte de atrás.

Quentin arrugó la frente.

—¿Sabes qué? Yo tampoco. Supongo que soy un tipo especial. Uno de los que aparecen una vez entre millones.

Salió marcha atrás con cuidado y miró varias veces por el espejo retrovisor. Era un conductor responsable, lo que me llevó a confiar en que esa noche no nos dirigiéramos a una especie de fiesta satánica en algún almacén abandonado.

—Estás muy satisfecho contigo mismo, ¿no?

—Eh, soy un buen tipo. Tengo muchas cosas buenas.

Tras sacar el coche marcha atrás, me miró y vio que yo levantaba los ojos al cielo como si no pudiera creer lo que oía.

—Vale, veo que eres de esas chicas que prefieren a los que se odian a sí mismos.

Pensativo, dio unas palmaditas en el volante. Adoptó una expresión sombría y melancólica y encorvó la espalda.

—No, no me quiero nada. En absoluto. Soy una mierda, no merezco nada. No imagino siquiera que alguien pudiera apreciar a un parásito como yo. Solo quiero encerrarme en una habitación a oscuras, escuchar música tenebrosa y pensar en cosas tristes.

Una vez dicho esto, me miró. Yo refunfuñé y sacudí la cabeza.

El chico tenía una respuesta ingeniosa para todo. En lugar de confirmar o negar qué «tipo de chica» era yo y qué «tipo de chico» me gustaba, guardé silencio. La camioneta, sin embargo, no era tan silenciosa. Hacía ruido, pero no porque fuera de las pensadas para hacer ruido, sino más bien porque estaba cercana a su jubilación.

—Eres una de esas jóvenes *boho chic*, ¿no? ¿De las que ayudan a ganar dinero a Urban Outfitters? —preguntó mientras echaba una mirada a mi vestido.

La camioneta avanzaba calle abajo.

—¿Qué es Urban Outfitters? —pregunté, y me estiré de nuevo el borde del vestido—. ¿Y qué es *boho chic*?

—Ya sabes. Alguien que viste como tú.

Miré mi vestido, mis sandalias, mi bolso con flecos en bandolera. No sabía a qué se refería. Ni idea.

—Compro en tiendas de segunda mano y de vez en cuando en tiendas *vintage*.

Quentin se encogió de hombros, como si eso confirmara su afirmación.

—*Boho chic*.

Me giré en el asiento para mirarlo de frente.

—Bueno, si vuelves a llamarme *boho chic*, te tiro a la cabeza ese montón de libros que me has dejado.

Quentin sonrió sin apartar la mirada del parabrisas.

—¿Nada de etiquetas?

—No, gracias.

—¿Por qué no?

Nos estábamos incorporando a una carretera principal.

—Porque las etiquetas te limitan. No te permiten salir de ellas. Nosotros, los que carecemos de etiqueta, podemos ser lo que queramos en el momento en que queramos.

Bajé un poco mi ventanilla, necesitaba aire fresco. Tal vez a causa de lo bien que olía Quentin, salido de la ducha y con el pelo recién lavado.

—Suena muy bien.

—Está muy bien.

Seguimos un par de minutos por la carretera camino de nuestro destino misterioso. Podría haberle preguntado adónde íbamos, pero probablemente no me lo diría, y la verdad era que no quería saberlo.

—Bien, la historia. ¿Cuál es tu historia? —preguntó Quentin mientras tomaba la calle que iba paralela al mar. Era la primera vez que veía el océano desde mi llegada. Como una cría, bajé el cristal de la ventanilla para sacar la cabeza y aspirar el aire nocturno. El aire no estaba tan cargado de salitre como en las costas de Washington y Oregón, pero olía deliciosamente a mar.

—¿Cuál de ellas? —pregunté. Metí la cabeza en el coche y saqué el brazo por la ventana.

—La que lo abarca todo.

Me puse rígida al pensar en la explicación que tenía que dar.

—Es muy larga.

—Normalmente lo son.

Quentin giró para entrar en una zona de aparcamiento y avistó enfrente un coche que dejaba el sitio libre.

¿Íbamos a la playa? Aunque me parecía bien, me extrañaba que ese fuera el gran plan de Quentin.

—Veamos.

Mientras Quentin aparcaba, me di unos golpecitos en la barbilla, como si pensara.

—Nací, viví y ahora estoy aquí. Final de la historia.

Quentin resopló y apagó el motor.

—Vamos, ¿en serio?

Se giró en el asiento hasta quedar de cara a mí.

—¿De modo que una chica se muda de repente unos metros más allá de mi casa y no tengo ninguna información?

Parpadeé. No estaba segura de cuánto quería decirle. No nos conocíamos, en realidad. Las pocas conversaciones que habíamos mantenido estaban más centradas en retornos o en tomarnos el pelo que en escarbar en nuestro pasado.

—El matrimonio es el formado por mis tíos, y solo estoy aquí durante el verano.

Abrí la portezuela del coche y él abrió la suya.

—Lo siento —dije—. No es nada más interesante que eso.

Quentin asintió mientras se reunía conmigo junto al coche.

—¿Querías conocer la costa californiana en verano?

Miró hacia la playa que se extendía ante nosotros, como si allí estuviera la explicación.

—Más o menos —dije. No sabía cuánto explicarle y, por supuesto, no iba a hablarle de mi padre biológico—. Sobre todo, quería pasar un verano como cualquier persona de mi edad.

Quentin ladeó la cabeza con un gesto de interés y empezó a caminar por la ancha avenida a lo largo de la playa. Dio un paso y volvió la mirada para comprobar si lo seguía.

—¿Cómo has pasado los otros veranos?

—Igual que el resto de mi vida. En la carretera. Viajando. Viendo el país. Visitando el mundo. Ese tipo de cosas.

Se quedó mirándome boquiabierto.

—Y querías hacer un parón en esto de viajar..., ¿por qué?

Me miraba de una forma que me hizo sonreír. Se parecía a la forma en que me miró mi madre

cuando le dije que quería pasar el verano con tía Julie.

—Porque... ¿y si me estoy perdiendo algo?

—¿Y si no te estás perdiendo nada?

—Lo sabré con seguridad a finales de agosto.

Quentin seguía sacudiendo la cabeza como si me considerara loca de atar.

—Bueno, entonces, ¿dónde has estado?

—Sería más fácil que te dijera dónde *no* he estado.

Gimió como si le doliera algo.

—Me estás tomando el pelo.

—¿Por qué? ¿Tú no has viajado?

—Ah, claro. A Phoenix, para visitar a mis abuelos. Y a Wisconsin para ver a mis otros abuelos. Yupi. —Dibujó un círculo en el aire con el índice—. ¿Qué lugar te ha gustado más?

—Es difícil. Me gustan muchos sitios.

—Si tuvieras que elegir uno para pasar el resto de tu vida, ¿cuál escogerías?

Lo medité con los ojos entrecerrados. Había visitado algunos lugares maravillosos y conocía buena parte del mundo, pero en ninguna parte me sentía en casa.

—¿Por qué has viajado tanto? —preguntó Quentin al ver que no decía nada—. ¿Tu padre es militar o algo así?

En realidad, no «conocía» a mi padre, pero, por lo que sabía de él, casi solté una carcajada al imaginarlo en uniforme de camuflaje y haciendo el saludo militar.

—No, en absoluto. Mi madre está en un grupo musical, y viajan mucho. Tienen seguidores en todo el mundo, de modo que vamos a todas partes, desde Reikiavik hasta Sidney.

Quentin se detuvo. Me agarró del brazo para que no siguiera andando.

—¿Tu madre está en un grupo de música?

—Sí —dije, como si no fuera distinta de las mamás que llevan a los niños al cole en su monovolumen.

—¿Es un grupo del que haya oído hablar?

Quentin no me soltaba el brazo. Y yo no estaba segura de querer que me soltara.

—Depende. ¿Escuchas música de estilo *grunge-meets-glam-chick-rock*?

No añadí que si escuchaba los 40 Principales reconocería probablemente algunos de los éxitos de mi madre.

—Ya. Me atengo al *rock* clásico, de modo que probablemente no.

Me soltó el brazo y siguió andando.

—Si estabas siempre en la carretera, ¿a qué colegio ibas?

—Me educaba en casa.

Delante de nosotros había un amplio muelle donde habían instalado unas atracciones de feria. Una noria sobresalía por encima de las demás atracciones. Detecté el olor de la comida y oí los gritos de los vendedores animando a los paseantes a comprar. ¿Me llevaba a unas atracciones?

Me encantaban las atracciones. Las había en todas las ciudades del mundo, y siempre eran iguales, de Akron, en Ohio, a Zagreb, en Croacia.

—¿En serio te has educado en casa? Uau.

El comentario de Quentin me sacó de mi ensueño de algodón de azúcar.

—Sí. Y explícame esa sorpresa nada sutil —dije mientras le propinaba un codazo y lo miraba

con severidad.

—No lo sé. Supongo que relaciono la educación en casa con niños socialmente inadaptados o algo así. Eso de que estén solos, sin compañeros que los ayuden a desarrollar la piel gruesa que tenemos todos los de escuela pública en cuanto llegamos a segundo de primaria.

—No, yo pienso lo contrario. Tenemos que trabajar mucho más y esforzarnos para hacer amigos y encajar. Nos adaptamos con facilidad.

Eché un vistazo al móvil que llevaba en el bolso para comprobar que no había llamadas históricas o mensajes de texto de tía Julie, en caso de que hubiera descubierto que su sobrina dormida era en realidad una serie de almohadas estratégicamente colocadas.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cuál es la historia de *tu* vida?

Quentin se frotó la nuca sin dejar de mirar al frente.

—Bueno, no es ni mucho menos tan interesante como la tuya, eso seguro. Mi madre es ahora ama de casa, no toca en una banda. El lugar más exótico en el que he estado es en la Baja California, y hemos ido a la escuela pública desde el parvulario.

—Esta no es la historia de tu vida. No es más que una serie de hechos.

Cuando llegamos al muelle, fue en dirección a las atracciones.

—Bueno, tampoco lo era la tuya —dijo, y se encaminó directamente hacia el puesto de venta de comidas más cercano—. ¿Quieres comer algo? Me muero de hambre.

—¿No has cenado?

—Sí. Hace tres horas.

Supongo que mi rostro reflejaba incompreensión, porque se vio en la necesidad de explicarse.

—Tres horas son una eternidad para un chico en edad de crecimiento.

—Increíble —murmuré cuando comprobé que estábamos en la cola de un puesto de venta de helado frito.

—¿Qué te apetece? Invito yo —anunció, rebuscando en el billetero que ya tenía en la mano.

—Lo que quiero... es que no me diagnostiquen dos tipos de diabetes cuando cumpla los cuarenta años. —Señalé la carta. El producto más saludable era pastel frito de queso y fresas. Lo servían en un palo, porque, ya se sabe, era fruta.

Quentin se volvió de repente hacia mí, me agarró de los hombros y me miró a los ojos como si estuviéramos hablando de un asunto de vida o muerte.

—Escucha, Jade. Tenemos una estrecha ventana de tiempo para comer lo que queramos, hacer lo que queramos y ser quienes queramos antes de que todo cambie y empecemos a pensar en el colesterol, en acostarnos pronto y en convertirnos en ciudadanos modélicos, maduros y responsables. Disfrútalo mientras puedas.

—Tú parece disfrutarlo por los dos —dije con una carcajada.

Quentin me soltó e hizo su pedido a la chica que había detrás de la caja registradora. No oyó mi última frase, porque la chica captó su atención al hacerle una pregunta que seguramente no tenía nada que ver con el pedido. Justo era reconocer que cualquier chica con aquella falda tan corta y aquel sujetador elevador atraería muchas miradas.

Me aparté a un lado y esperé a que acabaran de charlar y a que le entregaran a Quentin su delicioso manjar frito en un palo. Me recordé que eso no era una cita, era una salida de amigos. Un colega del trabajo que invita al otro para divertirse. No *era* una cita. Pero apreté sin querer los dientes cuando vi a la chica acariciar sonriente el brazo de Quentin.

Y no era la única que le ponía ojitos. Las tres chicas que esperaban en la fila detrás de él no se cortaban a la hora de hacer comentarios sobre su trasero.

Se me revolvió el estómago. No porque sintiera celos, no creo... Me sentía casi... protectora hacia Quentin. Era más que un bonito trasero.

Esto no era guay. No era guay en absoluto. Tenía que controlar mis emociones o acabaría dándoles algún significado.

En cuanto tuvo su comida, Quentin se despidió de la chica con la mano y vino hacia mí.

—¿Quieres un poco?

Antes de empezar a comer, me ofreció el palo con el pastel de queso frito.

—No, gracias.

—Disfrútalo... —dijo mientras movía el palo delante de mis narices.

Yo alcé la mirada a lo alto.

—Tráeme un palo con algo vegano frito y lo intentaré, lo prometo.

Quentin parpadeó.

—¿Eres vegana? Bueno. Mierda. De haberlo sabido, te habría llevado al puesto de brócoli-frito-en-un-palo que hay al otro lado.

—Brócoli frito en un palo. Seguro que no hay demanda de algo así en unas atracciones. Además, el *hippy* que se encarga del puesto de brócoli no tiene tan buena delantera.

Nos abrimos paso entre la multitud. Quentin me dirigió una mirada un tanto irónica.

—¿Delantera? —repitió, como si nunca hubiera oído el término.

—Por favor, no finjas que no bizqueabas de tanto mirar.

Quentin dio un mordisco a su pastel de queso.

—No estaba mirando sus tetas, si te refieres a eso.

La franqueza del término elegido me tomó por sorpresa.

—Entonces, ¿qué estabas mirando?

Quentin se esforzaba por disimular una sonrisa.

—Su corazón, naturalmente.

—Uf —gemí. Le di una palmada en el brazo.

—Estaba fuera de la vista. Tuve que mirar muy *muy* de cerca para verlo.

Dio un mordisco a su pastel de queso para no soltar una carcajada.

—Es broma, es broma. Para tu información, es la novia de uno de mis compañeros de surf,

Sam.

—¿Y ya sabe Sam que sois tan amigos? —pregunté con una sonrisita.

Quentin me respondió sin inmutarse.

—Sam es una chica.

Esperó a que asimilara la información y comprendiera sus implicaciones.

—Oh.

Otra brillante respuesta de su humilde servidor.

—A la sofisticada viajera todavía le queda espacio para la sorpresa, ¿no?

—Oh, cállate —gruñí, y Quentin rio por lo bajo.

¿Qué me pasaba? Estaba en muy baja forma. Daba cosas por supuestas, extraía conclusiones, actuaba como una loca posesiva.

—Juegos de feria —señaló Quentin.

—Estas cosas están pensadas para sacarte el dinero. La probabilidad que tienes de ganar es casi nula —dije mientras le daba un codazo—. Por lo menos para personas que no son adictas a las ferias. Como tú.

Quentin ya entregaba un billete de cinco dólares en un puesto donde tenías que tumbar con una pelota de béisbol a unos horribles muñecos rellenos con cara de payaso.

—¿Por qué tengo la impresión de que te empeñas en subestimarme? —bromeó Quentin, lanzó la pelota al aire y la recogió de nuevo.

Yo iba a ofrecerme para sostenerle el palo con el pastel, pero Quentin se preparaba para lanzar la pelota. Fue un lanzamiento tan potente que retrocedí.

Un payaso caído. Le quedaban dos tiros más.

—¿Impresionada? —Me dedicó una sonrisa y agarró la segunda pelota.

—¿De que sepas lanzar una pelota?

Giró la cabeza y lanzó la pelota por segunda vez.

Dos payasos caídos.

De acuerdo. Estaba impresionada a medias. Era un dos de dos.

—Ahora estás impresionada.

—¿De que sepas lanzar una pelota contra un objetivo inmóvil que está a poco más de cuatro metros de distancia?

Quentin alzó las manos, quejándose a los cielos. Acto seguido, tomó la tercera pelota y la lanzó. Se oyó el silbido que hizo al cortar el aire.

Tres payasos caídos.

—Esta vez ni siquiera te preguntaré si estás impresionada.

Quentin dio las gracias al vendedor que le entregó el premio, un bonito oso de peluche.

—Aprendes rápido.

Quentin volvió a su comida y me tendió el osito.

—Para ti. Ya sé, ya sé que no te impresiona cómo lo he ganado, pero estoy seguro de que a las chicas os sigue gustando, aunque no lo digáis, que un chico os regale un peluche.

Agarré el oso, saqué de mi monedero un billete de cinco dólares y me encaminé al puesto de juegos más cercano. Que en este caso consistía en arrojar una bola de *softball* dentro de unas lecheras plateadas.

—¿Vamos? —pregunté mientras entregaba mi dinero a cambio de tres bolas.

Quentin se apoyó en el mostrador para mirar.

Me concentré en la primera lechera y lancé la pelota, que trazó un arco y dio varias vueltas en la embocadura de la lechera antes de caer dentro.

Quentin silbó por lo bajo.

La segunda bola cayó casi directamente dentro de la lechera. Cuando me disponía a tirar la tercera bola, Quentin me miraba como si fuera una especie de alienígena.

Cuando la tercera pelota alcanzó su objetivo, me sacudí el polvo de las manos y miré a Quentin.

—Bueno, la *mayoría* de las chicas no pueden ganar su propio premio.

Quentin movió la cabeza a un lado y a otro.

—Estoy de verdad impresionado —dijo con tono reverencial.

Solté una carcajada. Cuando el hombre del puesto me entregó un unicornio de peluche que era

casi tan alto como yo, se lo regalé a Quentin.

—Para ti.

Él seguía moviendo la cabeza con incredulidad.

—Pero ¿tú quién eres?

Me encogí de hombros y le sonreí.

Quentin se cargó el unicornio a hombros, como si lo llevara a caballito.

—Conozco a personas que saben hacer cosas. Todo tipo de personas y todo tipo de cosas.

Quentin hizo un gesto giratorio con la mano derecha, animándome a seguir.

—En una ocasión, cuando estábamos en Múnich, conocí a un chico cuya familia era propietaria de unas atracciones itinerantes. Me enseñó algunos trucos para los juegos que probablemente no debería haberme enseñado.

Quentin dio el último mordisco a su pastel de queso y arrojó el pincho al cubo de basura más cercano.

—¿Y por qué querría ese chico explicarte el secreto más valioso de su familia?

Por el tono en que lo dijo, comprendí exactamente adónde quería llegar.

Le clavé un codazo en las costillas.

—Porque fui amable con él y era una buena persona.

—Una buena persona que esperaba obtener a cambio bonitos favores.

Otro codazo.

—No es cierto.

Quentin me miró con una sonrisita en los labios.

—Eres adorable cuando eres inocente.

Hice caso omiso de la pulla y volví a comprobar el móvil. Eran cerca de las once, y no estaba segura de cuánto tiempo podía quedarme. Supuse que cuanto más tarde volviera, más grave sería si me pillaban. Con mamá no dudaría en estar fuera toda la noche, pero era mi primera noche bajo la vigilancia de tía Julie y, *además*, estaba con un chico. Un chico que me gustaba, pese a saber que probablemente no debería. Salir por la noche con un chico que me gustaba era una cosa diferente, más seria.

—Atracciones —dijo Quentin, y señaló la que teníamos más cerca. No quería que terminara la noche.

Yo tampoco quería. Quentin se detuvo frente a la taquilla y sacó de nuevo el billetero. Entonces me asaltó el recuerdo de algo pendiente.

—Aquí tienes tu cambio. —Saqué el cambio que le debía del otro día y se lo entregué—. Te lo habría dado antes, pero las urgencias familiares y la búsqueda del Señor Mimos lo impidieron.

—Sí, lo siento. —Añadió el dinero al que ya tenía en la mano y se lo dio al cajero—. Te prometí que haría tu trabajo durante un descanso, de modo que te debo dos descansos la próxima vez que trabajemos juntos.

—No me debes nada.

—Pero te dije que lo haría.

De alguna manera, logró mantener el gigantesco unicornio sobre los hombros con una mano mientras se guardaba con la otra el billetero en el bolsillo.

—Yo cumplo lo que he prometido y asumo mis responsabilidades.

Incliné la cabeza mientras Quentin sacaba las entradas y se encaminaba hacia la atracción.

—Pero yo no soy tu responsabilidad —dije.

Quentin carraspeó y se colocó en la cola para subir a la noria.

—Pero a lo mejor quiero cuidar de ti.

—¿Por qué?

—Porque me gustas.

Me moví a su lado.

—¿En qué sentido?

Habíamos llegado a la cabecera de la cola y nos tocaba entregar nuestras entradas. El empleado nos hizo una señal para que avanzáramos hacia la noria. Quentin me miró.

—Ya sabes en qué sentido.

No dijo nada más. Se limitó a asentar bien el unicornio sobre sus hombros. Yo hice lo posible por no mostrar la sorpresa y el desconcierto que sentía. Un gran momento. Quentin pasaba en un instante de ser el tipo de chico que lo guardaba todo para sí a mirarme a los ojos y admitir que le gustaba.

Entré en la noria con mi pequeño oso de peluche en brazos. Quentin subió detrás de mí y colocó el unicornio en el otro extremo, de modo que estuviéramos juntos. Pero *muy* juntos. Su pierna tocaba la mía, su brazo y su hombro se apretaban contra los míos.

—Lo siento si te he incomodado con lo que he dicho —comentó Quentin—. Ya sé que debería fingir que no pasa nada, pero me pareces el tipo de persona que aprecia la sinceridad y la claridad en una relación.

Y así era. Aunque tal vez no en ese caso, porque no me sentía preparada para ser igual de sincera y de clara acerca de mis sentimientos hacia él. Como no supe qué decir, no dije nada. Gracias a Dios, Quentin pareció entender y no insistió.

La noria empezó a rodar y ambos dejamos de hablar para disfrutar de las vistas. No sabría decir qué panorama era más fascinante, si el oscuro océano o las luces que brillaban a nuestros pies. Había montado en muchas norias, todas diferentes, pero esta era mi favorita hasta la fecha.

Tal vez se debía a que Quentin me agarró de la mano y entrelazó sus dedos con los míos, todo al mismo tiempo. No dijo nada, se limitó a tomarme de la mano. Yo tampoco dije nada y me limité a tomarlo de la mano.

Tras girar unas cuantas veces, la noria se detuvo y empezó el lento proceso de carga y descarga de pasajeros. Yo no sabía si había sido cosa del destino o si Quentin había dado una propina al operador de la noria, pero que nos hubiéramos quedado en el punto más alto no podía ser una mera coincidencia.

Quentin me apretó la mano y se inclinó hacia mí. No dijo nada.

Como si leyera mis pensamientos, vi por el rabillo del ojo que en su rostro se dibujaba una sonrisa torcida.

—Ya sabes que puedes besarme. Simplemente para que lo sepas.

Me quedé un poco boquiabierta.

—No quiero besarte. ¿Quién te crees que soy?

Hice lo posible por fingir que me sentía insultada, pero estaba más asustada que otra cosa.

Quentin apartó la cabeza.

—¿Una chica que quiere besarme?

—Hum, no. Te has equivocado.

Intenté apartarme de él, pero, a causa del ridículo unicornio, solamente conseguí apretar mi pierna contra la suya.

Quentin se deslizó hacia mí en el asiento.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —Liberé mi mano de la suya—. ¿Por qué? ¿Quieres tú besarme?

—Bueno, lo quería —dijo—, hasta que empezaste a actuar como si prefirieras salir con un puercoespín furibundo.

De repente la noria nos hizo bajar un escalón. Estábamos todavía arriba, pero no en el punto más alto.

—Te has perdido un beso maravilloso, en serio. —Quentin dirigió la mirada al lugar que acabábamos de dejar—. Un beso como los que aparecen en esas novelas románticas que tanto te gustan. Pero supongo que tenía razón cuando dije que prefieres leer a vivir.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—Por cierto, no leo novelas de amor, leo autores clásicos.

Quentin resopló.

—Es lo mismo.

De haber existido una manera de salir de allí sin perder la vida, me habría marchado en ese preciso instante.

—No. Los clásicos son trágicos, oscuros, más realistas que todas esas novelas de éxito con finales tan felices.

Quentin me miró con extrañeza.

—¿No te gustan los finales felices?

—Me gustan los finales realistas. Es más fácil identificarse con ellos. —Ya me había calmado. Un poco—. No te ponen un listón tan alto que es inalcanzable.

—¿Y no será que estás buscando secretamente a tu príncipe azul?

Su tono, entre serio y burlón, me arrancó una sonrisa. De embelesado había pasado a ofendido y luego a divertido, todo en un solo giro de noria.

—Si lo estuviera buscando, ¿qué hago aquí contigo?

Mi comentario lo hizo reír. La noria bajó un peldaño más.

—Bueno, tú tampoco pareces una princesa.

—Esto es lo más bonito que me has dicho.

Quentin se frotó la parte posterior de la cabeza.

—Eres una caja de sorpresas, Jade Abbott. ¿Lo sabías?

—Lo sabía. Y me alegra que te hayas dado cuenta de ello.

—¿Ah, sí?

Me incliné hacia él como si quisiera contarle un secreto.

—Así no te inmutarás en lo más mínimo cuando descubras que en realidad soy una agente secreta y estoy tratando de encontrar al cerebro responsable de blanquear el dinero del puesto de venta que hay en la piscina.

—No me inmutaré, te lo aseguro —rio Quentin. Luego añadió, en tono más serio—: Yo también estoy lleno de sorpresas, ¿sabes?

Era una de las afirmaciones más obvias que había oído.

—Sí, ya lo sé.

Cuando volvió a tomarme la mano, la dejé allí durante el resto del viaje en noria. Y durante el resto de la noche. Cuando poco después de medianoche me dejó en casa, se me hizo raro no notar su mano en la mía. Casi como si una parte de él se hubiera convertido en una parte de mí.

Capítulo diez



La Operación Escapada había sido un éxito. Mi tía no se había enterado de nada y yo volví a casa ilesa y de una pieza. No era para sentirse orgullosa —salir a escondidas de mi tía—, pero fue importante. No iba a pasarme el verano encerrada en un dormitorio rosa o asfixiándome en un sofocante puesto de venta.

Últimamente, el trabajo en el quiosco me resultaba más fácil, pero las cosas con Quentin se habían complicado. Atender a una larga cola de clientes o intentar hacer cinco cosas al mismo tiempo no era nada comparado con lo que pasaba entre nosotros. Por lo general, nuestros turnos se solapaban una hora o dos, pero cuando Quentin estaba en el trabajo, trabajaba. Estaba concentrado, ponía toda su atención en lo que hacía. Cuando se tomaba un descanso o bien ocupaba mi puesto para que yo pudiera descansar, se transformaba en el Quentin que yo vislumbé aquella noche, el chico divertido y despreocupado cuya sonrisa podía derretirme por dentro.

Era uno de esos días nublados en que la temperatura apenas alcanza los veintiún grados, lo que significaba que había poca gente en el recinto. Unos críos parlotaban en la piscina mientras sus mamás estaban desperdigadas por ahí embutidas en sus *leggings* y calzadas con sus UGG.

Nunca había visto el quiosco tan vacío; tenía mucho tiempo libre para llamar con el móvil. Quentin no empezaba su turno hasta las dos, cuando acababa el mío, pero yo confiaba en tener un encuentro «clandestino» con él para saludarlo o lo que fuera.

Tras nuestra noche en las atracciones, yo esperaba que él insistiera o que se dejara caer por aquí, no lo sé, o que me llamara. Pero no lo había hecho. En un par de ocasiones me saludó con la mano desde el otro extremo de la piscina y me sonreía cuando nos cruzábamos al empezar o acabar el turno, pero nada más.

¿Cómo era posible que un chico lanzara sobre una chica una bomba como «Me gustas» y luego estuviera una semana como si no hubiera ocurrido nada? ¿Esperaba que fuera yo quien diera el siguiente paso? ¿Me daba tiempo para que tomara la iniciativa? ¿Había cambiado de opinión? ¿Tenía un hermano gemelo idéntico que me había llevado a las atracciones?

Para distraerme, visité de nuevo el perfil de mi padre en los medios y comprobé si había

mensajes que no había visto. Mi padre publicaba más mensajes que los chicos de mi edad, de todo, desde informaciones generales que se mostraban condescendientes con él hasta fotos de él con sus «colegas» en el bar donde actuaban o donde se hubieran reunido.

Desde la tarde anterior había añadido seis mensajes más, incluyendo una foto suya con una chica que, tras verlo actuar, le pidió que le firmara un autógrafo. En el pecho.

Era un extraño sentimiento. Debería parecerme a esta persona, porque era mi padre, pero no tenía nada en común con él, excepto tal vez unos ojos bastante separados.

Hice caso omiso del vacío que sentía en el estómago cuando pensaba en presentarme a mi padre y decidí escribir a mamá. Cuando por fin lo envié era un mensaje muy largo.

La echaba de menos. Y sabía que ella también me echaba de menos, lo que empeoraba las cosas. Aunque me estaba adaptando a mi vida aquí y me gustaba ver el mismo entorno durante más de una semana, una parte de mí echaba de menos la vida ambulante. No lo suficiente como para interrumpir mis planes para el verano y tomar el primer avión con destino adondequiera que actuaran las *Shrinking Violets*, pero sí como para que se me formara un nudo en la garganta cuando pensaba en ellas.

—Vale, pues voy a poner las cosas sobre la mesa, ya que, al parecer, es lo que me toca hacer siempre contigo.

La repentina aparición de Quentin me sobresaltó y dejé caer el móvil que tenía en las manos.

—He estado esperando a que decidieras qué pasos dar a continuación. Yo he dejado bastante claro cuáles son mis sentimientos, pero tú *no* has sido clara en absoluto.

Se inclinó sobre el mostrador y dejó el mínimo espacio posible entre nosotros.

—¿Te gusto o no?

Dejé transcurrir unos instantes antes de responder.

—¿A qué te refieres con *gustar* en este caso?

—Llegados a este punto, me conformaría con cualquier significado que quieras darle. Incluso si solamente te gusto cuando me alejo de ti.

Llevaba una camiseta muy ancha de la Marina norteamericana con una inscripción sobre el pecho en letras muy grandes que rezaba: socorrista. Tenía el blanco de los ojos enrojecido y unas oscuras ojeras. Como si llevara noches sin dormir.

—Vale, de acuerdo. Me gustas.

Me guardé el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—¿En qué sentido, exactamente? —La mitad de su rostro se animó.

Suspiré.

—En el de que me gustas cuando te alejas.

No esperaba que se alejara de verdad.

—Quentin. —Se detuvo nada más oír su nombre—. ¿No podemos dejar que esto siga su curso? ¿Podemos ver adónde nos lleva en lugar de ponerle un nombre desde este mismo instante?

Que Quentin se acercara y me hablara después de una semana de silencio hizo que el corazón se me acelerara como si quisiera escaparse del pecho.

Quentin me miró.

—Aquí tú llevas la batuta.

Tuve un acceso de audacia, tal vez debido a que la última semana no había hecho más que trabajar y estar con mi tía cuando se suponía que debía disfrutar del verano.

—¿Tienes planes para esta noche?
Quentin me miró con los ojos brillantes.
—Tal vez, pero podrías convencerme de cambiarlos.
—A las nueve y media esta noche. Te recojo delante de tu casa.
Quentin sonrió. Su sonrisa ya me tenía totalmente cautivada.
—¿Cuál es el plan?
Me encogí de hombros.
—Que no lo sepas es parte de la diversión.

Ya podía añadir a la lista una segunda noche de escapada de casa de mis tíos. Tío Paul estaba fuera de la ciudad por cuestiones de trabajo y a tía Julie no le pareció extraño que una chica de diecisiete años se acostara a las nueve de la noche de un viernes estival.

Estuve pensando si decirle que tenía planes para salir con un amigo, pero comprendí que eso provocaría un sinfín de preguntas. No me daría permiso para salir hasta tarde por la noche con un chico, por más que Quentin le pareciera encantador. Supongo que tenía algo que ver con lo que le pasó a mamá cuando salió con un chico siendo adolescente.

Al igual que la semana anterior, Quentin salió de su casa por la puerta principal y en esta ocasión lo oí decir adiós un par de veces antes de cerrar la puerta. No cabía duda de que sus padres lo dejaban salir más bien tarde por la noche con una chica. En su familia, este no era un tema sensible; no pensaban automáticamente, como tía Julie, en lo que «podría» pasar si un chico y una chica salían solos.

—Qué puntual —lo saludé.

Quentin se acercó a grandes zancadas con una sonrisa dibujada en el rostro. No tenía ni idea de lo que yo había planeado para la noche.

—De ninguna manera iba a llegar tarde la noche en que me has invitado a salir.

Cuando se detuvo frente a mí, noté mariposas en el estómago.

—Esto no es una cita —aclaré.

—¿Qué es, entonces? —Esperó en silencio mientras yo buscaba desesperadamente el término adecuado. Su sonrisa se hizo más amplia—. Esto es *tan rematadamente* una cita.

Hice ademán de propinarle un puñetazo, pero él atrapó mi mano y me agarró de la muñeca.

—Aunque puedes ponerle el nombre que quieras, yo te seguiré la corriente.

Mi respiración se aceleró y entreabrí los labios. Acababa de ver a alguien en el ventanal que daba al jardín. Una mujer de pie ante la ventana nos miraba con expresión preocupada. Era alta y guapa, y adiviné de dónde había sacado Quentin su atractivo físico.

—Por cierto, gracias por el regalo que me dejaste en la puerta de casa hace unos días. —Me dio un ligero codazo—. Y por la bonita nota de dedicatoria.

Tuve que esforzarme bastante para contener una sonrisa. No había sido fácil arrastrar aquella enorme caja de libros hasta su lugar de origen. Pero había valido la pena.

—Coloqué la nota en la mesita junto a mi cama para dormirme cada noche con tus palabras. —Los dedos de Quentin se cerraron un poco más en torno a mi muñeca—. «Necesitas esto más que yo» —dijo, recitando la nota que le dejé cuando le devolví su «regalo» especial—. «Porque obviamente no entiendes lo que es una historia de amor».

—¿Lo has estado estudiando? —le pregunté—. Hay un material muy bueno en esa enorme caja.

Se inclinó hacia mí sin dejar de mirarme a los ojos.

—Tendrás que juzgarlo por ti misma.

Cuando vio que me movía inquieta y carraspeaba, pareció satisfecho consigo mismo.

—Vamos. Esta noche no puedo volver muy tarde —dijo. Me soltó la muñeca y se encaminó hacia su camioneta.

—¿Tienes una hora límite? —pregunté. Yo no tenía experiencia con horas límite, pero había oído hablar de ellas.

Quentin negó con la cabeza.

—Responsabilidades.

Asentí al recordar que, en el programa de horarios, su nombre aparecía en el primer turno de la mañana.

—Eh, ¿adónde te crees que vas?

Quentin había abierto la puerta del copiloto para que entrara.

—Espero a que subas a la camioneta y me des instrucciones.

Cuando saqué las bicicletas que había dejado apoyadas en la puerta trasera, se quedó con la boca abierta, como si hubiera visto alienígenas.

—Y yo estoy esperando a que subas a una de estas bicis y me sigas.

—No lo dirás en serio, ¿no?

Señalaba alternativamente la camioneta y las bicis, como si tener que elegir fuera absurdo.

Me mantuve firme.

Quentin cerró la puerta de la camioneta y se acercó con desgana a las bicis.

—De acuerdo. Explícame por qué vamos a ir en bici cuando tengo una camioneta estupenda con el depósito lleno de combustible.

Tras poner a Limón a punto, encontré otra bici en un estado aceptable tirada en el cobertizo que tío Paul utilizaba como trastero.

—Porque la mejor forma de conocer una ciudad es recorrerla andando o en bici.

—Y la mejor manera de ir del punto A al punto B es una máquina de trescientos caballos de potencia —replicó él burlón—. Además, es mi ciudad, y sé que no me queda nada por explorar.

Suspiré y le señalé el casco que colgaba del manillar.

—Súbete, venga.

Quentin se puso el casco con gesto malhumorado.

—Solo porque me lo has pedido tan bien.

Tuve que girar la cabeza para no reírme ante su gesto de malhumor. En cuanto Quentin pasó la pierna por encima de la bici, yo monté en la mía. Pedaleé por la acera y volví la cabeza para comprobar si me seguía.

Y me seguía, con la expresión menos entusiasta que había visto en mi vida..., un total fingimiento.

—Ahora entiendo que quieras probar un verano en otro sitio, si esta es la manera en que pasabas tus veranos.

Quentin pedaleaba a mi lado con cara de sufrimiento.

—No lo sé. Estoy empezando a preguntarme por qué admiraba tanto la vida de una

adolescente norteamericana normal. Lo más emocionante que hice la semana pasada fue dibujar flores de tiza en la acera con mis primitas.

—Por favor, dime que no lo dices en serio.

—¿Por qué te cuesta tanto trabajo creerme?

Cuando la acera se interrumpió, viré hacia la calle. Quentin me siguió.

—Porque resulta patético que esto sea lo más emocionante que has hecho en toda la semana.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo más emocionante que has hecho tú?

—Estamos hablando de ti, no de mí. Yo ya he vivido muchos veranos.

—Seguro que sí —dije sin ocultar el tono de sarcasmo.

—Solo eres joven una vez. No lo desperdicies siendo mayor.

Quentin se había colocado a mi lado, de modo que yo iba junto al bordillo.

—Y esto lo dice un adolescente que habla de responsabilidades y prioridades en la vida.

Quentin fingió que no me había oído y aceleró para que tuviera que seguirlo. Era divertido pasear en bici con otra persona. Casi siempre daba mis paseos sola; a veces, si no estaba actuando, mamá venía conmigo, pero era divertido compartir las vistas y los sonidos con una nueva persona.

Pronto entramos en un par de calles con más tráfico, pero no estábamos lejos de casa. Quentin se quedó detrás de mí en el carril de las bicis. Ya no se quejaba de nuestro medio de transporte. En realidad, se lo estaba pasando bien.

Casi habíamos llegado al restaurante. Frené y confié en que Quentin no se fijara en el nombre.

—¿El Veg Head? ¿Un restaurante vegano? ¿En serio?

No hubo suerte. Quentin desmontó con desgana de la bici y contempló el restaurante como si esperara ver un descarrilamiento de trenes o algo así.

—Primero la bici, ¿y ahora esto? Mujer, ¿estás intentando convertirme en una especie de *hippy*?

Tras dejar nuestras bicis en el aparcamiento de bicicletas que había fuera, me dirigí a la puerta principal, pero Quentin se adelantó y me abrió la puerta para que pasara.

—Tú decidiste en nuestra primera salida. Es justo que yo tenga ahora la iniciativa —le repliqué.

—¿Cómo? ¿Ahora resulta que tenemos un acuerdo tácito? ¿Yo planifico una cita y tú la siguiente?

Me detuve en la puerta.

—Esto no es una cita. Es una no cita.

—Bien, pues si es una no cita, parece evidente que debería haber posibilidad de veto en este acuerdo. Por lo menos para que uno de nosotros no tenga que tragar...

—¿Comida sana?

Entramos en el restaurante y escogí una mesa junto a la ventana del fondo, para ahorrarle la tentación de la pizzería que había al otro lado de la calle.

—De todos los sitios a los que podrías haberme llevado, de todas las cosas que podríamos haber hecho...

Quentin se detuvo junto a la mesa y dio lentamente una vuelta sobre sí mismo para echar una ojeada al restaurante. Luego se sentó frente a mí.

—¿En serio?

—Tenía hambre, y no de una enfermedad coronaria frita y pinchada en un palo —argumenté antes de que Quentin pudiera sugerir otro sitio para cenar—. Y me pareció que esto sería una buena manera de, bueno, de charlar.

Me puse la carta ante los ojos para no mirarlo.

—¿Nachos de tofu vegano?

La expresión con la que leía la carta casi me hizo reír.

—Esto es tan absurdo que ni siquiera...

—Deberías probar el bistec de tofu a la plancha con salsa de mango. He oído que es bueno.

A medida que leía la carta, Quentin parecía cada vez más asombrado.

—En primer lugar, la palabra *bistec* no debería estar *nunca jamás* junto a la palabra *tofu*. *Nunca*. —Abrí la boca, pero no me dejó hablar—. En segundo lugar, ¿quién te dijo que esto era bueno? Nadie nunca en la historia. —Se inclinó sobre la mesa como para susurrarme un secreto —: Tofu.

—Está bien. Si vas a comportarte como un crío, podemos ir a otro sitio.

Iba a levantarme cuando Quentin apresó mi mano con la suya.

—Estamos aquí —dijo, y levantó los hombros como diciendo: qué más da—. Una comida saludable no me matará.

Seguía agarrándome la mano, lo que pareció afectar directamente a la estabilidad de mis rodillas.

—No, pero podría matarme *a mí* si sigues quejándote.

En sus ojos apareció un brillo malicioso.

—Una oferta tentadora.

La camarera se acercó a nuestra mesa, pero yo necesitaba unos instantes para recobrar la compostura.

—Tomaré el *bistec* de tofu con salsa de mango —pidió Quentin al ver que yo no decía nada—. Me han dicho que es bueno.

No fui capaz de hablar hasta que me soltó la mano.

—Y yo tomaré el rollito *namasté* y el gazpacho de espárragos.

La camarera nos llenó los vasos de agua antes de marcharse con el pedido. Ni siquiera había llegado a la cocina y yo ya me había bebido la mitad.

—¿Este es el tipo de lugar que te gusta? ¿Es el tipo de restaurante al que vas cuando viajas por el mundo?

La expresión de Quentin no dejaba traslucir nada, pero su tono sí. Su tono sugería que estaba desquiciada si esto era lo que buscaba cuando el planeta era mi patio de juegos.

—Una chica tiene que comer —respondí—. Y no es fácil preparar comidas con platos recalentados y microondas de hotel. Pero encontrar algo así en Argentina, el país donde consideran que la carne de buey es un derecho divino, resulta prácticamente imposible. Cuando les explicaba que yo no comía carne, me miraban con lástima.

Mientras me escuchaba, Quentin trazaba lentos círculos con la mano que sostenía el vaso.

—¿Y cómo es?

—¿Cómo es qué?

—Viajar. Conocer mundo.

—Oh, supongo que está bien. Es la única vida que he conocido. Es la razón de este verano.

Quería experimentar... otra cosa. Lo que viven todos los demás.

Quentin resopló y sacudió la cabeza.

—Créeme, viajar por todo el mundo es bastante más emocionante que la vida de los adolescentes norteamericanos.

Doblé una pierna y me senté sobre ella.

—Tal vez. ¿Y qué hay de tu vida?

Quentin se quedó callado, y empecé a pensar que mi pregunta estaba fuera de lugar.

—Está bien —dijo al fin, mirando el vaso con un bostezo. Parecía estar necesitado de otra de esas siestas en su camioneta para recuperar fuerzas—. Algo complicada, pero bien.

—¿Complicada en qué sentido?

Sabía que *complicada* es una palabra con muchos significados, una explicación general que sirve para todo, desde llegar tarde a clase hasta pelearte con tu mejor amigo.

Quentin respondió dando golpecitos en su vaso con el dedo meñique, pero no abrió la boca.

Fue una de las pocas veces en que prefirió estar callado antes que hablar sin parar.

—Mi tía me dijo que tu familia se mudó aquí hace poco. ¿Desde dónde os mudasteis?

Pensé que con esta pregunta rompería el hielo y que Quentin se mostraría más dispuesto a responder a otras.

—Desde un par de horas al norte, solamente. No estábamos lejos de aquí.

Se llevó el vaso a los labios y se acabó prácticamente toda el agua.

—¿Y no te fastidió empezar en un colegio nuevo justo en tu último año?

Quentin negó con la cabeza.

—No, la verdad es que estuvo bien. Un nuevo comienzo, ¿entiendes?

Me miró como si esperara que yo lo contradijera, pero mi experiencia me llevó a otra conclusión.

—Yo he tenido diecisiete años de nuevos comienzos. Cada pocos días o semanas. Por una vez, me gustaría quedarme el tiempo suficiente como para conocer gente y que la gente me conozca.

Quentin sonreía como si supiera un secreto que yo ignoraba.

—Créeme, quedarte en un mismo sitio no es tan estupendo como lo pintan.

—Y tampoco lo es viajar todo el tiempo y no ser de ninguna parte.

La camarera volvió con la comida y Quentin se arremangó, preparándose psicológicamente para comer su bistec de tofu.

—Ya, bueno, supongo que tendré que creerte.

—Tienes diecisiete años, ya sabes —dije tras dar las gracias a la camarera que me había servido el plato—. Pronto podrás comprobarlo por ti mismo.

—Qué va. Tendré que pasar por el proceso de vivir a través de la experiencia de otros.

Quentin contemplaba dubitativo su plato.

—Dentro de un año acabarás el instituto.

—Sí, y tres meses más tarde empiezo en la universidad.

Me coloqué la servilleta en el regazo y así la cuchara.

—Hay universidades por todo el mundo. Incluso hay programas para estudiar en el extranjero.

Quentin pinchó su tofu a la plancha con el tenedor e hizo una mueca de desagrado.

—También hay una escuela técnica regional a media hora en coche de mi casa.

Iba a tomar mi primera cucharada de gazpacho y me detuve en seco.

—¿Te quedarás aquí?

Quentin se llevó a la boca su primer bocado de tofu.

—Sí.

—¿Por qué?

—Es barato. —Comió su bocado de tofu y se acabó el agua que le quedaba en el vaso.

—¿Es barato? ¿Esta es la razón por la que has elegido la escuela técnica regional? Hay becas.

Con ellas podrías viajar.

Quentin deslizó el vaso hasta un extremo de la mesa.

—Tengo que estar cerca de mi familia. Me necesitan, ¿sabes? Cuentan conmigo. No puedo dejarlos plantados así como así.

¿Acaso había dado con el chico más responsable del mundo?

—Seguro que tu familia te apoyaría en tu proyecto.

Quentin inclinó la cabeza.

—Esa es *una* de mis razones.

—¿Cuáles son las otras?

—*Mis* razones.

Aunque su tono era normal, sus ojos se expresaron con claridad cuando se cruzaron con los míos: «Déjalo estar».

Me dediqué al gazpacho para no ceder a la tentación de hacerle el sinfín de preguntas que se me ocurrían.

—De modo que tu madre toca en un grupo musical.

Quentin acercó su cuchara a mi plato con mirada interrogadora. Cuando asentí, probó dubitativo un poco de gazpacho.

—¿Y qué hace tu padre?

El rollito que acababa de agarrar se me cayó de las manos.

—Hum. También toca en un grupo musical.

—¿En serio?

Quentin probó mi gazpacho y ni siquiera hizo una mueca. Por lo menos no muy ostentosa.

—En serio.

—Uau. ¿Y cómo lo hacen para coordinar sus giras?

—Eh, bueno. No están juntos.

Intenté imitar su mirada de «Déjalo estar», pero no surtió efecto.

—¿Cuándo se divorciaron?

—No hubo divorcio. —Me aclaré la garganta y bebí un sorbo de agua antes de colocar mi vaso junto al de Quentin. En la mesa 9 se necesita agua urgentemente—. No se casaron.

Se quedó callado un instante.

—¿Lo veis de vez en cuando?

Yo seguía con mi gazpacho.

—Mi madre no lo ha visto desde que tenía mi edad, justo después de que le dijera que estaba embarazada.

—¿Y qué pasó? ¿Salió huyendo?

Parecía un poco duro decirlo así, pero era lo que había ocurrido.

—Más o menos.

Quentin resopló.

—Entonces, ¿no conoces a tu verdadero padre?

No. No lo conozco. Nunca lo he visto. Hice un gesto negativo con la cabeza.

Quentin apretó las mandíbulas y cerró las manos en un puño. No esperaba este tipo de respuesta de él. En absoluto. Actuaba como si fuera algo tan personal para él como para mí.

Se hizo un incómodo silencio. Yo masticaba sin saborearlo el rollito de namasté.

—Lo siento, Jade. Es muy feo hacerle esto a alguien.

—Bueno, en su defensa diré que nos dejó plantadas antes de conocerme. Porque, si me hubiera conocido, habría cambiado de opinión, estoy convencida. Soy así de estupenda.

Lo miré sonriente, como si creyera lo que acababa de decir, y al parecer funcionó, porque se relajó y volvió a comportarse como si nada en el mundo pudiera afectarlo.

—Y *eres* estupenda. Estoy seguro de que, si tuviera la ocasión de conocerte, no se iría a ninguna parte.

Dejé el rollito sobre el plato y me pregunté si Quentin tendría razón. Pronto lo averiguaría.

—No te sientes, no lo sé, ¿como si en tu vida faltara algo importante? —preguntó Quentin. Tenía la mirada fija en la mesa y arrugaba la frente.

Yo había querido conversación y que nos conociéramos mejor. Y lo estaba logrando.

Cuando llegó la camarera con la jarra de agua, los dos le tendimos el vaso al mismo tiempo.

—No he conocido a mi padre. No lo he visto nunca. De modo que sí, siento que falta algo.

Quentin me miró a los ojos.

—¿En qué sentido?

Probablemente había meditado sobre esta cuestión más que sobre cualquier otra en mi vida. Le di la única respuesta que se me ocurrió:

—No lo sé.

Capítulo once



Nunca imaginé que podría gemir de disgusto al despertarme y ver que hacía sol, pero era la consecuencia de trabajar en el quiosco de una piscina pública en pleno verano.

Trabajaba más horas de las que había planeado, aunque eso no importaba porque la alternativa era quedarme con tía Julie y las gemelas. Mi tía había aflojado un poco el control..., si considerabas una victoria que te dejaran ir sola a la tienda de comestibles. Con excepción de las noches en que Quentin y yo nos escapábamos para correr alguna que otra aventura, mis emociones veraniegas se habían reducido a esto.

Me había convertido en una profesional de la escapada secreta, al modo de la auténtica adolescente norteamericana. Mamá se habría sentido orgullosa. Si lo supiera. Pero no pensaba decírselo, porque existía la posibilidad de que se lo mencionara a tía Julie en una de las charlas que mantenían regularmente.

—Te cambio el sitio.

Zoey apareció junto al refrigerador donde yo llevaba tiempo sirviendo un helado tras otro, y yo ocupé su lugar frente a la caja registradora.

—Eres mi heroína.

Con un suspiro, le entregué la cuchara del helado y me coloqué frente a la caja registradora. Era poco habitual que tuviera ayuda durante mi turno, pero la semana del Cuatro de Julio había mucho trabajo, de modo que Janet nos puso a todos a hacer turnos extra.

—Eh, unos cuantos nos reunimos esta noche en el barco de mi padrastro, por si quieres venir. En realidad, no saldremos del embarcadero, pero de todas formas será divertido.

Un crío pidió un helado y dejó sobre el mostrador un puñado de monedas. Zoey hundió el brazo en el cubo de helado de vainilla.

—¿Irás también tu amiga?

Automáticamente dirigí la mirada a la tumbona donde una de las amigas de Zoey se ajustaba por enésima vez su bikini de tirantes. En lugar de colocárselo para cubrirse mejor, lo ajustaba para enseñar más. No se me escapaba la manera en que miraba a Quentin. Afortunadamente, él

estaba en modo socorrista y no le prestaba atención.

—No es realmente amiga mía. Es más bien la amiga de una amiga. De nuevo, lamento lo de antes, aunque no entiendo cuál era el problema de Ashlyn.

Zoey me dirigió una sonrisa pesarosa antes de apilar tres bolas de helado en un cucurucho.

Por lo ocurrido antes de que se acercara sinuosamente al quiosco, me hacía una idea de cuál era el problema de Ashlyn: Quentin. Bueno, supongo que su problema era yo y el hecho de que Quentin estuviera mirándome en el momento en que ella se le arrojó prácticamente encima, los pechos por delante, al pedir su Coca Cola Diet.

—No te preocupes. No sabría qué hacer si cada semana no viniera una persona a ponerme en mi lugar. Podría tener una imagen positiva de mí misma o cualquier otra cosa igual de peligrosa.

Conté las monedas de veinticinco que me debía el crío y le devolví el resto por encima del mostrador.

Zoey movió la cabeza y soltó una carcajada antes de renovar fuerzas para el siguiente pedido. Relajó ostensiblemente los hombros cuando un niño le pidió un perrito caliente.

—No puedo creer que después de eso le sonrieras, le entregaras el cambio y le dijeras: «Que tengas un buen día». —Soltó otra carcajada—. Quiero decir, vamos, ¿quién hace algo así?

—¿Y qué otra cosa podía decirle? —Me eché la trenza a la espalda. Intentaba no mirar fijamente a Quentin, que se dirigía al puesto siguiente. Intentaba no mirarlo fijamente como todas las demás chicas de mi edad. Y tenía tan poco éxito como ellas.

—Hum, no sé. Hay un montón de respuestas maliciosas. Lo cierto es que no te faltaría variedad.

Hasta Zoey tenía la mirada puesta en Quentin. Era difícil dejar de mirarlo. Sobre todo, por la manera en que sonreía a unos críos que acababan de llegar a la piscina y que lo saludaban con la mano como si fuera lo mejor de las vacaciones de verano.

—No, no pasa nada. Además, no le falta razón. Soy una especie de *hippy*, y ahora mismo estoy bastante sucia.

Extendí los brazos, manchados de regueros de helado. Vaya, incluso mis zapatos tenían salpicaduras del queso para nachos que había servido un rato antes.

—Pero no soy una mujerzuela. Sea lo que sea eso, porque no estoy segura de que se haya definido como es debido.

Zoey apretó la botella de ketchup hasta que cayó un pegote sobre el perrito caliente. A continuación, lo envolvió.

—Como amiga de una amiga, me disculpo en su nombre, pero sí, lo más probable es que venga esta noche, de modo que lo entenderé si prefieres pasar.

Me encogí de hombros mientras entregaba el cambio. Trabajar en la caja era mucho mejor que servir la comida.

—En realidad no es por ella, sino más bien por mi tía. No me dejaría venir. Pero gracias por la invitación.

—¿Por qué no? —Zoey sopló para apartar un mechón de cabello que le caía sobre los ojos y me entregó el perrito caliente.

—Porque le preocupa que me meta en algún lío.

—Por favor. —Zoey exhaló con exasperación—. Eres la persona más responsable que he conocido jamás. ¿Qué es lo que le preocupa tanto?

—Que me dejen preñada, que el padre se largue y que destroce mi vida y la del bebé a causa de una mala decisión.

Cuando vi que Zoey me miraba sorprendida, recordé que en ocasiones la sinceridad es mejor servirla tibia.

—En cualquier caso, gracias por la invitación. Tal vez en otra ocasión.

Zoey sonrió y se puso a trabajar en el siguiente pedido. Acababa de rechazar la invitación a una fiesta en un barco con un grupo de gente de mi edad el Cuatro de Julio. Sí, claro que era un barco amarrado y que a lo mejor una de estas personas de mi edad me había llamado sucia zorra *hippy*. Pero, vaya, ¿en serio? Esa era la razón por la que había ido ahí ese verano, para tener ese tipo de experiencias. Quería hacer caso a mi tía, y no era una rebelde, pero si la situación no cambiaba pronto, me convertiría en una de las dos cosas.

Estaba totalmente concentrada, tomando y sirviendo pedidos en un tiempo récord, cuando noté que alguien se apretaba contra mi lado del mostrador. Apretaba un bonito torso, moreno y firme, contra el mostrador.

—¿Qué haces esta noche? —preguntó Quentin sin preámbulos, como si ya hubiéramos intercambiado saludos y un cómo estás.

Como no respondí de inmediato, Zoey me echó una mano.

—La he invitado al barco de mi padrastra, pero dice que su tía no la dejaría venir.

Quentin me dedicó una sonrisita burlona.

—Mírala cómo disfruta.

Dio toquecitos con el dedo en su reloj, fingiendo que el minutero era la aguja horaria y estaba corriendo el tiempo.

—Estoy viviendo un verano perfecto.

Mi voz sonó bastante a la defensiva, porque Quentin tocaba un tema sensible.

—¿Ah, sí? ¿Un verano perfecto? —Su sonrisa burlona se acentuó—. ¿Qué tienes planeado para esta noche?

Me había pillado. *Sabía* que me había pillado.

Porque yo no tenía nada planeado para esa noche, uno de los días festivos más celebrados en todo el país. Un día especialmente popular entre la gente de mi edad, porque era sinónimo de verano y trajes de baño, suponía yo.

—Barbacoa en mi casa. A las siete.

No era una pregunta, pero de todas formas ladeó la cabeza y esperó mi respuesta.

Zoey, a mi lado, abrió la boca asombrada.

Quentin debió de adivinar mis pensamientos, porque añadió:

—Mi madre dice que tu familia está invitada, así que diles a todos que vengan. Antes de trasladarnos aquí celebrábamos una gran fiesta cada Cuatro de Julio. Este será nuestro primer Cuatro de Julio aquí, de modo que no habrá tanta gente, pero estará bien de todas formas.

Zoey se acercó a nosotros, como si confiara en que la proximidad fuera a valerle una invitación.

—Ah, y le he dicho a mi madre que eres una de esas masoquistas que no comen carne ni queso ni nada que esté delicioso, de modo que tendremos algo especial para ti.

Sentí una opresión en el pecho. Acepté la invitación sin detenerme a pensar.

—Nos vemos a las siete.

Quentin tamborileó los dedos en el mostrador, me sonrió y se marchó.

Zoey, que seguía a mi lado, me dio un codazo.

—¿Quentin Ford acaba de invitarte a una cita?

Me pregunté lo que diría si supiera de nuestros encuentros-barra-salidas-barra-citas hasta bien entrada la noche.

—Solamente ha invitado a mi familia a su casa a cenar —dije, y volví a ocuparme de los pedidos, no sin observar la mirada incendiaria que me lanzaba la amiga de una amiga de Zoey. Sin saber lo que me había dicho Quentin, me miraba como si quisiera aplastarme bajo sus sandalias de plataforma.

—Te ha invitado a *ti* a *su* casa. Esto es lo que ha sido, en caso de que necesites que te lo traduzcan.

En lugar de discutir con ella sobre lo que había sido o había dejado de ser, le pregunté:

—¿Conoces bien a Quentin? Ya sabes, fuera de la piscina.

Zoey desenganchó una bolsa de patatas fritas del expositor y se la dio a la niña que se la había pedido.

—Entró en mi escuela el año pasado, pero en realidad no lo *conozco*. Aunque no me importaría conocerlo de la manera en que creo que él quiere conocerte a ti.

Zoey me guiñó un ojo.

—¿Cómo es en la escuela?

—Exactamente igual que aquí. Amable, trabajador, bastante reservado.

Fruncí el entrecejo.

—¿Es reservado?

—Bueno, sí, bastante. Aparte de una sonrisa maliciosa por aquí y un guiño ligón por allí, sí, es un chico solitario. Es el solitario más atractivo que ha habido nunca, pero sí.

—¿En serio?

Me quedé mirándolo con la cabeza ladeada. No parecía en absoluto el tipo de chico reservado y solitario. Aunque en realidad no lo había visto con nadie fuera del trabajo..., aparte de conmigo.

—Me parece que está muy unido a su familia. Son de los que hacen todo tipo de cosas juntos. Además, como él es el mayor, sus padres lo hacen cuidar continuamente de sus hermanos.

Zoey sirvió un cucurucho con un helado de chocolate ladeado que casi medía más que el niño que lo había pedido.

—Bueno, ¿qué vas a ponerte? —preguntó Zoey, como si fuera la pregunta que clausurara las demás.

Levanté los brazos y giré sobre los talones. Top de ganchillo y vaqueros recortados. Perfecta.

—Esto no es lo que uno se pone para ir a casa de los Quentin Ford del mundo —dijo Zoey en tono solemne.

Levanté la mirada para atender un nuevo pedido.

No pienso cambiarme de ropa por nadie. Ni siquiera por Quentin Ford.

Vale, quizá sí que me cambié por Quentin Ford. Pero solamente la ropa, y solo porque antes de acabar mi turno había logrado tirarme el queso para nachos encima del top en lugar de encima de las patatas fritas que estaba sirviendo.

Intenté apartar mi pensamiento del hecho de que estaba recorriendo el camino de entrada de Quentin en compañía de mi tía y mis primitas. Aunque era el Cuatro de Julio, tío Paul tenía que trabajar, pero prometió que volvería a tiempo para los fuegos artificiales. Yo no me lo creía del todo y, por la expresión de mis primas de ocho años, tampoco ellas esperaban gran cosa.

—¿Estás segura de que no debería llevar unas flores? No me siento cómoda presentándome en una fiesta sin flores para la anfitriona.

Subimos los escalones del porche. Tía Julie se mordisqueaba el labio inferior como si temiera que fueran a acusarla de alta traición.

—Tía Julie, no pasa nada. Le envié un mensaje de texto a Quentin para que le preguntara a su madre qué podíamos llevar, y le dijo que solo a nosotras mismas.

Me detuve en la puerta de entrada y eché un vistazo a las bolsas de lona que mi tía había llenado hasta el borde de golosinas para todos.

—Y aquí estás, cargada de vino, sidra espumosa, pastelitos y lo que sea que hayas metido en esas bolsas. —Estaba casi segura de haber atisbado una macedonia de frutas metida entre los pastelitos—. Además, es una barbacoa, no una cena.

Las gemelas vestían monos patrióticos a juego y les habían hecho unas trenzas africanas tan tirantes que parecía que les elevaban las cejas. Estaban emocionadas, como si esperaran poder corretear por ahí y mancharse de hierba en lugar de frotar con un arco las cuerdas del violín o contar en chino.

—Bueno, niñas...

Antes de que su madre pudiera enumerar el centenar de normas que acompañaba a cada salida, Hailey dijo con voz aguda:

—Portaos lo mejor posible, sed respetuosas y amables.

Tía Julie asintió. Parecía un poco nerviosa, como si se arrepintiera de haberse dejado convencer tres horas antes para esta salida. Para que no se le ocurriera salir corriendo, llamé al timbre.

Se oyó lo que parecía una estampida de bisontes corriendo hacia nosotros, seguida de un tremendo golpe contra la puerta.

Tía Julie me miró como si las hubiera arrastrado a ella y a las niñas a una trampa. Un niño abrió la puerta. Parecía un par de años mayor que las gemelas. Su hermano menor se abrió paso a su lado con un par de codazos.

—¿Quién de vosotras es la novia de Quentin? —preguntó uno de los niños mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y dirigía una mirada acusadora a tía Julie y a las gemelas.

Cuando tía Julie se giró bruscamente hacia mí, sonreí para tranquilizarla.

—Soy la amiga de Quentin. Trabajamos juntos en la piscina.

El hermano de Quentin me estudió con la mirada. Luego la puerta se abrió totalmente y apareció la madre de Quentin.

—Hola, Julie. Qué bien teneros finalmente en casa a ti y a las niñas —dijo la señora Ford.

No se me escapó, sin embargo, la forma en que me miró..., peligrosa.

—Y tú debes de ser Jade. Este es Silas. —La señora Ford le revolvió el pelo a uno de los niños—. Y este es Abe.

El más pequeño se irguió cuanto pudo y examinó a las gemelas para ver si tenían piojos. El veredicto fue que sí.

La señora Ford debió de ver que yo miraba alrededor, porque señaló con la mano hacia la puerta corredera de la cocina.

—Quentin está en el jardín trasero.

Luego se volvió hacia tía Julie.

«Quentin está en el jardín trasero». No «Hola, soy la señora Ford. Bienvenida». O bien, «¿Cómo te llamas?».

Estaba claro que la señora Ford no era una admiradora mía, pero ¿cómo podía decidir que no le gustaba si todavía no me conocía?

Tal vez sí que tenía un aire de sucia zorra *hippy*.

Al moverme por la casa percibí lo distinta que era de la casa ordenada y limpia en un grado que bordeaba la obsesión. No quiero que se me entienda mal, no es que la casa de Quentin estuviera sucia ni nada por el estilo, pero las cosas estaban desordenadas. Los muebles se usaban, no estaban en una exposición, los juguetes estaban desparramados por el suelo y sobre las repisas. Había platos por lavar en el fregadero. Era una casa en la que se vivía.

Al otro lado de la puerta corredera de cristal, lo primero que vi fue al padre de Quentin inclinado sobre una de esas hamacas infantiles de brillantes colores, haciéndole cosquillas y monerías a la niña allí instalada. Ella agitaba feliz las gordezuelas piernecitas, lo que hacía que la hamaca rebotara arriba y abajo, y se reía tan fuerte que se le formaban en la boca pequeñas pompas de saliva.

El padre estaba claramente absorto en la niña, de modo que me dirigí adonde estaba Quentin, inclinado sobre la parrilla, de espaldas a mí.

—Mira qué gran cocinero —dije sonriendo.

Me hizo gracia la forma en que sujetaba las pinzas de cocina, como si estuviera a punto de batirse con ellas en un duelo medieval.

Quentin abrió mucho los ojos al verme, y pareció que el aire se le quedaba en la garganta.

—Mírala —dijo mientras movía las pinzas de cocina. Me recorrió de arriba abajo con una mirada tan intensa que casi me dejó sin respiración. La inspección visual se detuvo a la altura del vuelo de mi vestido, por encima de las rodillas. Quentin esbozó una media sonrisa.

—No hacía falta que te cambiaras por mí.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—No me he cambiado por ti. Es la fiesta nacional. Me he cambiado para celebrar el cumpleaños de Estados Unidos.

—Claro, como quieras. Llevo un vestido bonito porque Estados Unidos ha cumplido doscientos años y pico. Para tu información, Jade, Estados Unidos es ciego como un murciélago. No podrá ver lo que te has puesto o no te has puesto en su cumpleaños.

Al decir «no te has puesto» movió varias veces las cejas.

Yo apreté todavía más los brazos sobre el pecho, pero ahora era para impedir que su forma de mirarme me provocara un aleteo de mariposas en el estómago.

—Pues tú no pareces tener ningún problema en la vista.

Quentin negó lentamente con la cabeza.

—Cincuenta estados. 6,11 millones de kilómetros cuadrados. Veinte mil ciudades. Trescientos veinte millones de habitantes. Son muchas cosas para mirar.

Vale. De acuerdo. Era emocionante saber que me había cambiado para Quentin Ford, aunque

fuera algo tan nimio como la vestimenta.

Miré la barbacoa para distraerme, y esperaba que para distraerlo a él de paso. Pero Quentin no se distraía tan fácilmente como yo.

—¿Qué estás preparando aquí?

—Champiñones. Los he puesto a marinar y todo.

Abrió y cerró varias veces las pinzas y procedió a dar la vuelta a los champiñones.

—¿Estos los has hecho tú?

—Sí.

Supongo que vio mi mirada de sorpresa, porque suspiró.

—Son setas grandes, Jade, no física nuclear.

Su padre, ahora de pie frente a otra enorme parrilla encastrada en la encimera, estaba dando la vuelta a lo que parecían hamburguesas y perritos calientes.

—¿Por qué no los asas allí? La parrilla parece bastante grande para que quepan cientos de champiñones.

Quentin se encogió de hombros. La camisa le tiraba sobre los hombros, como si fuera demasiado pequeña para él.

—No quería que entraran en contacto, ya sabes, con ese alimento diabólico al que llaman carne —respondió, con una rápida mirada—. No quiero productos derivados de la carne en tus vegetales.

Descrucé los brazos.

—Eres muy considerado cuando quieres, ¿lo sabías? —susurré, y le di un ligero codazo, como si compartiéramos un secreto.

Él me siguió la corriente.

—No lo hago por consideración, sino por puro interés.

—¿En qué sirve a tus intereses que me prepares unas hamburguesas de champiñones en una parrilla aparte?

Quentin retrocedió hasta quedar fuera de mi alcance, lo que significaba que iba a decir algo que podría ganarle una torta o un puñetazo.

—Porque de esta forma estarás en deuda conmigo y a cambio me dejarás llegar a la segunda base esta noche.

Me quedé estupefacta, pero, antes de que pudiera replicarle con una fresca, Quentin hizo chasquear las pinzas y señaló un montón de artículos de béisbol, apilados y listos para jugar un partido. Había guantes, bates, pelotas y hasta unos cuantos platos personalizados.

—Estamos en equipos distintos, ya lo hemos echado a suertes. —Quentin parecía muy satisfecho, encantado de haberme llevado al huerto—. Yo te hago la cena y tú me dejas llegar a la tercera base.

Me apoyé la mano en la cadera.

—Yo te dejo llegar a la tercera. Pero yo seré la que haré el *home run* y anotaré la carrera.

Quentin se inclinó y acercó su rostro al mío. Sus ojos verdes destellaban, y percibí el ligero aroma a jabón de su piel.

—Qué suerte la mía, juego como *catcher*.

Puse cara de estar molesta con él, pero no era del todo cierto. Más bien me sentía aturdida, sobre todo por la forma en que Quentin me miraba. Un grito agudo me arrancó de mi estado

temporal de hipnosis.

Quentin desvió rápidamente la mirada hacia el lugar donde se encontraba el bebé.

—¿Bebé o barbacoa? —preguntó mientras me tendía las pinzas, como si conociera de antemano mi respuesta.

Yo sabía más de bebés que de barbacoas. Ni mi madre ni yo somos de fiar cuando estamos cerca de un fuego encendido. De modo que me aparté rápidamente de las pinzas.

—Bebé.

—¿En serio? A la mayor parte de las jóvenes que conozco les asustan más los bebés que convertirse en marginadas sociales.

Yo me dirigí a la hamaquita.

—Yo ya soy una marginada social —dije.

Me puse en cuclillas delante del bebé para quedar más o menos a su altura y le tendí los brazos para comprobar si permitiría que la tomara en brazos. La niña ya no lloraba, pero me miraba parpadeando, como si no supiera qué pensar.

Examinó mi rostro con aire pensativo. Parecía estar leyendo una etiqueta invisible de ingredientes que yo llevara pegada en la frente. A continuación, dio unos botes en su hamaca, esbozó una sonrisa y me tendió sus gordezuelos bracitos.

—A mí también me caes bien —le dije.

Con cuidado, saqué a la niña de la hamaca. El padre de Quentin había entrado en casa, de modo que me encaminé hacia Quentin y los champiñones. Él no estaba vigilando la parrilla, sin embargo; me miraba a mí con una extraña expresión en su rostro. Una expresión que no le había visto hasta entonces y que no supe descifrar.

—Le gustas —dijo.

Al verlo, la niña empezó a retorcerse en mis brazos y a emitir gorjeos de placer.

Me encogí de hombros.

—Tiene buen gusto —dije.

Quentin se inclinó hacia nosotras y le hizo a la niña una mueca que nos hizo reír a las dos.

—Hoy en el desayuno ha preferido puré de guisantes antes que salsa de manzana. No estoy muy seguro de sus gustos personales.

Le respondí con un gruñido y me apoyé en la cadera a la niña, que se meneaba de lo lindo y no parecía precisamente delicada.

—Lily, ¿verdad?

—Eso es.

Quentin colocó los champiñones en una fuente.

—Tiene casi diez meses.

—Entonces, ¿no camina todavía?

Me dirigió una mirada de sorpresa.

—Todavía no, y hay que darle gracias a Dios. Apenas podemos con ella sin que camine.

Y no me extrañaba, por la manera en que la niña se agitaba y se movía en mis brazos.

—¿Cómo es que sabes tanto de bebés?

Moví el peso del cuerpo de una pierna a la otra. Estaba empezando a cansarme de sostener al bebé.

—Algunos miembros de la banda con la que mi madre iba de gira viajaban con su familia.

Algunas tenían bebés, y yo hacía muchas veces de cuidadora por defecto.

Quentin bajó la tapa de la parrilla.

—Continúas sorprendiéndome.

Bajé la cabeza.

—Bueno, gracias. Soy muy sorprendente.

—Sí, como cuando me llevé la sorpresa de saber que la banda de tu madre es actualmente una de las mayores del mundo.

Nos encaminamos a las mesas que habían dispuesto para el pícnic, una al lado de otra. Quentin me miró de soslayo.

Me había pillado.

—Lo siento, no es algo de lo que presuma con las personas que acabo de conocer. No me tratan con normalidad, y piensan que soy más especial de lo que soy en realidad. Luego, cuando me conocen mejor, se decepcionan.

—Claro, porque eres de lo más decepcionante. —Me hizo una mueca. Espero que notes mi tono sarcástico.

—Lo he notado —dije. Me pregunté por qué me miraba tan fijamente.

La puerta de cristal se abrió de golpe y una serie de personas salieron al jardín en fila india. Tía Julie y la señora Ford iban cargadas de ensaladas y cuencos de patatas fritas. La señora Ford llevaba, además, una enorme bandeja de carne para asar en la barbacoa. Los hermanos de Quentin se lanzaron prácticamente sobre sus asientos como si estuvieran practicando para el partido de esa noche.

De la casa salieron también unas cuantas personas a las que no conocía, hasta que los bancos que había alrededor de las mesas estuvieron prácticamente llenos. Quentin nos trajo dos sillas, y se le cayeron dos champiñones cerca de sus hermanos, quienes se apartaron rápidamente e hicieron el signo de la cruz con los dedos, como si se protegieran de un vampiro.

—¿Te importa cuidar de ella un minuto más? Voy rápidamente en busca de su trona.

Quentin se dirigió a la cocina.

—Todo bajo control —respondí mientras saludaba con la mano a las gemelas, que estaban sentadas enfrente de Silas y de Abe y los miraban como si fueran animalitos. En realidad, comían como si fueran animalitos, pero la señora Ford no se enteraba de nada. La tía Julie, por su parte, los contemplaba con tanto asombro como sus hijas.

—Justo a tiempo.

Quentin regresó con la trona y la colocó junto a la mesa. Lily se esforzaba en agarrarme un mechón de pelo para darle un buen tirón.

—Auuu —dije mientras intentaba liberar mi mechón del puño mortífero de Lily.

—Lo siento. Debería habértelo advertido. A Lily le encanta el cabello.

En cuanto logré abrirle el puño para que me soltara el pelo, Lily agarró otro mechón con la otra mano.

—No me digas.

—Venga, dame a este monstruo del cabello antes de que decidas no volver nunca más por aquí.

Quentin le tendió los brazos a Lily. Yo aproveché para servirme ensalada de espinacas de la fuente que nos habían pasado.

—Por favor —dije—. Se necesitaría mucho más que un bebé tirándome del pelo para hacerme salir corriendo.

Quentin, que estaba colocando a Lily en la trona, se detuvo a mitad de la operación.

—Define ese «mucho más».

—Oh, no lo sé. Como que un chico me obligara a jugar a béisbol cuando todavía llevo la cicatriz de mi primer y único juego. Una pelota me golpeó en toda la cara.

Quentin hizo una mueca de dolor.

—¿El *pitcher* te tenía manía?

Lo miré impertérrita.

—Yo era el *pitcher*.

Se tapó la boca para ocultar una sonrisa.

—¿Y cómo es posible?

Me estaba tomando el pelo. Y no lo ocultaba, precisamente.

—Cuestión de talento —dije.

—O falta de él —murmuró Quentin—. Pero cualquiera que logre golpearse a sí mismo con una pelota tiene un aprobado en béisbol, creo —añadió rápidamente.

—Gracias.

—Sin embargo, conseguiste entrar unas cuantas pelotas en el juego de las atracciones —dijo antes de tomar asiento.

Alcé la mirada.

—Eso es diferente. Es un juego de atracciones de feria. Se hace para divertirse. El béisbol es un deporte, que, a mi entender, es lo contrario de divertirse.

Quentin agarró uno de los bollitos, lo tocó y lo olisqueó. Todavía no parecía muy convencido, pero me hizo muchísima gracia ver que su plato contenía los mismos ingredientes que el mío: champiñones, ensalada de espinacas y un bollito vegano.

—¿Esto puede comerlo Lily?

Arrancó un pedacito y lo pellizó con los dedos.

—Por supuesto. No es más que un bollito que no contiene huevos ni mantequilla.

Quentin no parecía muy convencido. Probó un trocito y luego arrancó algunos pedacitos para dárselos a Lily.

—No está mal —dijo mientras masticaba el bocado de bollito—. Mejor que ese bistec de tofu chamuscado que me hiciste comer la semana pasada.

—¿Y cómo lo sabes? Apenas probaste un par de bocados.

—Y fueron demasiados —murmuró.

Probó uno de los champiñones y se lo comió sin poner cara de circunstancias.

—De modo que tu madre ya no trabaja, ¿no? Pero ¿trabajaba antes de que naciera Lily?

—Trabajaba, sí —respondió Quentin—. Pero se tomó el último año libre.

—¿Y en qué trabajaba?

—Era asesora estudiantil en la escuela. Antes de que nos mudáramos era la asesora estudiantil de mi instituto.

Eso no me lo esperaba. El tenedor que me iba a llevar a la boca se quedó congelado en el aire. La señora Ford no me parecía el tipo de persona a la que yo pediría consejo para un tema delicado.

—¿En serio?

Quentin hizo una mueca.

—En serio.

—¿No es un poco raro?

Quentin sonrió.

—Muchísimo.

En ese preciso momento, Lily decidió que tirar la taza al suelo era una idea mejor que beber de ella. Recogí la taza del jardín, donde yacía tirada en el suelo, y limpié la boquilla con la manga de la camisa.

—¿En qué trabaja tu padre?

—Es técnico informático. Trabaja sobre todo por encargo, de modo que podemos viajar a cualquier parte del mundo y puede encontrar un trabajo.

Arrugué la frente, sin entender.

—Entonces, ¿por qué os mudasteis?

En ese instante, Lily volvió a arrojar su taza. Cayó en la tierra.

—Está entrenándose para algo más serio.

Quentin amenazó con el puño a Lily y fue en busca de la taza, que había quedado totalmente cubierta de polvo, de modo que tuvo que ir a la cocina a por otra.

Cuando salió de la cocina con una taza limpia, sus hermanos ya habían recogido los platos y estaban colocando las bases para el partido de béisbol. Los Ford tenían un jardín amplio y llano, lo mismo que tía Julie y tío Paul. Los claros en el césped y los pisoteados parterres de flores dejaban constancia de que no era un jardín para admirar, sino que se usaba a menudo.

—¡Ninjas Mortíferos, tenéis cinco minutos para acabar vuestra cena antes del calentamiento obligatorio!

Silas lanzó su grito de advertencia a los comensales sentados a la mesa y practicó unos cuantos golpes con un bate que era tan alto como él.

—¿Ninjas Mortíferos?

—Contra los Osos Rompehuesos.

Quentin depositó una taza limpia delante de Lily y le dirigió una mirada que indicaba que, si volvía a tirarla, nadie se la recogería del suelo.

Algunos comensales empezaron a unirse a los hermanos de Quentin en el jardín.

—Te he dicho que no juego al béisbol —le susurré a Quentin.

—Por supuesto. Te golpeaste tú misma con la bola haciendo un lanzamiento.

Esta vez imité el estilo de Lily y le arrojé un bollito a Quentin, que lo agarró al vuelo, se lo metió en la boca y empezó a masticarlo sonriente.

—Elige entre béisbol con ellos —Quentin dirigió la mirada hacia sus hermanos, que ahora jugaban a utilizar los bates a modo de espadas, y se inclinó hacia mí por encima de la mesa— o fuegos artificiales conmigo.

—¿Fuegos artificiales?

—Dijiste que querías un verano norteamericano. ¿Qué hay más patriótico que los fuegos artificiales en el Cuatro de Julio? Bueno, excepto el béisbol, tal vez.

—Vamos.

Recogí mi plato vacío antes de que pudiera cambiar de opinión.

La señora Ford se acercó y se inclinó sobre Lily para desatar las correas que la sujetaban a la trona.

—Vaya, vaya. Parece que alguien ha preferido pintarse la cara con la comida en lugar de comérsela.

Lily se miró antes de observar a la señora Ford con ojos abiertos como platos.

—Sí, no me mires con esa cara de inocente. Tu padre siempre intenta hacer lo mismo conmigo y nunca le funciona.

Levantó de la silla a Lily, que empezó a mover los brazos como si fueran aspas de molino. La señora Ford soltó una carcajada.

—Pero tienes la suerte de que tú eres mucho más mona.

La señora Ford dio a Quentin una afectuosa palmada en la cabeza y se llevó a Lily al interior de la casa. A mí ni siquiera me miró. Yo no estaba segura de que fuera preferible el silencio a un comentario negativo.

—¿No le caigo bien a tu madre? —pregunté en voz queda, lo más amablemente que pude.

No quería ofender a Quentin ni portarme como una paranoica, pero habría tenido que estar muy ausente para no darse cuenta de que esa noche su madre le hacía el vacío a una única persona, y esa era yo.

—Solo es protectora —dijo Quentin distraídamente mientras recogía los restos de la cena de Lily.

—¿Y por qué piensa que tiene que protegerte de mí?

—Creo que intenta protegernos al uno del otro.

Quentin empezó a tirar los restos de su cena al cubo de la basura.

—No entiendo lo que quieres decir —dije mientras me ponía de pie.

—No lo sé. Es una asesora estudiantil de instituto —dijo Quentin. Indicó con un gesto a su madre, que estaba dentro de la casa limpiándole la cara a Lily—. Ha visto más de una complicación, ¿sabes?

Me tomé un instante para pensar en las cosas y complicaciones que podía haber visto la señora Ford en su trabajo. No tuve que pensar mucho.

—Vale, lo entiendo.

Seguí a Quentin hacia el jardín y me aseguré de pasar a una distancia suficiente de los combativos jugadores de béisbol.

—Así que tú tienes una madre sobreprotectora y yo tengo una que es todo lo contrario. Por lo menos nos compensamos el uno al otro.

Quentin miró por encima del hombro las mesas del pícnic que habían quedado a nuestras espaldas.

—Claro, pero tú tienes una tía que es extra sobreprotectora.

Mi tía nos dirigía una mirada cautelosa.

—Ella también ha visto situaciones complicadas —dije mientras la saludaba con la mano—. Intenta asegurarse de que no voy a acabar como mi madre.

Quentin no dijo nada. Nos acercábamos a una serie de sillas y mantas que al parecer había dispuesto para que nos sentáramos a admirar los fuegos artificiales. Había incluso un cubo repleto de caramelos y cosas de picoteo.

—Sí, pero tu madre lo superó con mucho éxito, ¿no? Quiero decir que es la cantante principal

de un grupo musical inmenso y su hija también está bien.

Me dio un leve codazo y me indicó que eligiera la silla donde quería sentarme.

—Bueno, sí. Pero al principio las cosas fueron muy duras. A veces pienso que, si mi madre pudiera volver a empezar, a lo mejor preferiría elegir otro camino, ¿sabes?

—No todo el mundo puede elegir, Jade. Algunas personas tienen que contentarse con lo que la vida les ha puesto delante.

Le dirigí una mirada irónica y junté las manos en actitud de oración.

—Vaya, gracias por tu sabiduría. No sabía que los socorristas trabajaban también en días de fiesta.

Quentin resopló.

—Por favor, esto es cuando hacen horas extra.

Sacudí una de las mantas y la extendí sobre la hierba. Cuando me tumbé encima, vi el rostro de Quentin que asomaba sobre mi cabeza.

—He sacado las sillas que estaban guardadas, las he limpiado, las he traído hasta aquí, ¿y todo lo que necesitabas era una manta?

Le sonreí.

—¡Gracias!

Con un suspiro, Quentin se situó a mi altura y, cuando yo creía que iba a instalarse en una de las sillas, se dejó caer a mi lado sobre la manta. Luego, una vez tumbado, se acercó un poco más, hasta que nuestros brazos se tocaron. Solo unos cuantos centímetros de mi piel tocaban la suya, pero yo no podía pensar en otra cosa.

El brazo de Quentin. La piel de Quentin. El calor de Quentin.

Sin que pudiera evitarlo, un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Tienes frío? —preguntó él. Y, antes de que pudiera responder, me pasó el brazo por los hombros, me acercó a él y tiró de un extremo de la manta para taparme.

—¿Te gusto? ¿Más que como amiga?

Lo solté de repente, sin pensar. Como si lo hubiera estado reteniendo y se me hubiera escapado.

Quentin se tomó unos instantes antes de responder. Volví el rostro hacia él, que también estaba vuelto hacia mí. Por su expresión —y su ceño fruncido— se diría que nadie había hecho una pregunta tan estúpida desde el principio de los tiempos.

—Podría contestar a tu pregunta de dos maneras.

Curvó los labios en una sonrisa ladeada y acercó su rostro al mío.

—En cualquiera de las dos tengo que utilizar los labios.

Me pasó el brazo alrededor de la cintura.

—A mí me parece bien —dije.

Los primeros fuegos artificiales sembraron el cielo de relucientes estrellas plateadas, pero Quentin no les prestó atención. Y yo tampoco tenía intención de mirarlos.

Cerré los ojos, esperando que nuestros labios se juntaran, cuando oí un ruido muy diferente. No eran fuegos artificiales. Más bien todo lo contrario.

—Ya está limpia y con el pijama puesto, preparada para la noche. Y como todavía no puede correr las bases...

La señora Ford estaba de pie junto a nosotros y llevaba en brazos a Lily, que no paraba de

moverse.

Yo me levanté de golpe mientras me ajustaba la ropa y me tapaba, llena de apuro, como si hubiéramos estado haciendo algo más que intentar darnos un primer y casto beso. Quentin, sin embargo, no parecía desconcertado. Se sentó en el suelo y le tendió los brazos a Lily.

—Es el primer Cuatro de Julio de Lily. No me gustaría que se perdiera sus primeros fuegos artificiales.

Quentin había instalado a la niña en su regazo, y la señora Ford le entregó un osito de peluche muy usado. A continuación, sin mirarme ni una sola vez, se marchó en dirección al partido de béisbol, que ya había empezado. Era un día lleno de sorpresas.

Le estreché la mano al oso de peluche. Lily estaba mordisqueando la otra.

—¿El Señor Mimos?

—El mismo que viste y calza. —Con los dedos, Quentin peinaba el cabello de Lily hacia un lado—. Bueno, siento mucho esto.

Colocó una silla detrás para que pudiéramos apoyarnos y contemplar los fuegos artificiales.

No era el tipo de fuegos artificiales que tenía pensados para esta noche.

Esta vez yo le estreché la mano. Aunque estaba distraído con Lily, Quentin entrelazó sus dedos con los míos. Sin soltarme la mano, se colocó a la niña sobre el pecho para que también pudiera contemplar los fuegos artificiales.

Yo le sonreí. El espectáculo del cielo palidecía al lado de la visión que tenía de él.

—Es exactamente el tipo de fuegos artificiales que yo había imaginado —dije.

Capítulo doce



Aceite, cloro y olor corporal..., esta era mi *eau de parfum* del verano. En cuanto acababa mi turno y llegaba a casa, lo único que quería era meterme cuanto antes en la ducha. Aquella tarde tomé una ducha extralarga y a continuación me puse mi mono para estar por casa.

La piscina había estado tan llena como el día anterior, y a Quentin lo habían enredado para que trabajara hasta tarde, lo que era una mierda porque yo esperaba poder hablar con él cuando saliéramos del trabajo.

Me dijo que me enviaría un mensaje de texto cuando acabara, pero para eso faltaban todavía un par de horas. Pensé en sentarme junto a la ventana para escribir en mi diario, pero no me sentía especialmente creativa. Estar en un asfixiante puestecillo de venta de comida atendiendo a una cola interminable de niños acababa con la inspiración de cualquiera. Ni siquiera la lectura de *Jane Eyre* me atraía lo suficiente.

Sin detenerme a pensar, le envié un mensaje de texto a Zoey preguntándole si me acompañaría a ver actuar un grupo musical dentro de unas semanas. Concretamente, el grupo de mi padre, aunque, por supuesto, no le dije nada al respecto en mi invitación. Un minuto más tarde recibí su respuesta. Aceptaba la propuesta.

Genial. Zoey era la persona ideal para este tipo de aventura. Pasase lo que pasara, se mostraría serena y comprensiva.

Al pensar en mi padre, encendí mi ordenador. Habían transcurrido casi veinticuatro horas desde la última vez que había visitado su perfil. Quería ver lo que había hecho para celebrar el feliz aniversario de Estados Unidos.

Al parecer, el nivel de su Día de la Independencia era mucho más bajo que el de los Ford, me dije, mientras recorría la secuencia de fotos que había colgado. Sus bebidas del Cuatro de Julio no tenían nada que ver con las que habían servido los Ford.

Y, qué demonios..., la siguiente foto me hizo arrugar la nariz. No creo que sea legal que tu trasero desnudo asome por debajo de la camisa cuando estás en un restaurante. Aunque se trate de un local que ofrezca solamente alitas de pollo, a juzgar por las fotos. Pero seguro que los traseros

al aire infringían alguna norma sanitaria.

¿Y qué hacía el tipo conocido también como mi padre junto a un exhibicionista de traseros? ¿Por qué había colgado seis fotos en los que aparecían ellos dos en diversas poses que te llevaban a arrugar la nariz con disgusto?

Mi teléfono sonó. Estaba tan disgustada por el sabor a bilis que tenía en la boca que respondí sin mirar quién era.

—¡Por fin! Te he pillado. Eres tú realmente, y no esa versión de voz grabada o de palabras digitalizadas.

La voz de mamá sonó tan alta que tuve que apartar el teléfono de mi oreja.

Me bastó con oírla para volver a sonreír.

—Hola, mamá.

—Estar en distintas zonas horarias es una mierda.

—Sí que lo es.

Su voz cálida y alegre me hizo sentir mejor desde centenares de códigos postales más allá.

—¿Qué tal te va la vida?

¿En estos momentos?

—Fabulosamente —mascullé. Volví la mirada al monitor de mi ordenador. No recordaba que mi padre me pareciera tan inmaduro cuando di con él en internet. Pero, claro, tal vez había estado tan emocionada por haberlo encontrado que no había prestado atención a nada más.

—Oh-oh. Conozco ese tono.

Por supuesto que lo conocía. Conocía todos los tonos de mi arsenal.

—Tengo delante una caja entera de chocolates y en las próximas tres horas no me esperan en ningún sitio. Cuéntame.

En efecto, oí de fondo el sonido de un paquete que se abría. Era verdad que tenía una caja de chocolates. Se me encogió el corazón al imaginar lo estupendo que sería notar el brazo de mi madre sobre los hombros mientras le explicaba cómo me sentía.

—Me siento fuera de lugar. No tiene ningún sentido. —Me pregunté si esa era la mejor manera de describirlo—. Como si estuviera cabeza abajo o algo así.

Mamá no dijo nada durante medio segundo.

—¿Tiene un chico algo que ver con esta sensación de estar cabeza abajo?

Al mismo tiempo que volvía a pensar en Quentin, mis ojos captaron la siguiente foto de mi padre.

—Sí —dije. No estaba segura de cuál de los dos era el que había puesto mi mundo patas arriba.

Mamá intentó ahogar un suspiro, pero yo lo oí.

—¿Y vale la pena?

Pensé en Quentin. Luego pensé en mi padre.

—Sí.

—Maldición —dijo mamá—. Porque, si no fuera así, me resultaría mucho más fácil aconsejarte.

—Lamento mucho que tu única hija te cause una molestia —dije sonriendo. Y esperé su respuesta.

Mamá siempre daba buenos consejos. Nunca decía ninguna tontería. Lo que pasaba es que no

siempre seguía sus propios consejos.

—Nuestro mundo se puede trastocar por dos razones, Jade. —Por lo que se oía, estaba comiendo un chocolate en ese preciso momento. Deseé poder hacer lo mismo—. O estamos cambiando o alguien quiere obligarnos a cambiar. —Se hizo un silencio, y luego oí que cambiaba de posición. Tú eres la única que sabe lo que quieres ser y cómo hacerlo.

Me mordisqueé las uñas.

—Vale. Creo que esto podré hacerlo. Eh, mamá.

—Eh, Jade.

Me armé de valor para abordar el tema. La aprensión que sentía me revolvió el estómago.

—¿Piensas en él alguna vez? ¿En mi padre?

Tragué saliva.

—A veces —dijo tras un breve silencio.

Estábamos hablando de él. Más o menos. Era un gran avance comparado con el silencio que había guardado durante años por miedo a enfadar a mi madre.

—¿Has pensado alguna vez lo que habría pasado si..., ya sabes, si él no se hubiera marchado? ¿Si estuviera todavía con nosotras?

Esta vez hubo un silencio más largo, pero como mínimo no se oía de fondo ningún sonido de objetos frágiles quebrándose. Mamá exhaló un largo suspiro.

—Todo pasa por una razón. Incluido tu padre.

«Todo pasa por una razón». Esa frase se me quedó en la cabeza cuando pasamos a hablar de temas menos delicados. Si eso era cierto, yo estaba ahí por una razón, había encontrado a mi padre y tenía una fecha pensada para presentarme ante él.

Él se había marchado por una razón. Y yo tenía la mía para querer conocerlo.

Cuando me despedí de mamá y su caja de chocolates y colgué el teléfono, todas las dudas que hubiera podido albergar temporalmente se habían esfumado. Tras dos horas de conversación, volvía a emocionarme la idea de conocer a mi padre. ¿Qué importaba que su perfil lo hiciera parecer como un idiota atascado en los veinte años? Era mi padre.

Unos minutos después de colgar el teléfono llegó un mensaje de texto de Quentin. Había acabado el trabajo y tenía el resto de la noche libre, lo que no era habitual, ya que normalmente tenía obligaciones familiares hasta después de las nueve. Quería que saliera con él, y de nuevo se negaba a decirme nada más.

Solté un gemido de frustración y me di unos golpecitos en la pierna con el móvil. ¿Qué hacer? Mi tía y mis primas no estaban en casa —creí recordar que habían dicho algo de que tenían una cena esa noche— y tío Paul llegaría seguramente en algún momento, pero desde luego no se apresuraría a comprobar si yo estaba en mi cuarto.

Mientras pensaba en ello, llegó otro mensaje de texto de Quentin: «Solo eres joven una vez».

«Nos vemos fuera en cinco», le respondí. Vi que la batería de mi móvil estaba baja, pero no tenía tiempo de cargarla. Escribí rápidamente una nota para cuando mi tía volviera a casa.

«No me encuentro muy bien. Me he ido pronto a la cama. Te veo mañana por la mañana».

Me sentí un poco culpable cuando añadí: «Un beso, Jade». Sabía que estaba envolviendo una fea mentira con un bonito lazo.

Sin dejar que el sentimiento de culpa arraigara, coloqué las almohadas dentro de la cama, tal como había hecho todas las veces que me había escapado de mi cuarto. Tenía tanta práctica que lo hacía en cuestión de un minuto.

Antes de salir, eché un vistazo a la habitación para asegurarme de que las luces estaban apagadas y las cortinas echadas. Eran solamente las siete de la tarde. Con suerte, tía Julie y las niñas tardarían un par de horas en llegar. Mi tía quería saber cómo estoy si llegara a casa y descubriera que a las siete y media ya estaba durmiendo.

Cerré la puerta de mi habitación, bajé corriendo la escalera y dejé la nota encima de la mesa. Cuando vi la bandeja de pastelillos veganos de chocolate que tía Julie había dejado para mí, sentí una punzada de culpabilidad. No me gustaba decirle mentiras. Lo detestaba. Pero si no le mentía, ¿cómo iba a experimentar el verano que quería vivir?

Además, estaba la cuestión de que mamá prácticamente me había ordenado que este verano saliera y lo pasara bien. Durante un par de meses, tía Julie la representaba, pero mi verdadera progenitora era mi madre. Hacer caso a una era desobedecer a la otra, pero en este tema obedecería a la jefa. Y el consejo de mamá implicaba salir con Quentin.

Quentin me esperaba junto a su camioneta, apoyado en la herrumbrosa plataforma trasera y con las manos en los bolsillos. Su forma de mirarme me encogió el estómago.

—Es un poco temprano para salir de casa a escondidas, ¿no? —me preguntó al ver que echaba un vistazo al camino de entrada por tercera vez para comprobar si entraba el monovolumen de tía Julie—. Todavía luce el sol.

Me detuve ante él y me apoyé una mano en la cadera.

—Es un poco temprano para estar libre, ¿no? ¿Las obligaciones familiares han acabado antes de lo previsto?

Quentin se encogió de hombros y rodeó la camioneta para abrirme la puerta.

—Tengo la noche libre.

—¿Y quieres pasar conmigo una de tus escasas noches de libertad?

—En realidad, no. Pero mi primera y mi segunda opción estaban ocupadas. De modo que me conformaré contigo.

Había apoyado los brazos sobre la puerta y su rostro permanecía impassible, pero sus ojos lo delataban.

—¿Soy la tercera opción? Qué suerte tengo.

Quentin soltó una carcajada.

—¿A la tercera va la vencida?

Quentin frunció el ceño y simuló que no entendía.

—Venga, has sido mi primera opción. Ya sabes que quiero pasar todas las noches contigo.

Como yo no lo miraba, se inclinó hasta que su rostro quedó junto al mío.

—Y sí, lo digo con doble y triple sentido. Tradúcelo como quieras.

Yo suspiré y él soltó otra carcajada. Le gustaba tomarme el pelo. A mí también me gustaba.

—¿Crees que podemos irnos ya?

Yo seguía mirando por la ventanilla trasera. No se veía ningún coche todavía, pero no quería correr demasiados riesgos.

—¿Te asusta que te pillen yendo a alguna parte con un amigo a las siete de la tarde en verano?
Sin darme tiempo a responder, cerró la puerta de la camioneta y se dirigió a la puerta del conductor a grandes zancadas.

—Me da miedo que tu madre y mi tía intercambiaran información anoche —dije mientras Quentin giraba la llave de contacto.

—Mi madre no mencionó que tú y yo habíamos salido alguna noche.

—¿Cómo lo sabes?

Quentin se encogió de hombros y bajó la camioneta del bordillo.

—Porque se lo pedí. Por lo que me contó, lo más personal que habían intercambiado era la especia secreta que tu tía había puesto en la tarta de cerezas.

—¿En serio?

Arrugué la nariz. Se habían pasado la noche hablando y, al parecer, de nada importante.

—En ningún momento hablaron de tus salidas por la noche, te lo juro.

Tuve unos diez segundos de alivio, pero luego experimenté el efecto contrario y me agarré con fuerza al reposabrazos.

—Esto significa que tu madre sabe que salgo a escondidas, ¿verdad?

Como Quentin no respondió, volví la cabeza rápidamente hacia él.

—¿Verdad?

Su expresión contestaba a la pregunta.

—¿Tal vez?

—Genial. Se lo contaré a mi tía. —Empecé a sacar el móvil del bolso para llamarla y admitir mi culpa. Probablemente me daría una reprimenda y me encerraría en mi cuarto durante el próximo mes y medio, pero sería preferible a que se enterara por boca de la madre de Quentin.

—No, no se lo contaré. —Quentin asió mi teléfono—. Me dijo que no diría nada y lo cumpliré.

—¿Adónde vamos? —pregunté. No reconocía la carretera.

—No saberlo es parte de la diversión.

—Sí, pero, a estas alturas, prácticamente ya la has desgastado.

Inspeccioné la carretera en busca de señales que me indicaran adónde íbamos.

Minutos más tarde, entramos en la zona de aparcamiento de una de las playas. El sol no se había puesto todavía, pero ya había algunas hogueras encendidas en la playa. Y una bastante grande.

Desde donde estábamos vi a un grupo de personas —cerca de treinta— alrededor de la hoguera.

—¿Una fogata?

Me pareció que lo había preguntado en un tono normal, pero Quentin debió de notar algo en mi voz.

—Querías conocer la quintaesencia del verano adolescente. Además, has elegido la costa californiana para tu experimento. Y no hay nada más propio de los adolescentes que una fogata. Créeme.

—¿Beberán todos en uno de esos típicos vasos rojos?

Quentin levantó la barbilla y quitó el contacto.

—Por supuesto.

Me esperó delante de la camioneta, junto al capó, y me tendió la mano. Nos habíamos dado muchas veces la mano, de modo que no sé por qué me pareció importante, pero así fue. Supongo que porque Quentin conocía a algunas de esas personas y yo también podía encontrar a conocidos de la piscina. Tomarnos de la mano cuando estábamos solos era muy distinto a hacerlo frente a un grupo de personas conocidas.

Como si nos anunciáramos como pareja. Como si lo hiciéramos oficial.

Cuando nos acercamos lo suficiente como para reconocer a algunos de los presentes, me pareció que todo el mundo nos miraba. Más que mirarnos, clavaban la mirada en nosotros.

Quentin acercó su cara a la mía y me apretó la mano.

—Así es como se hace una entrada —dijo.

Eso me hizo sonreír. Y me dejó sin respiración que pareciera saber exactamente qué hacer o qué decir en el momento en que yo lo necesitaba.

Saludé con la mano a Zoey, que me guiñó un ojo y exageró el movimiento un poco indecente de sus caderas. No saludé a Ashlyn, esa amiga de una amiga que frecuentaba la piscina. Ashlyn parecía estar afilando sus garras para clavármelas hasta lo más hondo en el corazón.

Un par de socorristas de la piscina se acercaron a saludar a Quentin, cada uno de ellos con un vaso en la mano. Quentin rechazó la bebida y yo acepté la que me ofrecía el otro. Agarré el vaso de plástico rojo y empecé a darle golpeados con los dedos.

Quentin, que estaba charlando con los socorristas, me dio un codazo y me susurró:

—No te bebas eso.

Lo miré y enarqué una ceja.

—Que una persona haya estudiado en casa no significa que no tenga ni idea de nada.

Quentin me miró sin responder.

—Ya sé que no tengo que beber de un recipiente abierto que acaba de ofrecerme alguien a quien apenas conozco.

Vertí discretamente la bebida en la arena.

—¿Mejor así?

Quentin sonrió.

—Mejor.

Cuando los socorristas se unieron a unas chicas que acababan de llegar, le pregunté a Quentin:

—¿Desconfías de ellos?

—No, son buenos chicos. La única sustancia sospechosa que han puesto en las bebidas es esa horrible cerveza aguada que compran. Solo quería asegurarme de que eras tan espabilada en la vida real como con los libros.

—Mi madre es probablemente la persona más espabilada que hayas conocido nunca. Créeme que se ha asegurado de que su hija sepa a qué atenerse.

—Pero ahora sé que no es cierto —replicó Quentin.

—¿Por qué lo dices?

Me dirigió una rápida mirada.

—Porque si fueras tan lista, no estarías perdiendo el tiempo con un chico como yo.

—Que sea lista no tiene nada que ver con el tiempo que paso contigo —dije sin inmutarme—. Este verano tengo que completar un montón de horas de servicio que debo a la comunidad.

Quentin resopló.

—Estás hecha una madre Teresa.

La mayoría de los presentes estaba de pie y formaba corrillos, pero nosotros decidimos sentarnos en la arena, que estaba caliente a causa del sol y la hoguera. Hundí los dedos de los pies en la arena, disfrutando de mi primera fogata en la playa. Tal vez el chico que había a mi izquierda fuese mi principal razón para estar allí, pero la cálida arena y el sonido del océano también resultaban placenteros.

—Si quieres beber algo, iré a buscarte una bebida, pero no tienes que beber simplemente porque todo el mundo lo hace.

Le di un leve codazo.

—No todo el mundo.

Quentin se quitó las sandalias con un par de patadas al aire y enterró sus dedos junto a los míos en la arena.

—Yo no bebo. Pero no me importa que bebas.

—¿Quieres decir que no bebes nunca o que ya no bebes?

Un par de chicos empezaron a arrojar más leña a la hoguera, que ya era bastante grande, y nos retiramos unos metros del lugar.

—Que ya no bebo.

—¿Y la razón?

Como no contestaba, bajé la cabeza y lo miré a los ojos.

—Cuando bebía tomé algunas malas decisiones. Y ya tomo malas decisiones sin alcohol, de modo que mejor no complicar las cosas.

—Defíneme lo que son para ti «malas decisiones».

Quentin emitió un gemido. Pero era un gemido afable.

—Normalmente no eres tan curiosa.

Le mostré mi mano con la palma hacia arriba.

—Consiénteme.

Quentin sacudió pensativo la cabeza.

—Veamos, en una ocasión atravesé corriendo desnudo el campo de fútbol de mi antiguo colegio durante el intermedio del partido.

Yo lo miré sin entender.

—Llevaba una máscara de gorila y con una mano me tapaba..., ya sabes.

—Eso no es correr desnudo.

Inclinó la cabeza hacia mí.

—¿Qué es, entonces?

—Es correr medio desnudo.

Quentin alzó los ojos al cielo.

—Vale. Pero no corría una carrera y estaba *bastante* desnudo, excepto por lo que tapaba con una mano y algunos dedos.

—Por favor —dije, y bufé—. Esto es un ciudadano ejerciendo su derecho a la libertad de expresión. No me parece que pueda ponerse en la categoría de malas decisiones.

—En otra ocasión salté al lago desde un risco de seis metros de altura porque mis colegas, que ya habían saltado, me retaron a hacerlo.

—Uau. Así que *tú eras* ese chico del que hablaban todas las mamas. Siempre está bien

ponerle cara a un nombre.

Hice un movimiento de molinillo con la mano para indicarle que esperaba oír más, pero Quentin se encogió de hombros.

—Y otras cosas.

Cuando iba a preguntarle a qué «otras cosas» se refería, vi que se acercaba alguien. Quentin cambió de cara.

—Oh, Dios mío. *Eres* tú. —La chica se acercó—. Quentin, *no es posible*.

Yo estaba demasiado ocupada mirándola como para fijarme en la expresión de Quentin, pero noté la tensión en su tono de voz.

—Hola, Lindsey. ¿Cómo te va? —Hizo ademán de levantarse, pero Lindsey se sentó en la arena junto a nosotros.

—Hola, soy Lindsey.

Estaba sonriendo y no me enseñaba las garras, de modo que me dije que estaba a salvo.

—Hola —dije y miré a Quentin de reojo. No había duda de que no iba bien—. Soy Jade.

—Qué falda más chula —dijo, mirando mi falda larga estampada—. ¿Urban Outfitters?

Esperaba que Quentin soltara una carcajada, pero su rostro permanecía inexpresivo.

—Una tienda de segunda mano en Dinamarca —respondí.

La chica soltó una carcajada, como si yo hubiera hecho un chiste. Vestía diferente a las demás. Más cuidada, más arreglada o algo así.

—Bueno, ¿cómo ha ido todo? —le preguntó a Quentin.

La amabilidad con que lo miraba me hizo pensar que sabía que las cosas habían sido un poco difíciles.

Me sentí confundida. ¿Por qué se comportaba como si hablara con alguien que acababa de perder a su perro?

—Bien —dijo Quentin. Se aclaró la garganta—. ¿Y tú, qué tal?

—Como siempre. Bien. —Hubo una larga pausa, un poco incómoda—. No puedo creerme que ya estemos en el último curso. ¿Y tú?

Quentin negó con la cabeza, un poco tenso.

—Yo tampoco.

—El año pasado no fue lo mismo sin ti. Fue tan extraño... —Lindsey sonrió, como si estuviera reviviendo un recuerdo—. Demasiado blando para mi gusto.

Quentin tenía la mirada fija en el fuego. Parecía incómodo. Tenía los hombros tensos como un alambre.

—Me imagino.

Segunda pausa incómoda.

Lindsey recorría con la mirada los corrillos de la fiesta.

—¿Cómo está la familia?

—Bien —respondió él mientras inspiraba con fuerza.

—¿Y cómo está...?

—Todos están bien, Lindsey —la cortó Quentin, y le dirigió una mirada severa—. Gracias por preguntar.

Me sentía como la reluciente bolita de plata en esas máquinas antiguas de Flipper. No tenía ni idea de lo que estaban hablando ni de lo que dirían a continuación.

Cuando ya parecía que iba a levantarse y marcharse, Lindsey exhaló un suspiro.

—¿Has hablado con Blaire? —preguntó.

Quentin proyectó la mandíbula hacia delante. Tanto que parecía que fuera a romperle la piel.

—No hay nada de qué hablar.

Lindsey asintió con la cabeza, como si entendiera.

—Siento mucho cómo acabó todo. Fue muy frío. Incluso para Blaire.

Quentin soltó de golpe todo el aire del pecho.

—A mí no me extrañó en absoluto.

Lindsey asintió levemente con aire de tristeza. Luego se inclinó hacia Quentin y le dio el abrazo más rápido que yo había visto nunca.

—Buena suerte, Quentin.

Él se quedó sentado, inmóvil.

—Un placer conocerte, Jade. Hazme un favor y cuida de él por mí. —Señaló a Quentin con la barbilla—. Es uno de los buenos.

Le dije adiós con la mano.

—Lo sé.

Lindsey desapareció entre la gente. Yo dejé que Quentin se calmara. No tenía ni idea de lo que acababa de pasar, pero sabía que era algo gordo.

—Ya sé lo que estás pensando.

Quentin carraspeó y me miró.

—Lo dudo.

—Estás preguntándote qué demonios ha pasado, ¿no?

Con un dedo dibujé líneas en la arena.

—De modo que ya sabes lo que estoy pensando.

La expresión de su rostro era ya más relajada. Y también el cuerpo.

—¿Puedes adivinar lo que estoy pensando ahora mismo?

Yo acariciaba la arena con los dedos.

—¿Que te mueres por contármelo?

Quentin se frotó la nuca.

—Ni de lejos.

—Quentin...

—No es el lugar adecuado, Jade.

Eché un vistazo a la fogata y a la gente que estaba de pie alrededor de ella.

De repente, me sentí muy frustrada. En un momento dado parecía que estábamos avanzando y al momento siguiente sentía que retrocedíamos.

Pero, antes de que pudiera insistirle, una persona se dejó caer en la arena junto a nosotros.

—Perdón. ¿Interrumpo algo?

La sonrisa de Zoey murió en sus labios cuando vio el modo en que Quentin y yo nos estábamos mirando.

—De hecho, llegas en el momento perfecto. —Quentin se levantó y se sacudió la arena de la espalda—. Será mejor que intervenga antes de que alguien se prenda fuego a sí mismo o a otra persona.

Se encaminó hacia el grupo de socorristas que querían arrojar líquido de mechero en la

hoguera y los interceptó.

Nunca hay que mezclar el alcohol con el líquido de mechero. Jamás.

—Acabo de interrumpir algo, ¿verdad? —preguntó Zoey, arrugaba la nariz mientras se toqueteaba el lazo que se había puesto en el pelo.

—No pasa nada. No se saldrá tan fácilmente con la suya, te lo aseguro.

—Bien. —Zoey me dio un leve codazo y le hizo señas a alguien para que se acercara—. Quería presentarte a alguien. Es la amiga de...

Su mirada se dirigió al otro lado de la fogata, donde Ashlyn entretenía a los chicos que tenía a su alrededor. Probablemente se habría pasado dos horas maquillándose. Por lo menos parecía que su esfuerzo había servido de algo.

—Esta es Lindsey...

Intercambiamos una sonrisa.

—Sí, acabamos de conocernos —dije.

Lindsey se sentó de nuevo en la arena.

—Encantada de conocerte... por segunda vez —dijo riendo.

—Entonces, ¿vais las dos al mismo colegio o algo así? —pregunté.

Zoey negó con la cabeza.

—No. Lindsey va a Murray Park. Yo voy a Edison, la misma escuela a la que va Quentin.

Quentin estaba todavía ocupado intentando apartar a sus amigos de sus intenciones pirómanas. Observé que en el grupo se encontraba la chica con el corazón «difícil de detectar» que vi en las atracciones. A su lado, una chica de piernas largas le pasaba el brazo por los hombros. Deduje que era Sam, la amiga del surf.

Si Quentin no pensaba contestar a mis preguntas, tal vez lo haría otra persona.

—Pero Quentin iba a tu escuela, ¿no? —le pregunté a Lindsey.

—Así es. Y también va Ashlyn —Lindsey se puso cómoda; dobló una pierna y se sentó encima.

Perfecto. Porque todavía tenía un montón de preguntas que hacerle.

—¿Quién es Blaire?

Zoey asomó la cabeza entre nosotras dos y miraba alternativamente a la una y a la otra.

Yo no dije nada. Lindsey tampoco.

Eso no hizo más que confirmar mi sensación de que pasaba algo. Blaire era un tema delicado, no solamente para Quentin.

Y fue como si Quentin tuviera telepatía o algo así, porque en dos segundos lo tenía de pie a mi lado.

—Jade, necesito que me ayudes con una cosa —dijo, interrumpiendo la conversación.

—Sí, ya nos íbamos para dejaros un rato a solas. —Zoey agarró a Lindsey del brazo y la levantó de la arena—. Demasiado drama de pareja para mi gusto.

—¿Qué drama? —pregunté.

Zoey señaló con el dedo primero a Quentin y luego a mí.

—Cualquiera que sea el drama que ninguno de vosotros quiere sacar a la luz.

Le dirigí a Zoey una mirada cargada de extrañeza y le dije adiós con la mano a Lindsey por segunda vez en la misma noche.

—¿Qué ocurre? —le pregunté a Quentin. Se me encogió el corazón cuando vi cómo me

miraba.

—No pasa nada. —Con un gesto de la cabeza señaló el océano—. Solo que estaba pensando que es una noche perfecta para nadar.

De nuevo me sentí como una reluciente bolita de plata.

—Para nadar repetí, como una autómata.

—A nuestra espalda se extiende el océano más grande del mundo, que nos espera. Es una cálida noche de verano. Quieres vivir como una fogosa adolescente norteamericana.

Me dio una patadita en la pierna con el pie y su sonrisa se ensanchó.

—Solo eres joven una vez en la vida.

—Sin mencionar siquiera el hecho de que intentas evitar explicaciones sobre lo que acaba de ocurrir.

Levanté la mano y le hice saber con la mirada que no pensaba olvidarme del tema, aunque por el momento lo dejara pasar.

—Pero tienes razón. *Quiero* vivir como una de esas fogosas adolescentes. Vivir. No morir ahogada en el océano más grande del mundo.

Quentin me tendió la mano.

—Si te preocupa ahogarte, vas a nadar con la persona adecuada.

Le di la mano y dejé que me ayudara a levantarme.

—Lo que usted diga, Jefe de Socorristas Ford.

Capítulo trece



Nos encaminamos a la orilla, y la noche no tardó en envolvernos. Mis ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a la oscuridad, pero seguí andando y dejé que Quentin me guiara.

Cuando llegamos al punto donde las olas eran más un rugido que un eco, Quentin se detuvo y se quitó la camiseta. Yo di un paso atrás mientras intentaba no mirarlo fijamente.

Debió de tomar mi mirada de aturdimiento por otra cosa.

—Si no quieres bañarte, no pasa nada. Solo era una idea. No voy a obligarte.

Deslizó suavemente la mano por mi brazo, como si tratara de calmarme o de darme seguridad.

Tuve que darme la vuelta y ponerme frente al océano para ser capaz de pronunciar frases coherentes.

—¿Quién no querría nadar por la noche en este inmenso —me vino a la cabeza una escena de *Tiburón*—, oscuro y peligroso océano?

—¿Ves? —Movié el brazo entre los dos—. Ya sabes lo que quería decir.

Dejó caer la camiseta sobre la arena y me tendió de nuevo la mano para llevarme hasta el agua.

—Vamos —dijo cuando vio que no me animaba a darle la mano—. Solo tenemos que mojarnos los pies. Ya veremos si nos sentimos con ganas de más.

Pero yo no quería mojarme simplemente los pies, quería hacerlo bien. Quería sumergirme en la emocionante y aterradora masa de agua. ¿Quién iba a contentarse con unas gotas cuando podía abrazar el océano entero?

—Pero qué... —La voz de Quentin se quebró—. ¿Qué estás haciendo?

Mi camiseta de tirantes aterrizó sobre su camiseta. Quentin se quedó mirando las dos prendas preocupado, como si tuviera que resolver un problema.

—Voy a nadar —dije. Me encogí de hombros y procedí a desprenderme de la falda.

Quentin levantó la mano como un guardia urbano tratando de detener a un camión de la basura que estuviera a punto de bloquear la calle.

—Me refería a bañarnos vestidos.

Señalé mi sujetador.

—Yo estoy vestida.

De una patada, envié la falda con el resto de las prendas tiradas en la arena.

—Ya está. Preparada para nadar.

Alcé los brazos como si fuera la viva estampa de la tranquilidad y la seguridad en mí misma, pero era todo lo contrario. Sobre todo, por la manera en que Quentin me miraba.

—Estás en ropa interior.

Lo dijo como si esto lo confundiera. Como si hubiera pensado que sabía lo que iba a ocurrir, pero su mente no pudiera creer lo que le decían sus ojos.

—Decías que querías bañarte, y la verdad es que no me gustaría acabar en el fondo del océano por culpa de una falda de cuarenta metros de tela.

—Pero en *ropa interior*...

Apoyé las manos en las caderas.

—Si te hace sentir mejor, podemos llamarlo mi «bañador». Por otra parte, este bañador cubre más parte del cuerpo que algunos de los que he visto en la piscina.

Me dirigí hacia la orilla.

—¿Nos bañamos o no? —Quentin corrió detrás de mí—. Supongo que no permitirás que yo sea la única que se baña en ropa interior.

Eché una ojeada hacia atrás y comprobé que me había estado mirando el trasero.

Creo que, más que mis palabras, fue mi mirada en sus pantalones cortos lo que le hizo comprender a qué me refería. Se detuvo y se desabrochó los pantalones.

—¿Quién es la mala influencia ahora?

Me guiñó un ojo y arrojó los pantalones al montón de las prendas de ropa.

Hice lo posible por simular que no me fijaba en él, pero Quentin tenía razón. Podía engañarme cuanto quisiera, pero el hecho era que estaba caminando a mi lado cubierto únicamente con su ropa interior. Definitivamente, unos calzoncillos *no* son un bañador.

—Primero nos mojamos solo los pies, ¿vale?

Me sobresalté cuando la primera ola de agua fría me tocó los dedos de los pies.

—Por supuesto —dijo Quentin como si no hubiera razón alguna para dudar de él.

Pero inmediatamente me tomó en brazos, me cargó como un fardo sobre el hombro y corrió lo más rápidamente posible hacia el agua. Apenas tuve tiempo de gritar y darle algunos golpes en la espalda antes de que se adentrara lo suficiente como para que nos sumergiéramos en el mar.

Salí a la superficie escupiendo agua. Habíamos tragado tanta agua salada que me sentía parte del océano. Pero nos lo estábamos pasando tan bien que no pensé en la negrura del agua ni en los peligrosos animales marinos que podían estar merodeando por ahí. No noté que el agua estaba fría ni pensé que estaba nadando en ropa interior con un chico que también iba en ropa interior. En el océano Pacífico. De noche.

De modo que era esto lo que me había perdido. Ahora lo entendía. Ahora comprendía su importancia. La vida en la carretera con mi madre me gustaba. Formaba parte de mí, de todo lo que yo era. Pero esto... esto también podría formar parte de mí.

No me di cuenta de que temblaba y me castañeteaban los dientes hasta que Quentin me tocó la mandíbula. Dejó de salpicarme y de intentar hundirme, y en su rostro apareció una sombra de preocupación.

—¿Tienes frío?

Ahora que lo pensaba...

—Solo un poco.

Abrió los brazos y se acercó a mí. No era la primera vez que veía a Quentin mojado. No era la primera vez que lo veía en «bañador». Pero, a juzgar por lo seca que se me había quedado la garganta, era como si fuera la primera vez en todo.

—Suerte que estoy caliente —dijo. Me rodeó con sus brazos, primero con uno y luego con el otro, y me apretó contra su cuerpo.

Me acurruqué contra él. Esta vez el escalofrío que me recorrió la espalda no tenía nada que ver con el frío.

—Solo un poquito —dije.

Una carcajada sacudió el cuerpo de Quentin.

—Eres mala influencia y controladora del ego al mismo tiempo. Estoy fascinado.

—Sí. —Me apreté un poco más contra él y asentí con la cabeza—. Yo también.

La respiración de Quentin se aceleró. Notaba el movimiento cada vez más rápido de su pecho contra el mío. Pensé en la noche anterior y en lo que había estado a punto de ocurrir.

Esa noche no había madres o tías sobreprotectoras que nos interrumpieran. Esa noche estábamos los dos solos. Aparté un poco la cabeza y levanté el rostro hacia él. Sabía que estaba pensando lo mismo que yo. Noté sus manos en mi cintura, apretándose contra él. De su pelo mojado caían gotas de agua que resbalaban sobre sus labios. Creo que nunca he experimentado un momento tan perfecto como el de entonces, con el agua del océano hasta la cintura.

Lo abracé, con mis pulgares recorrí de arriba abajo el hueco de su columna. Ahora era él quien temblaba. Lo apreté contra mí, noté el calor de su piel contra mi piel. Su pecho se movía más rápidamente, arriba y abajo. Posó la mirada en mi boca y me peinó con los dedos las puntas del pelo mojado.

Y de repente, cuando inclinaba la cabeza hacia mí con un brillo de excitación en sus ojos verdes, algo nos pasó por encima. No era ese sentimiento cálido que yo esperaba sentir, sino más bien todo lo contrario.

La ola que nos cubrió nos pilló a los dos por sorpresa. Yo estaba de pie y en un instante la ola me arrastró debajo de la superficie y me arrojó a la orilla. Necesité unos segundos para saber lo que había pasado. Lo comprendí cuando vi a Quentin unos pasos más allá, en la misma posición que yo, tumbado en la arena y riéndose como si acabáramos de bajar de una nueva y estupenda atracción de Six Flags.

—¿Estás bien?

Sin dejar de reír, Quentin se acercó a gatas. Al ver que no me movía, su rostro adquirió una expresión preocupada.

—Ahora mismo no sé ni qué contestar.

Me puse de rodillas y sacudí la cabeza mientras de los oídos me caía un litro de arena, agua y sal.

Quentin se apresuró a llegar junto a mí y me aupó. Me apartó el pelo de la cara y me limpió la arena de la mejilla.

—No aprecio daños físicos —dijo.

Le di un ligero empujón. Me estaba reconociendo, sí, pero no precisamente en busca de daños

físicos.

Bajé la mirada para asegurarme de que todo lo que tenía que estar tapado seguía efectivamente así. Bien. Casi todo, pensé mientras me ajustaba un lado del sujetador.

—Es la segunda vez que intento besarte y algo me lo impide —dijo Quentin, y apartó de mi rostro otro mechón de pelo.

—¿Crees que el destino intenta decirte algo?

Acaricié con el dedo pulgar su mejilla medio cubierta de arena.

—Sí, eso creo.

Ladeé la cabeza y aguardé una respuesta.

Quentin dejó caer la cabeza junto a la mía.

—Pues replantéatelo.

Me tomó de la mano y me condujo de nuevo en dirección a la playa. Reprimí una sonrisa.

—O podría intentar decirnos que...

—No, de ninguna manera —me interrumpió Quentin mientras se encaminaba hacia las prendas de ropa que habíamos dejado sobre la arena.

—¿Por qué no?

—Porque somos tal para cual, Jane Abbott. —Señaló alternativamente a uno y a otro—. No tienes más que vernos.

Lo observé. Estaba cubierto de arena, tenía los calzoncillos pegados al cuerpo y enrollados en las piernas. Y yo no tenía mejor aspecto. Cubierta también de arena, con el pelo enredado alrededor del cuello, con la piel de gallina en todo el cuerpo.

—Somos tal para cual —dije. Iba a reír con él, pero me corté en seco cuando llegamos a la pila de prendas de ropa. Faltaba algo.

Mi ropa.

—Hum. ¿Adónde han ido a parar mi falda y mi camiseta de tirantes? —Inspeccioné el terreno de alrededor, pues pensé que tal vez un golpe de brisa marina la había arrastrado un poco más allá.

—No lo sé. Estaban aquí mismo.

Quentin me soltó la mano y se dispuso a recorrer la playa en busca de mis cosas.

—Mis cosas siguen aquí. Es muy raro.

Se detuvo y apoyó las manos en las caderas.

Yo seguía buscando frenéticamente, cada vez más lejos. De repente, algo junto a la fogata me llamó la atención. Vi la silueta de Ashlyn entre las sombras junto a la hoguera y habría jurado que vi cómo el último fragmento de mi falda era devorado por las llamas.

—Creo que sé lo que les ha pasado a mis cosas.

Me llevé las manos al estómago. No estaba segura de cuál era el sentimiento predominante, si la rabia o el pánico.

Quentin se puso a mi lado.

—¿Dónde? —preguntó, esperaba que yo le indicara el lugar.

Pero me limité a señalarle la fiesta.

—Alguien añadió un poco de combustible a la fogata.

Quentin solo necesitó un momento para entender lo ocurrido. Debió de ver también a Ashlyn allí de pie, con aire victorioso, como si acabara de conquistar el Imperio romano.

Agarró su ropa y me la tendió.

—Toma. Ya sé que te irán demasiado grandes, pero por lo menos está seca y te tamará.

Sacudí la cabeza. No quería su ropa.

—¿Y qué llevarás tú?

Quentin señaló sus calzoncillos mojados. Cuando me oyó suspirar alzó los brazos.

—¿Qué pasa? Es mi bañador.

—Si empleas esa lógica, yo también llevo el mío.

Quentin contempló mi «bañador» y tragó saliva.

—Sí, pero el tuyo cubre bastante menos que el mío. Y no quiero que nadie más te vea con él.

Me mordí el labio.

—No puedo creer que esa chica quemara mi ropa solamente porque he venido a la fogata contigo.

Quentin estrujaba su camiseta. Si yo no me la ponía, él mismo lo haría.

—Querías vivir la experiencia completa de una adolescente, ¿no?

Dejé que me pasara la camiseta por la cabeza e introduje los brazos por las mangas.

—Me pregunto si estaremos a tiempo de pedir la ración reducida.

Deslizó la camiseta sobre mi cuerpo y me guiñó un ojo. Me subí los pantalones cortos hasta la cintura y Quentin apretó el cinturón todo lo que pudo. Seguían siendo grandes para mí, pero cumplían su función.

Tiré de los lados de la camiseta para mostrar el ancho.

—Creo que aquí cabrían tres como yo.

Quentin me miró mientras contenía la risa.

—No tan rápido. Apenas puedo con una como tú.

Me pasó la mano sobre los hombros y nos dirigimos hacia el interior de la playa.

—Volvamos a casa antes de que sople una racha fuerte de viento y te lleve volando a Australia.

—¿Por qué vamos en dirección a la fogata en lugar de al aparcamiento? —pregunté.

La calidez de la ropa seca de Quentin casi me hizo suspirar de alivio. No era consciente del frío que había sentido.

—Tengo que hacer una cosa. Es un momento.

Ashlyn no nos quitaba la vista de encima mientras nos acercábamos caminando fatigosamente por la arena. Pero no era la única. Varios chicos miraban a Quentin con aprobación y la mayoría de las chicas se lo comían con los ojos. Era estupendo, porque nadie me miraba a mí.

—Bonita vestimenta.

Supongo que ella sí que me estaba mirando. Me encogí de hombros y me recordé que debía mantener la calma frente a Ashlyn.

—Gracias —respondí.

Me miró como si fuera una boba que no se enteraba de nada, y supongo que así era en lo que respectaba a la malicia.

Quentin se detuvo frente a Ashlyn.

—La próxima vez que quieras quemar la ropa de alguien, quema la mía. Deja a Jade fuera de esto.

Ashlyn se inclinó hacia Quentin y puso mala cara al ver que me agarraba de la mano como si

tuviera miedo de que me soltara.

—¿Y qué pasa si no lo hago? ¿Es una amenaza?

—En absoluto.

Ashlyn cruzó los brazos sobre el pecho y se quedó mirándolo.

—Solo quería advertirle de que vigilara con quién sale. Salir contigo no trae más que problemas. —Hizo una pausa antes de añadir, con los ojos echando chispas—: Y, si no, pregúntaselo a Blaire.

Quentin tardó unos segundos en reaccionar. Luego miró a Ashlyn a los ojos.

—A Blaire no tengo que preguntarle nada. Sé exactamente lo que piensa de lo ocurrido. Lo dejó perfectamente claro.

El rostro de Ashlyn se quedó sin expresión, como si estuviera procesando la respuesta. Y no vi lo que ocurrió a continuación porque acto seguido Quentin me sacó de la fiesta haciendo caso omiso de los silbidos y los piropos que le lanzaban sus amigos.

—¡Jade!

Mi nombre sonó a nuestras espaldas.

Era Zoey, que se acercaba corriendo a nosotros. Llevaba en la mano algo que a mí se me había olvidado por completo.

—Oh, Dios mío —dije—. Muchas gracias.

Con un suspiro de alivio recogí mi móvil de sus manos. La batería había muerto, pero por lo menos el teléfono estaba de una pieza.

—Sí, logré quitárselo antes de que corriera la misma suerte que tu ropa. —Zoey arrugó la nariz—. Lo siento mucho. Habría salvado el resto si hubiera visto cinco segundos antes lo que se disponía a hacer. —Suspiró, como si tuviera la culpa de lo ocurrido—. Vaya una amiga, ¿no?

Sacudí el móvil delante de Zoey. No había que olvidar que rescatar mi teléfono de la hoguera probablemente le habría costado la eterna enemistad de Ashlyn. Le di un abrazo.

—Vaya una amiga —dije.

Acto seguido, Quentin y yo nos dirigimos al aparcamiento.

Salimos con la camioneta en silencio. Sin dejar de mirar al frente, Quentin puso en marcha la calefacción, hasta que el interior de la camioneta pareció una sauna, y me pasó su cargador. Enchufé mi móvil y esperé a que se encendiera.

—¿Quién es Blaire? —pregunté cuando faltaban unos minutos para llegar a casa.

Quentin me echó un vistazo; su cara decía: «¿De verdad?». Cuando me quedé en silencio, se dio cuenta de que esta vez no lo dejaría estar.

—Era mi chica en mi antiguo colegio.

Parecía tan rígido y poco natural como un robot.

—¿Ibais en serio o no demasiado?

Quentin movió el cuello para hacer crujir las vértebras.

—Bastante en serio.

Me mordí el labio. Sabía que Quentin no quería hablar del tema, pero era necesario.

—Pero ya no vais en serio, ¿no?

Quentin soltó un gemido.

—Por Dios, no.

Giré el cuerpo en el asiento para quedar frente a Quentin.

—¿Qué ocurrió?

Nunca había visto tantas emociones reflejadas en el rostro de una persona, todas al mismo tiempo.

Transcurrió por lo menos un minuto antes de que Quentin respondiera.

—La vida.

Apreté los puños.

—Esta no es una respuesta, Quentin.

—Ella veía las cosas de una forma, yo las veía de otra —respondió secamente él—. De modo que cada cual siguió su camino.

Antes de que yo pudiera insistir, llegamos a nuestra calle. Supe que algo iba mal antes de entrar en el camino de casa de mis tíos. Había luces encendidas y detrás de las cortinas del ventanal se veían sus sombras yendo arriba y abajo. Observé que había también otra ventana con las luces encendidas: la mía. Como a propósito, mi teléfono volvió a la vida en ese momento y aparecieron un montón de mensajes de texto y de llamadas perdidas. Todos los mensajes eran de mi tía, y todos de preocupación. Me había metido en un buen lío.

—Entraré contigo y se lo explicaré.

Quentin iba a abrir la puerta del jardín, pero lo agarré del brazo y se lo impedí.

—¡No! —grité. Eché un vistazo a sus calzoncillos. Durante el trayecto en la camioneta, se le habían subido las perneras—. Mejor que entre yo sola. —La cabeza me daba vueltas solo de pensar en cómo explicaría eso a mis tíos—. Esto es un desastre.

Ya me imaginaba qué conclusión sacaría mi tía.

—Escucha, deja que hable con ellos. Estoy seguro de que lo comprenderán cuando sepan lo que ha ocurrido.

Puse tal cara de asombro que las cejas me llegaban al nacimiento del pelo.

—Estamos hablando de mi tía, una mujer cuyo mayor temor es que me quede embarazada y destroce mi vida para siempre si un chico me mira más de la cuenta.

Quentin suspiró y se frotó la frente.

—Hemos ido a una fogata en la playa. No hemos bebido. Maldita sea, si ni siquiera nos hemos besado, a pesar de mis esfuerzos, y hemos vuelto a casa a las once de la noche. —Señaló la hora que marcaba la radio de su camioneta—. ¿De verdad pueden considerarlo irresponsable, temerario y un intento de destrozar tu vida?

—¡Estás en calzoncillos, Quentin! Y estoy segura de que se darán cuenta de que la ropa que llevo no es mía.

Hice una mueca de angustia al ver que mi tía levantaba los brazos.

—Durante el próximo mes y medio me estarán recriminando que me haya escapado y ni siquiera me darán la oportunidad de explicar lo que hemos hecho esta noche.

—Sí, para empezar tal vez habrías debido avisarlos de que te ibas en lugar de marcharte a escondidas.

Quentin, a mi lado, contemplaba la escena que se desarrollaba dentro de la casa.

—Claro, y me habrían encerrado en mi habitación todo el verano y habrían escondido la llave.

Apoyé la mano en la manija de la puerta del jardín. Estaba aplazando lo inevitable.

—Te enviaré un mensaje más tarde. Si todavía puedo usar el móvil, de lo que no estoy nada segura.

Abrí la puerta y Quentin se retiró compungido.

Puso la marcha en la camioneta con aire dudoso, como si no estuviera seguro de que pudiera dejarme sola.

Seguía sentado en la camioneta cuando subí los escalones del porche y busqué las llaves que mi tía escondía siempre en uno de los maceteros. Pero no me hicieron falta.

La puerta se abrió de golpe y me encontré con mis tíos, que me miraban boquiabiertos, como si me hubiera presentado sobre una moto y con un cigarrillo colgando de los labios.

—¿Dónde has estado, por el amor de Dios?

Tío Paul fue el primero en hablar. Me agarró para meterme en la casa o algo así. No estaba segura de para *qué* más. Era un terreno desconocido para mí.

—Estaba en la playa —dije, y me sentí muy pequeña, aplastada por la forma en que me miraba mi tía. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, como si se hubiera pasado horas llorando—. Había una fogata, y un montón de gente.

—¿Una fogata? ¿Un montón de gente?

Tío Paul tenía la cara colorada como un pimiento, los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas y las venas del cuello estaban a punto de estallar.

—¿Y por qué vas vestida como si pertenecieras a una pandilla?

Tío Paul señaló mi atuendo: la camiseta hasta las rodillas, los pantalones tan anchos que parecían a punto de caerse. Parecía que fuera culpable de un delito.

—Fui a nadar —expliqué. Me detuve un instante, para pensar cómo explicar lo que venía después—. Luego mi ropa desapareció y alguien ha sido tan amable de dejarme la suya.

Me pareció que lo había explicado bastante bien. Sin embargo, mis palabras tuvieron el efecto de hacer que mis tíos abrieran todavía más la boca.

—A ver si lo he entendido, porque no empleo bien la lógica cuando la sobrina de la que soy responsable ha desaparecido sin decirnos a mí o a su tía dónde está.

Tío Paul caminaba ahora de un lado a otro y tiraba de su corbata como si lo asfixiara.

—¿Te quitaste la ropa para nadar?

Puesto que todo lo que yo decía parecía irritarle, decidí responder solamente con gestos. De modo que asentí con la cabeza.

—Supongo que lo habías previsto y te habías llevado un bañador.

Me mordí el labio inferior y me encogí de hombros.

El rostro de tío Paul se puso de un rojo escarlata.

—¿Debo entender que fuiste a nadar, en ropa interior, con un «montón de gente»?

—¡No! ¡Nada de eso! —exclamé cuando comprendí a qué se refería—. Fui a nadar con una sola persona. Todos los demás estaban en la fogata, bastante lejos.

Pero, en lugar de tranquilizarlo, mis explicaciones tuvieron el efecto contrario.

—¿Y esa persona era una chica? ¿O un chico?

Mi tía se tapaba la boca con las manos y mi tío daba tirones a su corbata.

—¡No, no era eso! Fue...

—Fue conmigo, señor Davenport.

Quentin estaba en la entrada, todavía mojado, todavía vestido solo con los calzoncillos.

—Jade fue a nadar conmigo.

Cerré los ojos. Aunque Quentin pensaba que así me estaba ayudando, lo cierto era que eso lo

hacía un millón de veces peor.

—Eres el nuevo vecino, el que vive unas casas más allá, ¿verdad?

Quentin asintió y avanzó unos pasos.

—¿Crees que puedes aprovecharte de una chica inocente, pasarlo bien y luego romperle el corazón cuando has conseguido lo que querías? O, peor aún, ¿dejarla embarazada para que tenga que salir adelante sola con su bebé?

Sentí la furiosa necesidad de defenderlo.

—Tío Paul —dije entre dientes.

Quentin enderezó la espalda y miró a mi tío a los ojos, sin pestañear.

—Yo no soy ese tipo de persona —dijo.

Tío Paul resopló como si hubiera oído un chiste.

Yo di un paso y me situé delante de él.

—En total te habré visto veinte minutos este verano, tío Paul. No puedes gritar a Quentin y acusarlo de cosas horribles cuando no lo conoces, y no puedes acusarme a mí de cualquier cosa cuando no te has tomado la molestia de conocerme. Así que no me vengas con discursos sobre responsabilidad. —Me escocían los ojos. Me rodaban lágrimas por las mejillas—. No estaba haciendo nada malo, nada ilegal, nada que pudiera ponerme en la misma situación que a mi madre.

Tío Paul me habló como si escupiera cada palabra.

—Te escapaste de casa, Jade. Dejaste una nota diciendo que te ibas a la cama, arreglaste tu cama para que pareciera que estabas durmiendo cuando tu tía subiera a verte. No respondiste a nuestras llamadas cuando intentamos averiguar por qué habías desaparecido de esta manera. —Tío Paul mostró la nota que había dejado en la mesa, como si fuera mi veredicto de culpabilidad—. ¿Te parece que esto es no hacer nada malo?

—Yo..., no, tienes razón. No debería haberlo hecho, y lo siento, pero no he hecho lo que pensáis.

Miré a Quentin, que se mordía la parte interna de la mejilla para obligarse a no decir nada.

—No debería haberme escapado de casa, pero sabía que no me dejarías marchar si salía con Quentin.

Miré a mi tía. Estaba sentada en el borde del sofá, con la mirada clavada en la alfombra, como si se sintiera totalmente perdida.

—Lo siento.

Mi tía asintió y me miró.

—Esta noche tenías que quedarte a cuidar de las niñas. —Hizo una pausa, para que pudiera recordar. Se me encogió el estómago, porque me vino a la memoria algo que era muy importante—. Tu tío y yo íbamos a cenar y a un espectáculo. La semana pasada te pregunté si podías cuidar de las gemelas y me dijiste que sí.

Me di cuenta de repente de que mi tía se había puesto elegante. Llevaba zapatos de tacón. Y tío Paul le había regalado un ramo de rosas. No me hacía falta mirar su agenda para saber que hacía tiempo que tío Paul no salía con ella. Y yo era la responsable de estropearles esa cita. De estropearle esa cita a mi tía.

—Lo había olvidado —lo dije bajito, como un suspiro. Yo siempre había sido responsable, organizada, y jamás me había olvidado de algo tan importante—. Lo siento muchísimo, tía Julie. No puedo creer...

—Un momento.

El rostro ceñudo de Quentin apareció en mi campo visual.

—¿De modo que esta noche tenías que haber estado cuidando de tus primas?

Se quedó esperando a que lo confirmara con mi respuesta.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Asentí débilmente.

—Lo olvidé. Lo olvidé por completo.

—No puedes olvidarte de algo así, Jade. Son niñas pequeñas..., son de tu familia. Si dices que te quedarás para cuidarlas, tienes que cumplirlo. —Ahora era él quien me regañaba, y me miraba como si le hubiera fallado—. No puedes eludir así tus responsabilidades.

Me tapé los ojos con las palmas de las manos y sacudí la cabeza. ¿Qué ocurría? ¿Por qué estaba Quentin tan enfadado conmigo?

—Ya lo sé, Quentin. Ya lo sé. No intentaba olvidarlo. No lo he hecho a propósito.

Quentin movió la cabeza a un lado y a otro y dio unos pasos hacia la puerta de entrada.

—Esto no es excusa, Jade. Había alguien que contaba contigo para que estuvieras aquí. Y no estabas. El por qué no importa.

No dijo nada más. No me dijo adiós con la mano ni levantó el dedo medio; ni siquiera me miró, lo que era incluso peor. Simplemente se marchó y me dejó preguntándome qué demonios pasaba. No solo en su vida en ese momento, sino en la mía.

Capítulo catorce



De modo que estaba castigada. Para mí, un concepto nuevo que, además, no tenía ganas de conocer.

Después de la noche en que les fallé a mis tíos, y desde luego también a Quentin, pensé que por lo menos una persona se pondría de mi parte. Pero no del todo. Mamá no me soltó una bronca como la de tío Paul y tía Julie, pero me dio la «charla» más seria que me había dado nunca. Cuando le recordé que ella misma me había animado a disfrutar de ese verano y a saltarme un poco las normas, me cortó en seco y me dijo que una cosa era bañarme en ropa interior en la piscina de una amiga y otra muy distinta salir a escondidas de la casa, bañarme en el mar en ropa interior con un chico al que conocía desde hacía un mes y hacer caso omiso de las angustiadas llamadas y los mensajes de texto de mi tía.

Vale. Por lo menos ahora tenía una clara definición de lo que eran una y otra cosa. Eso me facilitaría las cosas para cuando, dentro de cien años, me permitieran tener un resquicio de libertad.

Esa semana solamente podía salir de casa para ir al trabajo. Y era tristísimo desear que llegara mi turno de seis horas de trabajo para poder sudar y servir bolas de helado.

Quentin y yo habíamos trabajado en turnos distintos toda la semana. Únicamente lo vi en una ocasión, cuando yo salía del trabajo con Limón, esa especie de bici, y él llegaba con su camioneta. Lo saludé con la mano, pero no me vio. O fingió que no me veía, no estoy segura.

Yo no sabía cómo interpretar la situación. Quentin se había portado bien conmigo en todo. ¡Por el amor de Dios, si entró en calzoncillos en el salón de mis tíos para apoyarme! Pero al saber que me había olvidado de que debía cuidar de mis primas, cambió de bando. Por supuesto, yo también estaba disgustada conmigo misma y me sentía una mierda, pero no esperaba de su parte una reacción tan extrema. Tal vez porque estaba acostumbrado a cuidar de sus hermanos y no entendía que alguien se olvidara de hacerlo una noche. O tal vez por otro motivo, pero yo no lo sabría nunca si no me lo explicaba.

Después de que no me contestara al primer y único mensaje de texto que le envié a la mañana

siguiente, donde le decía que lo sentía mucho y le preguntaba cómo estaba, capté la indirecta. Ahora intentaba dejarlo tranquilo. Pero no podía arrepentirme de nuestro baño en el mar y de nuestro casi primer beso. ¿Cómo llegamos desde nuestra zambullida en el mar hasta esta situación?

—Oh, vaya. Aquí está mi club de fans —le susurré a Zoey.

Intenté hacer caso omiso del trío de chicas que entraba, pero ellas no querían ignorarme. Su objetivo era hacerme sentir lo más incómoda posible.

Zoey suspiró. En ese momento estaba marcando en la caja la cuenta de una mamá con cinco criaturas que provocaban el caos a su alrededor.

—Ashlyn es incansable. Tanto si quiere algo como si desea destruir a alguien.

Forcé una sonrisita mientras servía el pedido.

—Gracias por la advertencia. Siempre sabes exactamente lo que tienes que decir para que me sienta mejor.

Zoey le entregó el cambio a la mamá, que parecía estar contando los minutos que faltaban para irse a dormir, a pesar de que eran solamente las once de la mañana. A mí me ocurría lo mismo.

Decidí no hacer caso de las miradas furibundas de Ashlyn y sus amigas. Afortunadamente, mi turno casi había terminado. Era curioso lo rápido que se me pasaban los turnos ahora que constituían mi único momento de libertad. Era alucinante, pero estaba deseando que Janet se sintiera agobiada y me rogara que me quedara unas horas más.

Hacía unos minutos que se había acabado mi turno, pero yo seguía allí, limpiando los mostradores por tercera vez. Zoey se dio cuenta, porque me quitó de la mano la botella de espray.

—Muchacha, se acabó tu turno. ¿Por qué te ha entrado esta obsesión por limpiar?

Eché un vistazo al reloj que pendía sobre la puerta. Quentin nunca llegaba tarde al trabajo.

Zoey me leyó el pensamiento.

—Ha cambiado sus turnos. Te lo digo por si te estás preguntando qué pasa —añadió, ante mi mirada de extrañeza.

—¿Y por qué lo ha hecho? —pregunté, como si ella pudiera saberlo.

Zoey se mordió el labio inferior.

—Me parece que eso lo sabrás mejor que yo.

Me sentía confusa y desanimada, y me apoyé sobre el mostrador.

—Me está evitando.

—¿Eso crees?

Zoey se puso a hacer cosas, fingiendo que tenía muchísimo trabajo.

—¿A ti te ha dicho algo?

Negó con la cabeza.

—No, pero es como si hubiera pasado algo entre vosotros, ya sabes. Espero que lo arregléis, sea lo que sea. Porque creo que hacéis una buena pareja.

Eso hizo que me sintiera todavía peor que antes, pero le dediqué una sonrisa.

—Gracias, Zoey.

Me acerqué a darle un abrazo y ella me lo devolvió con una carcajada.

Había hecho amistades por todo el mundo, pero esto era otra cosa. El tiempo marca una diferencia en la hondura de la amistad. Ahora empezaba a entender lo que me había perdido estos años viviendo en la carretera: amistades que iban más allá de pasarlo bien un rato y echar unas

risas.

Antes de marcharme de la piscina eché un vistazo a los turnos y vi que Quentin había cambiado su turno de dos a seis por el de tres a siete de Zach. Me pregunté si este cambio tenía algo que ver con el hecho de que mi turno terminara a las dos. O a las dos y diez, cuando me obligué a marcharme.

Tía Julie conocía mis horarios y el tiempo que tardaba en ir en bici del trabajo a casa, de modo que debía darme prisa si no quería que me sometieran a un juicio sumarísimo por llegar a casa unos minutos tarde.

Puaj. Estar castigada era horrible.

Llegué a casa empapada en sudor. Notaba las gotas que me rodaban por las sienes. Me daría una ducha y pasaría el resto del día sin nada más que hacer. Estaba deseándolo. O no.

Cuando subí a casa desde el garaje, encontré a tía Julie sentada frente a la mesa de la cocina, totalmente inmóvil y de cara a la pared, como si estuviera teniendo una conversación consigo misma.

Al oírme, salió de su trance.

—¿Jade? —Giró el cuerpo hacia mí en la silla—. ¿Qué tal el trabajo?

—Estupendo. Lo mejor del día —dije—. Si me permites, me encerraré en mi celda el resto del día. En mi cuarto, quiero decir.

—Jade...

—No pasa nada, tía Julie. La he fastidiado. Lo entiendo.

—Estamos intentando arreglar esto, ¿sabes? Deberíamos hablar de ello...

Yo ya estaba saliendo de la cocina.

—Si me necesitas, estoy en mi cuarto.

—¿Quieres venir a la tienda de comestibles conmigo y con las niñas cuando las recoja de su clase de violín?

Sentí una punzada de culpabilidad. Tía Julie había confiado en mí, y yo me consideraba una persona de fiar, pero ahora ya no estaba tan segura.

—Estoy bien, pero gracias.

Subí deprisa la escalera, antes de que me pidiera si más tarde quería pelar zanahorias con ella. Tía Julie intentaba establecer una relación conmigo, intentaba arreglar las cosas tras nuestra confrontación en el salón, pero yo todavía no estaba segura de querer su perdón.

Me duché, leí un rato y después de cenar escribí un rato. Mamá había intentado llamarme varias veces, pero yo dejaba que saltara el contestador. A la tercera llamada, renunció y me envió un mensaje de texto.

«Te quiero, pase lo que pase», decía el mensaje. Y yo me puse a berrear como una niña pequeña. Estaba enfadada con ella porque se había puesto de parte de mis tíos. Era *mi* madre, se suponía que estaría siempre de mi parte. Y era la que prácticamente me había ordenado que aprovechara el verano y que no lo pasara encerrada en mi cuarto leyendo y escribiendo, como ahora. Fue idea suya que incumpliera algunas normas, y ahora se comportaba como si hubiera infringido todas las leyes.

No contestar a sus llamadas era mi lamentable manera de hacerle saber que estaba disgustada. Ella seguía llamándome y escribiéndome para hacerme saber que no le importaba que me hubiera enfadado.

Eran ya las nueve cuando noté la mano tan cansada que no podía seguir escribiendo palabras sin correr el riesgo de que se me cayera la mano al suelo. Hacía una buena noche, de modo que abrí la ventana para que entrara aire fresco.

Me asomé y eché un vistazo a la casa de los Ford, un poco más allá.

Parecía excepcionalmente silenciosa. Sobre todo, para un viernes por la noche. El jardín estaba recogido, sin juguetes tirados por el suelo, y, en lugar de estar todas las habitaciones iluminadas, se veía una sola luz.

Ví la camioneta de Quentin aparcada en el jardín, pero el coche monovolumen de sus padres no estaba. A lo mejor la familia se había ido. A lo mejor se estaban mudando porque no soportaban vivir cerca de alguien tan irresponsable como yo.

Estaba tan centrada en compadecerme de mí misma que por poco paso por alto a una figura familiar que se debatía en el jardín con lo que parecía una sillita infantil. Me asomé un poco más. Quentin estaba hablando por teléfono. Solo distinguí unas palabras, y el tono sonaba angustiado. Dijo algo sobre Lily y urgencias y volvió corriendo a la casa.

Entonces tomé una decisión impulsiva. Una de esas decisiones que tomas sin pensar, cuando solamente actúas. La angustia que percibí en la voz de Quentin me asustó. Nunca lo había visto perder la calma, ni siquiera cuando rescató al niño de la piscina.

Me di cuenta de que me había dejado los zapatos cuando bajaba por el canalón del desagüe. Ya no era posible regresar a mi habitación. Y cuando por fin llegué al jardín me di cuenta de que iba vestida con el pijama. No tenía una chaqueta ni un albornoz ni una sudadera para cubrir los pantaloncitos cortos y la camiseta de tirantes de algodón que me había puesto al salir de la ducha.

Y no llevaba el móvil encima.

Fantástico. ¿Cómo se suponía que volvería a mi habitación? Tío Paul y tía Julie habían cambiado de sitio esa llave tan práctica que dejaban fuera para casos de emergencia... y no dijeron dónde la guardaron.

¿Había sido una muy mala idea? Encantada de conocerte, Jade Abbott. Estoy convencida de que seremos grandes amigas.

No había ninguna luz encendida en la habitación de mis tíos. Probablemente, tía Julie se habría metido en la cama y tío Paul estaría en el trabajo. Si me pillaban..., no quería pensar en ello.

Llegué frente a la casa de Quentin y me quedé un minuto en la acera para asegurarme de que no había nadie más en la casa. No sabía con seguridad si Quentin había contado a sus padres lo sucedido la noche de la fogata en la playa. De todas formas, que fuera a buscar a su hijo por la noche, en pijama y descalza, no era la mejor manera de convencerlos de la inocencia de mis intenciones.

Pero no pasó nadie más por delante de la ventana del salón y no se encendieron más luces. No había nadie más en casa. Eso esperaba.

Subí sin hacer ruido los escalones del porche y, haciendo de tripas corazón, golpeé la puerta con los nudillos.

Oía ruidos de fondo, pero no podía determinar a qué correspondían. Como nadie venía a abrirme, volví a llamar, esta vez más fuerte.

Oí unas pisadas rápidas que se acercaban.

Cuando se abrió la puerta de golpe, no sé quién se sorprendió más, si Quentin o yo.

—¿Jade? —Me escrutaba como si no estuviera seguro de que fuera yo—. ¿Qué haces aquí?

Me mordí el labio inferior. Creí que mis razones serían evidentes, pero al parecer no era así. Mientras pensaba cómo contestar, un sonido ronco como un ladrido surgió de su pecho. O, por lo menos, de lo que sostenía contra su pecho.

—¿Qué le ocurre a Lily? —pregunté. Al fin entendía su expresión de angustia.

—No lo sé. Está enferma. Esta tarde solo tenía un poco de tos y mocos, pero ahora se ha convertido en esto.

Quentin tenía el móvil pegado a la oreja. Cuando saltó el contestador, gimió de impotencia.

—¿Dónde están tus padres?

Entré en la casa. Lily tuvo otro acceso de tos y Quentin empezó a pasearla por el salón. Le daba palmaditas en la espalda, la acunaba, intentaba tranquilizarla con arrullos. Si Lily no hubiera estado tan enferma, habría sido la estampa más tierna que había visto en mi vida.

—Se fueron con mis hermanos para un paseo en barco de un día y una noche. Lily y yo también íbamos a ir, pero se puso enferma y me pareció que era mejor que nos quedáramos. Así que están todos fuera, y ahora no puedo localizar a nadie.

Quentin exhaló todo el aire con fuerza y arrojó el móvil al sofá cuando una nueva llamada fue a parar al buzón de voz.

—De acuerdo, de acuerdo. Cálmate. Todo irá bien.

Cerré la puerta y empecé a barajar posibilidades.

—Los bebés enferman continuamente, es su manera de reforzar el sistema inmunitario. Lo más probable es que esté luchando contra algún virus.

Quentin asintió, pero su expresión aún era de angustia.

Miré alrededor. Había todo tipo de objetos desperdigados por el salón, desde un termómetro hasta chupetes y animalitos de peluche. Quentin había intentado calmar a Lily por todos los medios, pero era evidente que no lo había logrado. Entre acceso y acceso de tos, Lily lloraba, y unas enormes lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¿Qué temperatura tiene?

Le puse el dorso de la mano en la frente. Estaba caliente, pero no ardía.

—Hum, veamos. —Quentin se dirigió a la mesita de centro, donde había un bolígrafo y un pedazo de papel—. Hace media hora tenía 38,7° C. Hace una hora que le di un poco de paracetamol infantil para bajar la fiebre.

Lily empezó a llorar y a toser de nuevo cuando Quentin intentó que se recostara en sus brazos, de modo que volvió a colocarla en posición erguida contra su pecho.

—No sé qué hacer, Jade. Iba a llevarla a urgencias, pero no quiero hacerlo hasta que no sea absolutamente necesario, porque Dios sabe la mierda y los gérmenes que hay en estos sitios.

Apoyó la espalda en la pared. Parecía exhausto. Y muy asustado.

—No sé qué hacer. *Debería* saber qué hacer.

Vale. Piensa, Jade, piensa.

—Fiebre alta. Una tos fuerte que suena muy rara. Respiración sibilante —enuncié. Tenía la solución en la punta de la lengua—. Crup. —Ya lo tenía—. Creo que Lily tiene crup.

Quentin me miraba con asombro.

—¿Crup?

—Es un virus. Muchos niños y bebés se contagian de él. Siempre provoca esa horrible tos. Sus cuerdas vocales se estrechan o algo así.

Lily empezó a toser de nuevo. Parecía que fuera a sacar los pulmones por la boca.

Quentin hizo ademán de buscar el teléfono, pero lo interrumpí.

—¿Cuál es el cuarto de baño con ducha más cercano?

—¿Cómo?

Quentin seguía dándole palmadas a Lily en la espalda, como si quisiera a un tiempo tranquilizarla y desprenderle esa mierda de los pulmones.

—Una ducha. El vapor ayuda a relajar las cuerdas vocales y hace que les sea más fácil respirar.

Quentin se me quedó mirando como si le hablara en chino.

—Quentin —dije—. Escúchame. Cuarto de baño. Ahora mismo.

Tragó saliva y me miró fijamente mientras sostenía con fuerza a Lily, que seguía llorando y tosiendo. Nunca en mi vida había visto a alguien tan vulnerable. Y no estaba segura de verlo en un futuro.

—En el piso de arriba. Primera puerta a la izquierda.

Subí corriendo la escalera. Quentin me seguía. En cuanto entré en el cuarto de baño, abrí al máximo el grifo del agua caliente. Cerré la puerta detrás de Quentin y me aseguré de que la ventana estuviera bien cerrada.

—La tos empeorará un poco al principio, pero luego mejorará. Tienes que confiar en mí.

Quentin se limitó a asentir. Se quedó en el centro del cuarto de baño, contemplando el vapor que brotaba de la ducha. Cuando la tos de Lily empeoró, Quentin cerró los ojos y apretó las mandíbulas mientras la acunaba con ternura en sus brazos. Era como si le estuvieran clavando clavos en los dedos de los pies, uno detrás de otro.

—Shhh, cariño, te pondrás bien.

Acaricié el bracito de Lily, que se movía frenéticamente mientras ella jadeaba en busca de aire.

La tos de Lily solo tardó dos minutos en mejorar. Sin embargo, esos dos minutos nos parecieron horas.

—Ya estás mejor, ¿verdad que sí?

Le sonreí a Lily. Había dejado de llorar y miraba sorprendida a su alrededor, sin entender lo que era el vapor.

Quentin la observaba conteniendo el aliento por si volvían los ataques de tos. Al ver que la niña sonreía tímidamente y hacía ademán de atrapar el vapor que flotaba en el cuarto, en su rostro apareció una expresión de alivio.

—Gracias a Dios —dijo con un suspiro.

Su cuerpo se relajó. Luego se volvió hacia mí. Fruncía el entrecejo y sus ojos verdes no chispeaban como solían cuando me miraba, pero aun así sentí su mirada en cada terminación nerviosa.

—Muchas gracias.

Me encogí de hombros.

—Me alegro de haber sido de ayuda.

—¿Cómo sabías lo que había que hacer? —me preguntó—. ¿Cómo podías saber lo que tenía?

Me apoyé en la encimera junto a él.

—Ya te lo dije. Era la niñera oficial de las Shrinking Violets. He visto prácticamente todos los

virus, gérmenes y bacterias de los que se puede contagiarse un crío. El crup no se olvida fácilmente debido a esa tos tan fea. Suena como una foca con laringitis.

Quentin esbozó una media sonrisa.

—Suena así, exactamente.

Rio suavemente al ver bostezar a Lily.

—A mí me pasa lo mismo —dijo. Y bostezó a su vez.

—Deberías descansar. Probablemente la tos vuelva en las próximas noches. Me iré y te dejaré dormir mientras puedas.

—¿Te importaría quedarte?

La pregunta de Quentin me detuvo cuando me encaminaba a la puerta. En su rostro se dibujaba la angustia.

—Perdona, salvo que tengas otros planes para esta noche.

Señalé mi pijama.

—¿Te parece que tengo otros planes?

Una suave carcajada resonó en su pecho.

—No te he enseñado nada —dijo.

Yo sonreí. Estaba dudosa. De nuevo había salido a escondidas de casa, cuando en teoría estaba castigada y me habían dicho expresamente que no se me ocurriera ir a ninguna parte. Estaba a solas con Quentin, el chico que, a ojos de tío Paul, solo quería dejarme embarazada y salir corriendo.

Si no quería meterme en líos, lo mejor sería marcharme antes de que me pillaran. Y no quería meterme en líos, me importaba obedecer a mi tía, pero todavía me importaba más hacer lo correcto. Y, por la razón que fuera, sentía que lo correcto era quedarme con Quentin.

—De acuerdo —dije mientras me acomodaba.

Quentin había empezado a adormecerse cuando la ducha se quedó sin agua caliente, pero cuando cerré el grifo se despertó de golpe, como si hubiera hecho sonar una trompeta junto a su oído.

—¿Qué pasa?

Parpadeó varias veces. Estaba totalmente despierto. Impresionante. Parecía que tuviera mucha experiencia en despertarse de repente en mitad de la noche.

—Nada. Se ha terminado el agua caliente.

Quentin miró preocupado a Lily, que dormía en sus brazos.

—No pasa nada. Salgamos un rato fuera —dije con toda la calma que pude reunir—. El aire fresco de la noche también es bueno para su respiración.

Quentin miró a la niña dormida.

—¿Sí?

Abrí la puerta y le hice una señal para que saliera.

—Sí.

Al llegar a la planta baja, Quentin se encaminó al jardín. Le abrí la puerta corredera, recogí un par de mantas del salón y fui detrás de él.

Se sentó en uno de los sofás exteriores y yo le acerqué una de las mesitas auxiliares para que pudiera apoyar los pies encima. Ahora que su organismo ya no recibía adrenalina, parecía agotado.

—Puedes dormirte. Yo cuidaré de la niña si quieres.

Me senté junto a él, más cerca de lo que pretendía.

—Te prometo que puedo cuidar de una personita.

Quentin debió de percibir el tono de queja en mi voz porque exhaló un suspiro y miró al cielo.

—Sí, con respecto a eso —dijo lentamente—. Lo siento. No tenía nada que ver contigo. Fue culpa mía.

—No, fue culpa mía y solamente mía. Tenías razones para enfadarte. Mis tíos tenían razón.

Sacudí la manta y la extendí sobre Lily, que dormía acurrucada sobre el pecho de Quentin.

—Metí la pata hasta el fondo.

Quentin ahogó una carcajada.

—No creo que fuera una metedura de pata tan grande.

Extendí la otra manta sobre el regazo de Quentin y el mío y me puse como él a mirar el cielo.

—Pues esta semana pasada parecías pensar que sí.

Quentin no respondió. Lo miré por el rabillo del ojo.

—Ya sabes, algunas cosas que te pasan en la vida hacen que te vuelvas, no sé, extrasensible.

—Tragó saliva—. Hacen que sientas algunas cosas más que los demás, ¿sabes?

—¿Sí?

Alzó el hombro que rozaba con el mío.

—Bueno, pues este es mi punto débil. No estar en el lugar en que se supone que tienes que estar. Fallarle a alguien cuando te necesita.

Asentí como si entendiera, pero no estaba segura de entender lo que quería decir. Quentin tenía a sus padres; ninguno de los dos huyó de sus obligaciones cuando él tenía el tamaño de una lenteja en el vientre de su madre. Por la forma en que hablaba de ello, comprendí que la sola idea lo horrorizaba.

—No suelo ser así —dije—. Normalmente soy todo lo contrario.

—Ya lo sé. Eres la persona más responsable que he conocido; la persona a la que estoy intentando convertir en irresponsable.

Me miró de reojo y yo hice lo mismo. Sonreímos como si nos hubieran pillado.

—Es culpa mía. Si tienes que señalar a alguien, ese soy yo.

Me coloqué de costado, y miré a Quentin.

—Y tú eres la persona más responsable que he conocido, pero intentas con todas tus fuerzas fingir que eres irresponsable.

Quentin rio quedamente.

—Vaya, te has dado cuenta.

Bajé la mirada para contemplar a Lily, profundamente dormida sobre su pecho.

—Hace unas semanas nada más.

Arrojé a Lily con la manta.

—Una persona responsable que intenta convertir a otra persona responsable en irresponsable es un asunto que no puede acabar bien.

Hasta la sonrisa de Quentin evidenciaba su cansancio.

—¿Puedes culparme de ello? —Me miró enarcando una ceja—. Tienes el mundo en tus manos. Yo tengo que vivir indirectamente a través de ti.

Lo miré con asombro.

—¿De qué estás hablando? Tú también tienes el mundo en tus manos.

—Es curioso, porque más bien me parece que el mundo me ha puesto la mano en la garganta y está apretando lentamente.

Quentin se colocó una mano en la garganta a modo de demostración.

—No tengo ni idea de lo que hablas.

Solté una carcajada al ver que sacaba la lengua y fingía que lo habían asfixiado.

Ahora parecía más animado. Me miró otra vez de esa manera. Con la mirada que me hacía sentir que estaba a punto de tomar una mala decisión, pero que sería una de las mejores decisiones que habría tomado jamás.

—Entonces será mejor que me calle —dijo con una voz que parecía venir de lo más hondo de su pecho.

Sentí un aleteo en el estómago. Quería besarlo. Con toda mi alma. Sabía que me estaba ocultando algo, pero tampoco es que yo le hubiese confesado la historia de mi vida. Fuera lo que fuese, podía confiar en él. Con sus secretos. Y con los míos.

Me acerqué más a él.

—Tal vez sería mejor.

Me pasó el brazo por encima de los hombros y suavemente guio mi cuello para acercar mi rostro al suyo. Posó la mirada en mis labios.

—Tal vez lo haré.

Bajó la cabeza, pero, justo antes de besarme, Quentin se detuvo, me miró a los ojos y me hizo una silenciosa pregunta. Yo la respondí. Le acaricié el cuello y pegué los labios contra su boca. Quentin me respondió besándome como nadie me había besado. Como tal vez nadie volvería a besarme jamás. Un beso es algo mágico, sea con quien sea —normalmente—, pero este era algo más. Algo más grande. Más fuerte. Algo que parecía cambiarme por dentro.

Me moví para acercarme más a él y topé con un obstáculo. Lily. La niña dio un suspiro de bebé, pero no se despertó. Sí. Acababa de experimentar el mejor beso de mi vida con un chico que tenía acurrucada sobre el pecho a su hermanita enferma.

Me reí. Cuando dejamos de besarnos, Quentin no retiró el brazo con el que me rodeaba el cuello. En cuanto recobré el aliento y se me pasó el momento de vértigo, tuve deseos de más. ¿Por qué perder el tiempo, cuando Quentin sabía besar así? ¿Por qué había perdido tanto tiempo ese verano cuando podía haberme sentido a punto de estallar de emoción besando a Quentin?

—Espera —dijo Quentin al ver que me acercaba más a él—. Tengo una cosa que decirte, y creo que es un buen momento. Ya que por fin hemos conseguido besarnos, al tercer intento.

Sonreía, pero en sus ojos había algo que no encajaba, algo muy cercano a la tristeza.

Me seguía rodeando los hombros con el brazo. Me pareció que pugnaba por encontrar las palabras adecuadas. Era la primera vez que lo veía esforzarse tanto para decir algo. A juzgar por la expresión de su rostro, me dije que tenía que prepararme para lo peor.

—Jade, yo...

Lo interrumpió el sonido de la puerta del garaje y una serie de ruidos que provenían de allí. Ambos volvimos la cabeza al mismo tiempo.

—¿Quentin?

La voz de la señora Ford resonó por la casa. En cuanto vio dónde estábamos, salió corriendo por la puerta corredera con aspecto tenso y desgreñado. Parecía enferma de preocupación.

—¿Cómo está Lily? ¿Dónde está? Por fin recibimos tus mensajes. ¿Por qué no contestabas al teléfono?

—Está aquí, mamá.

Quentin se incorporó y retiró un poco la manta para que su madre pudiera ver a la niña.

—Está bien. Jade supo lo que había que hacer. Ha estado aquí toda la noche. —Quentin me sonrió brevemente mientras su madre exhalaba un hondo suspiro de alivio—. Se ha quedado aquí.

Quentin miró a su madre, que acarició la cabeza de Lily varias veces, como si quisiera asegurarse de que estaba ahí. Luego acarició también la de Quentin.

—Buen trabajo, cariño —le dijo—. Lo has hecho muy bien.

—No, no es cierto. Me asusté mucho. Estuve a punto de atar la luz estroboscópica de Silas al techo de la camioneta y dirigirme a urgencias tocando la bocina todo el camino.

No retiró el brazo que pasaba por mis hombros al llegar su madre, y más bien parecía que me apretaba contra él.

—Jade me calmó y ayudó a Lily. De hecho, nos ayudó a los dos.

Me dirigió una amplia sonrisa, como si fuéramos las dos únicas personas sobre el planeta. Pero yo era muy consciente de que su madre estaba de pie a nuestras espaldas. En absoluto me esperaba lo que hizo a continuación.

La señora Ford me puso una mano sobre el hombro y me dio unas suaves palmadas.

—Gracias, Jade —dijo con la voz tensa, pero fuerte—. Gracias por ayudarlos.

Capítulo quince



Después de esa noche, Quentin y yo recuperamos un poco de libertad. Sobre todo, cuando me senté con mis tíos después del desayuno y les conté todo lo sucedido la noche anterior.

—No me gusta nada la idea de que vayas sola al parque, Jade. —Tía Julie volvía a preocuparse—. ¿Por qué no me dejas que te acompañe en coche?

Comprobé la hora en el tablero de su monovolumen.

—Porque llegas tarde a tu cita con tío Paul para tomar yogur helado.

Dije adiós con la mano a las mellizas, en el asiento trasero, buscando su complicidad. Después de que aquella noche le dijera que nunca había dedicado tiempo a conocerme a mí o a su familia, tío Paul había estado haciendo progresos. Menos tiempo en el trabajo, más tiempo en casa; incluso se sentaba a cenar con nosotros la mayoría de las noches.

—Es verdad, mamá. Hemos quedado con papá.

Hailey liberó el cinturón del asiento y señaló el centro comercial donde estábamos aparcadas y donde habían quedado con tío Paul para tomar yogur helado.

—No he visto a papá en todo el día. Lo echo de menos —añadió Hannah, y puso una increíble cara de tristeza.

Tía Julie observó a sus hijas a través del espejo retrovisor y exhaló un suspiro.

—De acuerdo. —Desabrochó el cinturón del asiento—. Respetaré el hecho de que eres una joven acostumbrada a disponer de una gran libertad y que se comporta de forma responsable.

No tuvo que decirlo en voz alta. Bastaba ver su expresión para adivinar el resto de la frase: «la mayor parte del tiempo».

Yo había abierto la portezuela y estaba saliendo del coche.

—Y yo respetaré el hecho de que te preocupas por mí y eres responsable de mí y te enviaré un mensaje de texto cuando llegue al parque y otro cada hora.

Le mostré mi móvil para que viera que estaba encendido y con la batería cargada. Luego me alejé atravesando el aparcamiento.

—Pasadlo bien.

Las gemelas ya estaban sacando a su madre del coche y la llevaban hacia las puertas del centro comercial. ¿Quién iba a pensar que el yogur helado podía causar tanta emoción?

Todavía era de día y el parque estaba a una distancia de solo cinco manzanas, pero me sentaba bien estar un rato a solas, explorar una parte de la ciudad que no había visto todavía, recorrer una manzana tras otra. Durante las giras con mi madre, las pocas veces en que me perdía explorando la ciudad tenía una sensación de angustia que me encogía el estómago. Pero siempre acababa por llegar a algún café o a una estupenda librería y me daba cuenta de que no estaba realmente perdida; estaba exactamente donde debía estar en ese momento.

Ojalá esto mismo se cumpliera con el hecho de sentirse una persona completa. Una parte de mí seguía perdida porque no conocía a mi padre. Por eso tenía que rellenar el hueco, aunque supusiera hacerlo a escondidas de mi madre.

Su nombre apareció en mi móvil. Mierda, era como si tuviera telepatía, en serio. Solté un gemido, pero sabía que tenía que contestar. No podía seguir ignorando sus llamadas.

—Mamá —dije, e intenté que mi voz sonara entusiasta.

—Bien. Ahora recuerdas quién soy. No como la serie de llamadas perdidas de la pasada semana.

No debería haber contestado.

—Lo siento. Las dos hemos estado muy ocupadas.

—Yo nunca tengo tantas cosas que hacer que no pueda contestar una llamada de la persona que más quiero en este mundo.

Me mordí la parte interna del carrillo.

—¿Excepto cuando estás tocando en un concierto abarrotado de público?

Mamá siguió hablando.

—Te daré una palabra en clave para que se la digas al personal del escenario. Si la dices, me bajaré del escenario aunque me encuentre en mitad del coro de *Blinders on*.

Y lo decía en serio.

—Lo siento. Ahora puedo hablar, si te va bien.

—Puedo hablar. Si te quedan minutos suficientes para emplearlos con la mujer que te dio a luz. Comprendo que hablar por teléfono con Quentin Ford durante —oí de fondo un ruido de papeles— quinientos cuarenta y dos minutos *hasta lo contabilizado* en esta factura puede agotar tu cuota telefónica.

Glups. ¿Habían sido tantos minutos? Esas llamadas nocturnas se sumaban rápidamente.

—Uau. ¿A quién tienes en los servicios de inteligencia? Seguro que la Casa Blanca podría emplear mejor a tu contacto.

Me sequé la frente porque la noche era cálida y porque esa conversación me provocaba sudores.

—Mi hija adolescente acaba de empezar la primera relación seria de su vida. Tengo más espías pendientes de ti de los que podría soñar con tener la Casa Blanca.

Por supuesto.

—Escucha, mamá. Nos lo tomamos con calma. No te preocupes. Es un buen chico. Te gustará.

Oí a mi madre resoplar al otro lado del teléfono, como si lo único que pudiera gustarle de Quentin fuera verlo partir a otro país.

—¿Pasar todas las noches juntos durante las dos últimas semanas es tomárselo con calma? Mi

idea de calma es totalmente diferente.

Estupendo. El sarcasmo nunca es una buena señal.

—Quiero decir que nos lo tomamos con calma en el plano físico.

Me sentía un poco incómoda hablando de esto con mi madre. Habíamos hablado de todo, de lo humano y lo divino, pero este aspecto de las relaciones, y en lo que a mí se refería, lo habíamos dejado de lado. Antes de esto nunca había tenido el tiempo o el interés suficiente por un chico como para salir en serio.

—Entonces, ¿no os habéis besado todavía?

Bajé la cabeza. Qué apuro más grande.

—Sí, nos hemos besado. —Mucho, añadí para mí—. Pero no hemos hecho nada más.

—Oh, vaya. Es un alivio. Porque todavía no estoy preparada para ser abuela.

Que no decaiga el sarcasmo. Vaya, mamá estaba realmente de mal humor esa noche. Podría pensarse que no debería afectarle tanto el hecho de que yo saliera con un chico, pero yo sabía que sí. Una de las cosas que más nerviosa la ponían era que yo tuviera novio siendo demasiado joven.

—Vamos, mamá. Yo no soy tú. No me...

—¿No te quedarás embarazada a los diecisiete años de un chico del que te hayas enamorado hasta las trancas? ¿Un chico que saldrá corriendo antes de que conozcas el resultado del test de embarazo?

Guardé silencio. Aunque solo fuera para demostrarle a mi madre que la escuchaba y meditaba sus palabras. Sabía que estaba preocupada por mí y sabía por qué. Pero yo no era ella y Quentin no era mi padre. Nuestra situación era totalmente diferente.

—No me quedaré embarazada, mamá. Soy lista, tengo cuidado. No ocurrirá.

¿Por qué sentí la necesidad de localizar un tronco cercano para tocar madera?

—Quiero que sepas que, si te quedas embarazada, saldrá corriendo. Es un chico de diecisiete años. Su definición de responsabilidad no va más allá de llevar su propia bebida a las fiestas.

Esto me irritó. Mi madre no era justa. No conocía a Quentin ni lo había visto con su familia. No tenía ni idea de si era o no un chico responsable.

—Mamá. —Hice una breve pausa antes de continuar—. De verdad que no quiero que esta sea la primera vez que te cuelgo el teléfono. Pero creo que lo haré si sigues diciendo este tipo de cosas. No estás siendo justa, ni siquiera lo conoces.

No lo dije en tono cortante ni enfadado. Solo quería decir lo que pensaba.

Me detuve al llegar al final del parque. No sabía qué más decir.

—Te quiero, Jade. Pase lo que pase.

Por alguna razón, esta vez la frase me sonó diferente. Y creí entender por qué.

—¿Pase lo que pase *qué*? —pregunté.

Mamá suspiró. Sabía a qué me refería.

—Mis padres me dieron la espalda cuando les dije que estaba embarazada. Y en aquel momento tu tía pareció hacer lo mismo. Pero tú puedes contarme cualquier cosa, desde que apoyas la censura musical hasta que estás embarazada de trillizos. Nunca te daré la espalda. *Nunca*.

—Gracias, mamá. Te quiero. Pase lo que pase.

Tras esta conversación, necesité un instante para recomponerme. Al mismo tiempo, sentí que estaba exactamente donde tenía que estar. Pero también sentí nostalgia.

—Aquí estás. —Zoey bajó deslizando los pies por la herbosa pendiente que había frente a mí. Su desordenada mata de pelo se agitaba a cada paso—. Temía que ahora que tienes novio me habrías abandonado.

—Nunca —le dije, y fingí que me sentía ofendida.

Me tomó del brazo y me condujo hacia el parque. Me encantaba haber conocido a Zoey y hacer cosas con ella. Era muy distinto ver a una persona todos los días. Su amistad era un regalo totalmente imprevisto de este verano.

—Por cierto, ¿dónde está tu querido chico?

—En su casa. Obligaciones familiares.

Zoey arrugó la nariz.

—Es tan responsable... Es raro.

Jugueteé con el extremo de mi trenza, sin saber qué responder a eso. Quentin era superresponsable, pero yo no me lo tomaba como algo malo. Solo era algo poco habitual, eso sí. O «raro», como decía Zoey.

—No imaginaba que te gustaran los mercadillos de agricultores —dije mientras contemplaba la escena que se abría ante nosotras.

A mamá y a mí nos encantaban los mercadillos de agricultores y habíamos gastado muchísimo dinero en productos ecológicos.

—¿A qué te refieres? Me gustan los mercadillos de agricultores tanto como a la que más.

Debió de haber encontrado lo que buscaba, porque se le iluminó la cara y aplaudió, lo que hizo tintinear sus pulseras.

Cuando vi dónde se posaba su mirada, todo adquirió sentido.

—El tipo de las berzas es bastante guapo.

Zoey no parpadeaba siquiera. Estaba embelesada.

—El tipo de las berzas es *divino*.

Le di un golpe de cadera.

—El tipo de las berzas también parece un poco mayor.

Zoey hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia.

—Puede parecer mucho hoy, pero dentro de cinco años no tendrá ninguna importancia.

—¿Y vas a esperar cinco años a un tipo que vende atados de berzas a cinco dólares cada uno, conduce una vieja camioneta Volkswagen y tiene una clara preferencia por la franela? —pregunté mientras echaba un vistazo a su puesto de venta.

Zoey se mordisqueaba las uñas. El descascarillado esmalte de ese día era de un violeta oscuro.

—Desde luego que sí.

Ví que daba la vuelta a un puesto que vendía cerezas y melocotones.

—¿Vas a acercarte a decirle hola o algo así?

Zoey negó con la cabeza.

—Prefiero suspirar por él desde la distancia.

—Eso no tiene sentido.

—Tiene todo el sentido. ¿Y si tiene una de esas voces agudas y chillonas que suenan como si hubiera tragado helio? ¿Y si tiene mal olor corporal?

—¿Peor que el de las berzas? —pregunté.

El chico estaba descargando un nuevo cajón de berzas de su camioneta.

—Créeme. Es mejor que mantenga la distancia y me imagine que es perfecto en todos los sentidos.

—Nadie es perfecto.

Zoey me dirigió una mirada maliciosa.

—Quentin Ford parece bastante cercano a la perfección.

Nos acercamos a otro puesto, donde vendían aceites esenciales.

—¿Por qué lo dices? Pregunté. Intenté que pareciera una pregunta casual, como si no estuviera buscando información.

—Porque es la verdad.

—¿Cómo lo sabes? Tienes que conocerlo bastante bien para decir que es casi perfecto.

—En realidad no lo conozco bien dijo Zoey mientras olfateaba un frasquito de aceite de árbol del té.

—Habéis ido al mismo colegio y trabajáis en el mismo sitio.

Zoey estaba olisqueando todos los aceites y yo la seguía a través del estand.

—No es que seamos buenos amigos. —Tras olfatear el aceite esencial de lima, Zoey rebuscaba el monedero en su enorme bolso—. Y tampoco es que él sea muy sociable. Quiero decir, he cuidado de bebés con más ganas de comunicarse que él.

—¿Crees que oculta algo?

Zoey dejó caer el frasquito de aceite esencial de lima en su bolso y se encaminó al siguiente estand.

—Puede que le cueste confiar en los demás —musitó pensativa, mientras inspeccionaba un frasco de ceras de colores—. ¿No te cuenta cosas?

Metí las manos en los bolsillos traseros.

—Sí, pero hay algunas cosas sobre las que no quiere hablar.

—¿Cómo qué?

Apreté los labios al pensar en pronunciar el nombre.

—Blaire.

—No sé gran cosa. Tan solo que era su novia en el colegio anterior. Lindsey lo explica como si esa tal Blaire tuviera el corazón de hielo o algo así, pero yo no conozco los detalles. ¿Quieres que intente sonsacarle algo?

Me mordí el labio. La oferta era tentadora.

—No, gracias. Debería explicármelo él.

—Pero un poco de misterio lo hace más emocionante, ¿no? Como con el guapo tipo de las berzas..., deja espacio a la imaginación.

Zoey dirigió una mirada soñadora al chico que descargaba berzas al otro lado del césped.

—Un poco de misterio está bien. Pero toda una novela de misterio no tanto.

—Seguro que no es nada importante. Estamos hablando del maldito Quentin Ford, por el amor de Dios. Probablemente, en su vida anterior fue el santo patrón de algo.

Fingí interesarme por las lámparas que había sobre una mesita, pero mi mente estaba muy lejos de allí.

—Espero que tengas razón.

—¿Por qué no se lo preguntas? Directamente. Dale el ultimátum de no-puedes-tocarme-hasta-que-no-me-lo-cuentes.

Zoey me arrastró del brazo hasta el siguiente puesto de venta.

—*Pregúntaselo.*

—De acuerdo. Eso haré. —Y, para demostrar que era sencillo,forcé una sonrisa.

Pero lo que me asustaba no era preguntar..., lo que me asustaba era su respuesta.

Capítulo dieciséis



La vida en un barrio residencial no era ni mucho menos tan simple y directa como yo la había imaginado. Resultaba tan caótica y sorprendente como la vida en la carretera. Que puedas regresar cada noche al mismo sitio no significa que todo lo demás sea igual de predecible en tu vida.

Así había sido, por lo menos hasta entonces, mi experiencia de ese verano. Cuando pensaba que lo tenía todo controlado y que había encontrado mi rutina, la vida me sometía a una nueva prueba de realidad. Aunque Quentin y yo ya llevábamos tiempo saliendo, yo aún tenía la sensación de que algo se interponía entre nosotros. En un momento dado me contaba algún episodio embarazoso de su pubertad y al momento siguiente se cerraba como una ostra a la mínima mención de su antigua escuela o de su pasado.

Era la persona más abiertamente cerrada que había visto en mi vida.

Los chicos eran raros. Esta era una de las principales conclusiones del verano.

Me eché en una tumbona del jardín de mis tíos y por décima vez esa semana miré en la pantalla del ordenador el programa de la gira del grupo musical de mi padre. Al día siguiente por la noche estaba previsto que actuaran en el Mac's Bar. Y yo iría para conocer a mi padre.

Pensar en eso me ponía muy nerviosa. Hacía un par de horas, Zoey me había enviado un mensaje de texto diciendo que no podría venir. Tendría que ir sola, lo que me daba más miedo todavía.

—¡Eh! —grité para hacerme oír por encima de los gritos y los chillidos—. Faltan diez minutos para cenar, de modo que basta de jugar con el aspersor. Después de cenar tenéis que bañaros.

Las gemelas me saludaron con la mano, pero Abe y Silas ni siquiera parecieron haberme oído. Esa noche cuidaba de los cuatro, y esa vez no me había despistado. Cuando tía Julie me preguntó si podía cuidar de las gemelas, me sorprendió que me diera una segunda oportunidad. También me sentí agradecida. Me lo apunté en mi calendario y dejé notas por todas partes en mi dormitorio, en el cuarto de baño y en el bolso, de modo que era imposible que me olvidara de esta noche.

Nada drástico, pero en casa de los Davenport se estaban produciendo importantes cambios. Tío Paul ocupaba más a menudo su sitio en la mesa a la hora de cenar y de vez en cuando

reservaba una noche para salir con su mujer, como hoy.

—¿Pueden quedarse Silas y Abe? —voceó Hannah después de saltar sobre el chorro de agua del aspersor.

—Claro. Si quieren tomar perritos calientes de to fu y ensalada de col rizada.

Creo que nunca había visto a dos niños pequeños mostrar tal repugnancia.

—No, gracias —dijo Abe, y puso cara de asco.

—Sí, prefieren comer perritos calientes hechos de productos dudosos y nitratos. Es mucho más apetitoso —resopló Quentin.

Antes de que pudiera darme la vuelta en la tumbona, se estiró en otra a mi lado. Yo había tenido el día libre, pero él parecía volver de la piscina. Iba vestido con la camiseta y los pantalones de socorrista y todavía llevaba puestas las gafas de sol.

Permanecí en silencio. Quentin se colocó las gafas en lo alto de la cabeza. Sus ojos — enrojecidos y cernidos de oscuras ojeras— mostraban a las claras lo poco que había dormido. Habíamos tenido una discusión la noche anterior, cuando seguí el consejo de Zoey y «se lo pregunté directamente». No fue como yo esperaba. En lugar de respuestas, me encontré con una serie de evasivas que acabaron en nuestra primera pelea como pareja oficial.

—Lo siento. Mi madre me pidió que viniera y me llevara a los niños a cenar. Debería haberte avisado antes de venir.

—No tienes que avisarme antes de venir.

Quentin miraba la escena que se desarrollaba en torno al aspersor, pero no parecía que la estuviera viendo realmente.

—He estado pensando mucho en lo que dijiste anoche.

—Dije muchas cosas anoche —respondí, y repasé mentalmente la larga lista de cosas que le había soltado.

Se movió en la tumbona, como si no consiguiera estar cómodo.

—Sobre esas grandes cosas que quieres hacer en tu vida. Pero no puedo hacerlas contigo.

—Ah, *eso* que le dije anoche. No era exactamente el tema que yo quería aclarar con él.

—¿Por qué?

—Porque no soy el chico apropiado —dijo, con cara de esto-es-lo-que-hay—. Tú estás buscando a otro tipo de chico.

—Yo no estoy buscando a otro tipo de chico. Ni siquiera estaba buscando a un chico. Pero apareciste tú en mi vida —dije, y lo señalé con un gesto—, y te negaste a pasar desapercibido.

Tenía que cuidar de no levantar la voz porque no estábamos exactamente solos.

—No busco a otro chico. Estoy muy contenta con el que está sentado frente a mí.

Por primera vez, me miró a los ojos. Parecía buscar en ellos una mentira o una media verdad.

Pero no encontraría ninguna.

—Te marcharás al final del verano —dijo por fin.

—¿Y?

Quentin se incorporó y se sentó en la tumbona de cara a mí.

—Esto no debería importar —dije—. No deberías renunciar a algo grande si no es indispensable. No deberías renunciar solo por temor a lo que pueda pasar. Vive el momento, ¿no? Tú me lo enseñaste.

—Estoy intentando darte una salida fácil, Jade.

Inclinó la cabeza y se quedó mirando el suelo a sus pies.

—No quiero una salida.

—Mi vida es complicada.

De acuerdo, aunque yo no calificaría la vida de Quentin de complicada. Muy ocupada, sí. Con su carga de responsabilidades, por supuesto. Pero ¿complicada?

—Mi madre es la cantante solista de uno de los grupos musicales más grandes del momento. Soy vegana, una *hippy* que no ha tenido nunca un hogar fijo. —Toqué su rodilla con la mía—. Creo que puedo soportar las complicaciones.

Quentin mantenía la mirada en el suelo, como si allí se encontraran unas respuestas que debía descifrar.

—De acuerdo. Vivir el momento. Eso puedo hacerlo.

Cuando alzó la cabeza, estaba sonriendo.

—Vale. ¿Qué hacemos ahora?

Zoey no podía acompañarme, y yo no quería ir sola a ver la actuación del grupo de mi padre. En primer lugar, porque el Mac's Bar parecía un lugar en el que ninguna chica joven querría entrar sola, y, en segundo lugar, porque suponía que, pasara lo que pasara el día siguiente por la noche, necesitaría algún apoyo.

Y quién mejor que Quentin para acompañarme en esos momentos.

—Hay un grupo que actúa mañana por la noche. —Me sudaban las palmas de las manos solo de pensarlo—. ¿Vienes conmigo?

Quentin apoyó la mano en mi rodilla y se acercó más a mí.

—Voy contigo.

Por primera vez en la vida, estaría en la misma sala que mi padre, respiraríamos el mismo aire. Nunca pensé que llegado el momento me sentiría como un manojo de nervios.

Había sido incapaz de comer en todo el día y desde que Quentin había ido a buscarme me temblaban las manos. El resto de mi cuerpo parecía que fuera a dejar de funcionar en cualquier momento.

—¿Estás bien? —preguntó de nuevo Quentin después de encontrar un sitio libre en el oscuro aparcamiento que había detrás del Mac's Bar.

Me recordé que tenía que tomar aire.

—Estoy bien. En serio —añadí.

Quentin no parecía convencido.

—¿Cómo se llama este grupo que vamos a ver?

Miró a través del parabrisas y pareció preocupado al ver el lugar. No podía culparlo de ello, porque el aspecto del local era desastroso: letreros luminosos, la mayoría fundidos, y mucha gente fumando en el jardín trasero. A juzgar por la ausencia de ventanas, no era un lugar donde les gustara la luz.

—Anarchy Artists —dije mientras tragaba saliva.

Quentin había salido del coche. Me abrió la puerta de la camioneta, me ayudó a bajar y se puso a mi lado para atravesar conmigo el aparcamiento. Miraba continuamente por encima del hombro, como si esperara que en cualquier momento saliera alguien de entre las sombras.

—¿Y sueles escuchar a este grupo?

Se oyó el sonido de una botella de cerveza haciéndose añicos. Quentin me pasó el brazo por

los hombros.

—Sí, un poco.

Unas cuantas veces, por lo menos, cuando me obligué a escuchar una canción de principio a fin. Confiaba en que sonaran mejor en vivo.

Había un tipo apostado en la puerta principal, pero debía estar allí para impedir que hubiera peleas, porque apenas echó una ojeada a nuestros carnés de identidad. Los días que había música en vivo, en el Mac's Bar permitían la entrada a los menores de edad. Era una suerte, porque no sé lo que habría hecho mi tía si llega a pillarme con un carné de identidad falso.

—No te apartes de mí, ¿vale?

Quentin entrelazó sus dedos con los míos y se abrió camino a través de la multitud. Yo me agarraba con tanta fuerza que empezaron a dolerme los dedos. Pero, en cuanto logró abrirse paso hasta el escenario, Quentin me soltó la mano y me colocó delante de él. Me pasó protectoramente los brazos por los costados, formando una jaula con ellos. No habría estado más protegida si me hubiese envuelto en diez capas de papel burbuja.

El interior del bar estaba oscuro y las luces se atenuaron todavía más cuando la banda salió al escenario. Si es que se podía llamar escenario. Más bien era una especie de peldaño elevado donde a duras penas cabían un par de guitarras y una batería.

Contuve el aliento al ver a los músicos ocupar su puesto. Cada uno traía una cerveza en la mano y la colocaba a poca distancia. El público apenas pareció darse cuenta de la llegada de los músicos. No hubo gritos, silbidos ni nada parecido. Miré alrededor y me pareció que era la única que prestaba atención.

Incluso Quentin estaba más pendiente de mí que del escenario.

Cuando las primeras notas resonaron en el local, las tenues luces titilaron. El sistema eléctrico no era bueno. Los montajes escénicos de las *Shrinking Violets* siempre habían sido mejores. Diez veces mejores. Incluso al principio, cuando tocaban de teloneras de grupos pequeños.

Sin embargo, dejé de pensar en la mala iluminación para centrarme en otra cosa: el hombre del centro del escenario se acercó al micro con movimientos vacilantes.

Dios mío. Era él. *Mi padre*.

No sabía cómo me sentiría cuando lo viera y no estaba segura de poder explicar lo que sentía en ese momento. Era una extraña mezcla de sorpresa y de alivio, de asombro y de decepción. Empezó a sonar la música, pero apenas me di cuenta porque estaba analizando el rostro de mi padre, buscando parecidos físicos. Y cuanto más lo observaba, menos me parecía que teníamos en común. Llevaba mucho tiempo construyéndolo en mi mente. Aquel hombre de aspecto adormilado, que prácticamente se tambaleaba y que apenas podía tocar las cuerdas de la guitarra, no era la persona que yo había imaginado.

Me recordé que debía ser más justa y tolerante. Qué más daba lo que yo hubiera imaginado, ese era mi padre.

—¿Me lo parece a mí o están todos bebidos?

Quentin tuvo que hacer bocina con las manos y hablarme al oído porque la música sonaba muy alta. Un sonido chillón y chirriante, una mierda desde el punto de vista acústico.

—Probablemente están cansados a causa de la gira. Viajar y actuar puede ser agotador.

No quería decirlo a la defensiva, pero por la mirada que Quentin me dirigió comprendí que había sonado así.

—¿Y en qué clase de gira han estado estos tipos?

Hizo una mueca de disgusto cuando el solista, es decir, mi padre, desafinó en una nota.

—¿Actúan en el escenario del asilo de ancianos? Estoy seguro de que son muy buenos con personas que tienen dificultades de oído y de visión.

Me mordí la lengua para no decir nada de lo que pudiera arrepentirme. Quentin tenía razón, eran malos, pero era el grupo musical de mi padre. No podía reírme con Quentin y burlarme de lo malos que eran. ¿Qué clase de hija sería?

Al ver que mi reacción no era la que esperaba, Quentin se quedó callado. No hubo más bromas ni fingió más que le sangraban los oídos. Se quedó callado y quieto a mi lado, apartando al ocasional idiota que nos daba un empujón.

Yo sabía lo que estaba pensando Quentin mientras la banda luchaba por tocar su octavo y último tema. Estaba preguntándose qué hacíamos allí. Y no podía culparlo por ello.

Cuando Anarchy Artists acabó su función, nadie aplaudió. Nadie pidió un bis. El público apenas se enteró de que había habido una actuación en directo. Yo habría dado unas cuantas palmadas para mostrar al menos cierto reconocimiento, pero estaba demasiado pasmada para moverme.

Mi madre y su banda eran buenas. Siempre lo habían sido, incluso antes de que obtuvieran reconocimiento y las fichara una firma importante. La música era su pasión, lo mismo que la escritura era la mía.

Anarchy Artists, con su torpeza beoda, carecían de pasión. Bueno, salvo para una cosa.

Los miembros de la banda bajaron del escenario y un grupo de chicas se arremolinó en torno a ellos, parloteaban, se reían, los tocaban y daban grititos. El camarero les puso nuevas bebidas en la mano. Alcohol. Y mujeres. Dios mío, tal vez lo que mi padre colgaba en su perfil en las redes era una representación fidedigna de quién era.

—¿Nos vamos?

Quentin me conducía lentamente hacia la puerta de salida.

Tal vez debería haberme marchado. Tal vez debería haberme contentado con conservarlo en la cajita donde lo había tenido hasta entonces, imaginándome que era como yo desearía que fuera, igual que el tipo de las berzas.

Pero había llegado hasta allí. Había trabajado muy duro para que llegara ese momento. A escondidas de mi madre, había empleado cientos de horas buscándolo en internet. No podía marcharme ahora. ¿Y si él también pensaba en mí? ¿Y si había intentado encontrarme?

Se había marchado hacía años. Pero yo no podía irme.

—Espera.

Me solté de Quentin y me dirigí al bar.

Quentin se puso al instante detrás de mí para protegerme. Un tipo grandote tropezó y derramó toda su bebida sobre la espalda de Quentin en lugar de sobre mi pecho. Quentin no se inmutó, pero yo sí.

—Lo siento —dije. Eché la mirada atrás para comprobar cuánto se había mojado. Desde luego, el vaso del tipo estaba lleno hasta el borde.

—Salir de aquí apestando a cerveza es la menor de mis preocupaciones, créeme —dijo Quentin.

Dirigió la mirada hacia los miembros de la banda, encaramados sobre taburetes y charlando

con sus admiradoras. Era la hora de la verdad. Él sabía que estábamos ahí por algo, que no habíamos ido para escuchar música en vivo.

—¿Quieres explicarme de qué va esto, Jade? —Me puso la mano en el hombro, pero no intentó detenerme. Se limitó a seguirme—. ¿Por qué estamos aquí?

Yo me encontraba a pocos pasos de mi padre. Debería sentir algo, ¿no? Algo más que inseguridad. Esa persona me había dado la mitad de mi ADN, ¿y todo lo que yo sentía era duda mezclada con un poco de determinación?

—Este es mi padre —dije, y tragué saliva—. Y finalmente estoy a punto de conocerlo.

Quentin se detuvo en el instante en que oyó la palabra *padre*. Se recuperó enseguida, pero no lo bastante rápido como para detenerme. Me abrí paso rápidamente hasta el grupo de fans.

Al principio no me vio. Estaba demasiado ocupado «observando» a la chica que prácticamente se había dejado caer en su regazo. Carraspeé y pronuncié su nombre —su verdadero nombre— para llamar su atención. Por lo menos en parte.

—Robbie Devine.

Me miró boquiabierto: una chica de diecisiete años de pie delante de él en medio de un mar de mujeres semidesnudas.

—¿Quién demonios eres tú? —me preguntó con una sonrisita, como si lo divirtiera la situación.

Quentin se había abierto paso y estaba detrás de mí.

—Vámonos de aquí, Jade —susurró mientras intentaba apartarme del lugar—. No quieres hacer esto.

Yo me encogí de hombros para liberarme y miré a «papá» a los ojos.

—Hola. Eres Robert Devine, ¿verdad? Yo soy Jade Abbott, tu hija.

Al principio hubo un silencio. Unas cuantas caras mostraban asombro y otras expresaban incredulidad, pero yo solo estaba atenta a una. Por un momento, el rostro de mi padre quedó congelado en una expresión de divertida curiosidad, luego abrió la boca y empezó a reírse suavemente. Como si le hubieran contado un chiste.

Noté a mi lado el cuerpo de Quentin en tensión. Me pareció que ya no intentaba sacarme de allí, sino que hacía esfuerzos por contenerse.

—Es verdad. Soy tu hija —insistí. Y cuando otras risas se unieron a las de mi padre, solté—: Mi madre es Meg Abbott. Estabais juntos cuando teníais diecisiete años y ella se quedó embarazada. Tú te fuiste, pero ella me tuvo, y ahora estoy aquí.

No supe qué más decir. Ya se lo había dicho. Le había dado los detalles. Lo que pasara a continuación dependía de él.

—Niña, ni siquiera recuerdo quién es Meg Abbott. Entonces no era precisamente un tipo selectivo en lo que se refiere a las relaciones. —Abrazó con más fuerza a la chica que estaba sentada en su regazo—. Y no soy un tipo selectivo ahora. Puede que dejara embarazada a tu madre y puede que no. —Se encogió de hombros con toda la indiferencia posible—. Pero si creyera lo que dicen todos los críos que se me han acercado diciendo que soy su padre, tendría que pagar millones en manutención.

Sacudió la cabeza y volvió a reírse por lo bajo, como si yo no acabara de abrirle mi corazón. Como si no hubiera invertido tiempo, energía y dolor personal para llegar hasta ahí, mirarlo a los ojos y decirle quién era.

¿Y cuál era su reacción? Reírse y encogerse de hombros.

—Ahora será mejor que te vayas, niña. Aunque fuera tu padre, no soy un hombre paternal.

Se apoyó en uno de sus colegas de la banda, se dio la vuelta en el taburete y con el otro brazo atrajo hacia su regazo a una segunda chica. Me dio la espalda, exactamente como si saliera corriendo. Aquel día en que se marchó, no abandonó solamente a mi madre, también me abandonó a mí. Y yo, por ceguera o por estupidez, no me había dado cuenta. Pensé que tenía que ver con mi madre o con ellos dos. Pero no, tenía que ver conmigo. Probablemente, sobre todo conmigo.

Era demasiado. Ese no era el hombre que yo había imaginado. No era el padre que yo esperaba. No había comprendido lo mucho que ese momento iba a significar para mí hasta que me estalló en la cara.

Me tambaleé hacia atrás, Quentin estaba ahí para sujetarme. Me abrazó, me apretó contra él y me susurró al oído palabras tranquilizadoras. Sentí que todo mi mundo se derrumbaba, pero Quentin estaba ahí para recoger los pedazos.

Tendría que haber sido mi padre, pero no fue así. Yo tenía la vida que tenía, y podía intentar aprovecharla al máximo o desaprovecharla. No elegíamos lo que la vida nos daba, pero teníamos que seguir adelante con ello. No elegíamos a nuestros padres, pero podíamos elegir a nuestros amigos.

Y Quentin era el mejor que podría haber elegido.

—¿Preparada para salir de aquí? —me preguntó mientras me frotaba la espalda.

Solo pude asentir con la cabeza, porque estaba llorando a lágrima viva. Una parte de mí aún esperaba que mi padre me llamara por mi nombre antes de que saliera por la puerta. Mientras me dirigía al aparcamiento, seguía esperando que viniera corriendo detrás de mí. Me aferraba a la esperanza de que no fuera como era. Solo cuando Quentin me abrió la puerta de la camioneta y trepé para sentarme dentro, acepté que mi padre no vendría a buscarme. No le importaba. Ya se había olvidado de mí. Otra vez.

Comprender eso me provocó otro acceso de llanto, de modo que escondí el rostro entre las manos y lloré. Sabía que Quentin estaba a mi lado, viéndolo todo, pero no me importaba. Acababan de romperme el corazón, ya no había nada más que pudiera desnudar.

—Espera aquí un momento. Enseguida vuelvo.

Quentin me colocó las piernas dentro del coche y se aseguró de que no saliera un extremo de la falda. Por su voz, sabía que estaba enfadado. Cerró la puerta de la camioneta y oí sus pasos sobre el suelo de gravilla, alejándose rápidamente.

No tardó en regresar. Dos o tres minutos, tal vez. Pero yo ya había tenido tiempo de desahogarme. Todavía me temblaba el cuerpo, pero ya no derramaba más lágrimas. Me había quedado totalmente seca.

Quentin agitaba un puño. Los nudillos se veían hinchados y enrojecidos.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté mientras me secaba los ojos.

—Exactamente lo que tenía que pasar.

Su voz aún expresaba enfado, lo mismo que su rostro.

—¿Qué le has hecho?

—Nada que no mereciera —respondió. Doblaba y desdoblaba los dedos, como si intentara recuperar la sensibilidad.

Me froté la cara, me sorbí las lágrimas e intenté recomponerme un poco.

—Dime que no has entrado en el bar y le has dado un puñetazo.

Conocía la respuesta, pero se lo pregunté porque existía la posibilidad de que me equivocara.

—Oh, claro que le di un puñetazo. —Puso la mano enrojecida sobre el volante—. Justo después de decirle que le había dado la espalda a una de las mejores cosas que le podían pasar.

Me había desmoronado. Eso lo sabía. Las palabras de Quentin fueron el principio de mi recuperación.

—A lo mejor tiene tantas cosas buenas en su vida que no les da importancia. ¿Cómo estás tan seguro de que yo sería una de ellas?

Quentin colocó su mano sobre la mía.

—Porque eres una de las mejores cosas que podrían pasarle a cualquiera.

Arrancó la camioneta, pero no se movió del aparcamiento.

—Escucha, Jade —dijo con un suspiro mientras se frotaba la frente—. Tengo que decirte algo. Algo importante. Después de esta noche..., no puedo aplazarlo más.

Lo miré y enarqué las cejas. El chico que tenía sentado a mi lado rebosaba luz. ¿Qué secreto tan oscuro podía provocarle una parálisis a la más mínima insinuación?

—Los dos trabajamos mañana —dijo—. ¿Estás libre mañana por la noche?

Me encogí de hombros. Ese verano había tenido todas las noches libres.

—Sí.

—De acuerdo. Bien.

Su rostro expresaba una mezcla de alivio y terror.

—Quentin, solo para que lo sepas, nada de lo que me digas podrá asustarme. —Le apreté un poco la mano—. No me asusto fácilmente.

Quentin sonrió y entrelazó mis dedos con los suyos.

—Ya lo sé.

Capítulo diecisiete



Cuando acabas de descubrir que tu padre es un fracasado como la copa de un pino, no tienes ganas de levantarte temprano a la mañana siguiente.

La noche anterior, Quentin me había acompañado a casa y me había preguntado si quería que se quedara conmigo a charlar o lo que fuera. Era un bonito ofrecimiento, pero me dije que un poco más de conversación no me haría más fácil aceptar que mi padre no era «paternal» en absoluto. Más bien necesitaba tiempo para procesar la realidad. Además, todo indicaba que esta noche tendríamos mucho de qué hablar...

Ese día mi turno se me estaba haciendo muy largo y, peor aún, no estaba de buen humor, lo que empeoró las cosas. Después de contestarle mal a un crío que me había pedido doble ración de ketchup en su perrito caliente, me obligué a ponerme en un rincón y contar hasta diez. En ese momento, el móvil me vibró en el bolsillo.

Tal vez era un mensaje diciendo que me habían tomado el pelo y que el desastre de la noche anterior había sido una broma.

O no.

Era un mensaje de mi madre. Más largo de lo habitual. Me llevó un rato leerlo porque desde las primeras líneas se me llenaron los ojos de lágrimas. No le había contado nada de la noche anterior. Y no sabía si se lo contaría algún día. Pero fue como si lo supiera, como si intuyera que necesitaba saber de ella.

«Te quiero, pase lo que pase». Seguido de: «Pero también te quiero porque eres la mejor y la persona más maravillosa que conozco. Y no lo digo porque seas mi hija. Solo soy sincera».

Leí su mensaje varias veces, y me secaba los ojos cada vez para que no se me volvieran a llenar de lágrimas. Me sentí mejor al instante. Saber que había puntuado tan alto con mi madre casi me compensaba el haber sacado la pajita más corta con mi padre.

Cuando me recuperé un poco de la llorera, me dirigí al mostrador para tomar el siguiente pedido y vi a un grupo de chicas en la cola de los clientes. Una de ellas me pareció familiar, aunque no recordaba dónde la había visto. A otra de ellas la reconocí sin ninguna duda, y pensé en

ponerla en su sitio.

Hacía algunos días que no veía a Ashlyn; no había estado rondando por la piscina como de costumbre. Yo esperaba que hubiera encontrado a otra persona a la que atormentar. Bueno, era una idea.

Tomé aire y me preparé para la batalla.

—Hola. —Saludé a la otra chica y le hice caso omiso a Ashlyn—. ¿Qué puedo servirte?

—Para mí un polo de tres colores, gracias.

La chica me miró sonriendo, como si también intentara recordar de qué me conocía.

—Y yo un cucurucho con dos bolas de crisis evitada —dijo Ashlyn.

Su voz me dio escalofríos. Literalmente. Era un tono desagradable.

—Aquí tienes el polo.

Le entregué el polo envuelto en plástico y marqué el precio en la caja registradora.

—Ella es Lindsey, por si te habías olvidado. —Ashlyn se acercó al mostrador—. Os conocisteis en la fogata en la playa.

Al ver que yo fruncía el entrecejo, Ashlyn sonrió maliciosamente.

—Oh, claro. ¿Cómo puedo olvidarme de alguien a quien he visto dos veces? Tú y Quentin ibais juntos a la escuela, ¿verdad?

Intenté mostrarme despreocupada mientras recogía el dinero de Lindsey y le devolvía el cambio.

Lindsey asintió.

—Buena memoria.

—Lindsey y yo somos amigas de Blaire.

Otra vez aparecía ese nombre.

—¿Blaire?

Ashlyn esbozó una media sonrisa.

—Supongo que a estas alturas ya lo sabes todo sobre ella. Seguro que Quentin te lo ha explicado todo, ya que es tan abierto y sincero.

Supuse que había algo de verdad en eso, pero no quería perder el tiempo jugando a las adivinanzas.

—Me alegro de haberte visto, Lindsey. Ya nos veremos.

Me dirigí a la otra punta del mostrador para atender a más clientes.

—¿Te gustan las historias, Jade? —Ashlyn me siguió—. Tenemos una historia muy buena sobre Quentin.

Se me paró el corazón. Deseé que Zoey estuviera conmigo para salvarme, pero hice lo posible por aparentar tranquilidad.

—¿En otro momento?

—Bueno, apuesto a que lo sabes todo sobre Quentin. Ahora que sois tan inseparables...

No se me escapó la mirada de asombro que Lindsey le dirigió a Ashlyn, como si no tuviera ni idea de adónde quería llegar.

—Lo que tú digas, Ashlyn.

—Tengo que contártelo, porque eres mayor que yo. Yo sola no puedo con todo este lío. De ninguna manera.

Chasqueó la lengua y me miró atentamente, pendiente de todos mis movimientos. Quería

provocarme. Muy bien.

Yo no iba a entrar al trapo.

Se me ocurrieron un montón de respuestas ingeniosas, pero me mordí la lengua para no seguirle la corriente. Finalmente atendí un nuevo pedido. Dos helados de tres bolas. Nunca me había sentido tan agradecida por un pedido de helado.

—He conocido a más de un chico con una historia a sus espaldas, pero ¡ostras! —Ashlyn seguía a lo suyo. Tamborileaba con las uñas en el mostrador—. ¿Una niña de un año y ninguna mamá? —Se quedó en silencio para darme tiempo a asimilar sus palabras—. Puedes quedártelo. Es todo tuyo.

La mano se me quedó paralizada, y a continuación el resto del cuerpo. *No le hagas caso. No le hagas caso. No le hagas caso.*

—¿De qué estás hablando?

Fallo.

De su sonrisa de triunfo al ver mi sorpresa comprendí que Ashlyn había visto confirmadas sus sospechas. Había caído en su trampa.

Ashlyn alzó la mano.

—Ya sabes. Su hija.

La hola de helado se me cayó. Cuando giré la cara y miré a Lindsey, su expresión me lo dijo todo. Ashlyn estaba radiante, en tanto que Lindsey parecía compungida.

—¡Dios mío! Pensé que lo sabías. Pensé que Quentin te lo habría contado.

Lindsey se colocó sobre los ojos las gafas oscuras y sacudió la cabeza con pesar.

—Lo siento mucho.

Ashlyn le pasó a Lindsey el brazo sobre los hombros.

—¿No lo sabías? ¿En serio no te dijo que tenía una hija?

Ashlyn me miró con los ojos muy abiertos, fingiendo sorpresa.

—Imagino que estaba demasiado ocupado intentando tener otro bebé contigo como para mencionar que ya estaba criando a uno, ¿no?

Me puse los brazos sobre el vientre.

Eso *no estaba* pasando. No podía ser.

—¿Lily? —pregunté.

Lindsey puso cara de susto, como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche.

Exhaló de golpe y asintió.

—Sí, es Lily.

No me di cuenta de que me caía hacia atrás hasta que me golpeé la espalda contra el mostrador.

—No tienes buen aspecto. A lo mejor estás incubando algo —dijo Ashlyn con una sonrisa torcida—. O puede que estés embarazada. Pero hay una parte buena, y es que ya sabes que el padre se encargará de cambiar los pañales y todo eso. Podría haber sido peor.

Lindsey le susurró algo a Ashlyn. Estaba claro que quería hacerla callar, pero a Ashlyn no parecía importarle en lo más mínimo.

Todo me daba vueltas. O era yo la que daba vueltas. Me sentía como si me hubieran sentado en un tiiovivo y hubieran acelerado la velocidad al máximo. Tenía que salir de ahí. Ahora mismo.

Ví que Zoey estaba fichando en la oficina. Ya empezaba su turno, así que salí a toda prisa.

Lily era hija de Quentin. ¿Cómo era *posible*? ¿Cómo no me había dado cuenta? ¿Por qué no me lo había dicho?

Ahora todo empezaba a encajar. El hecho de que su familia se mudara, todas sus explicaciones sobre «responsabilidades», su elección de ir a una escuela universitaria cerca de casa. El que me dijera que no era el chico que yo estaba buscando, los comentarios sobre su vida «complicada».

Bueno, si Quentin creía que su vida era tan complicada que necesitaba guardar secretos, yo conocía un modo de simplificarla: sacarme a mí de la ecuación.

Me despedí con la mano de Zoey y le indiqué que me marchaba. Me miró sorprendida y articuló en silencio: «¿Te encuentras bien?». No respondí y seguí andando. Tenía mucha prisa. Cuanto más rápido me moviera, antes dejaría eso atrás.

Cuando giraba hacia la salida de la piscina, choqué con alguien.

—Uau. Lo siento. ¿Estás bien?

Ambos tardamos un instante en comprender con quién habíamos chocado.

Quentin llegaba para hacer su turno. Estaba contento de verme. No tenía ni idea de lo que yo acababa de descubrir.

Me ardía la garganta. Me ardía todo. ¿Cómo podía mirarme de esta manera y ocultarme un secreto tan enorme, tan importante?

—¿Qué pasa, Jade? —Quentin se fijó en la expresión de mi cara—. ¿Es por tu padre? ¿Quieres que hablemos de ello? Solo faltan unos minutos para que empiece mi turno, pero seguro que alguien puede sustituirme un rato.

Me hervía la sangre, lo notaba. Me sentía dolida y furiosa al mismo tiempo. En realidad, ninguna de las dos palabras describía con justeza mi estado de ánimo.

—No es por mi padre —dije. Mi voz sonó ir reconocible.

Aparté a Quentin de un empujón. No quería que me tocara. No quería que volviera a tocarme nunca más.

—Es por ti.

Creo que cuando lo miré a los ojos lo supo. Creo que comprendió que yo ya lo sabía.

—*Tú* eres un padre.

No pronuncié ni una palabra más. Lo empujé y seguí andando.

—Mierda, Jade. Espera.

Cuando me agarró la mano, me revolví y le clavé una mirada iracunda.

—No me toques —le advertí—. No me hables. No te acerques a mí nunca más.

Quentin se quedó donde estaba. Su rostro tenía una expresión que yo no le conocía.

—Iba a contártelo.

—Bien, pues ya puedes ahorrarte las molestias. Porque ya lo sé.

Parecía que quería resistir el impulso de acercarse, pero no lo logró. Dio un paso hacia mí.

—No quería decírtelo hasta no estar seguro.

—¿Hasta estar seguro de qué? ¿De que valía la pena tener una relación conmigo?

Me sequé los ojos. No quería llorar delante de él. Ya había llorado bastante la noche anterior y no quería que supiera que esa traición me había resultado igual de dolorosa —si no más— que la de mi padre.

Quentin tomó aire. Cuando lo expulsó, sus ojos buscaron los míos.

—Hasta estar seguro de que te quería.

Me quedé paralizada. Mi corazón ya estaba paralizado.

—No me quieres, Quentin. Si me quisieras, me habrías contado lo de Lily. No me lo habría dicho otra persona.

Quentin parecía incapaz de articular palabra. Parecía incapaz en muchos aspectos.

—Jade... —murmuró.

Yo había recuperado el habla.

—No quiero volver a verte nunca más.

Di media vuelta y salí corriendo. De lo que siguió tengo un recuerdo muy neblinoso. Casi todo. Recuerdo que monté en Limón y pedaleé con todas mis fuerzas. Me iba secando las lágrimas, furiosa por estar llorando otra vez por un tipo que me había fallado. Dejé caer a Limón en el jardín, entré a toda prisa en la casa de mis tíos, subí la escalera como una exhalación y me encerré en mi cuarto.

Tío Paul estaba en el trabajo y tía Julie y las niñas estaban en el campamento de violín. Podía llorar con todas mis fuerzas sin que nadie me oyera. Podía gritar y patear el suelo hasta encontrarme mejor, pero sabía que nada de eso ayudaría. Esa vez no.

Primero mi padre. Y luego Quentin.

Todo mi plan para el verano se había ido a la mierda. Adiós a un verano normal y cotidiano.

¿Qué podía hacer?

Entonces sonó mi móvil, como si alguien quisiera responder a mi pregunta. Cuando vi quién llamaba, tuve la respuesta.

—¿Mamá?

No había querido sonar tan patética, pero no estaba segura de poder evitarlo.

—Oh, cariño. ¿Qué pasa?

Oír su voz —su voz suave de preocupación— me hizo sentir tremendamente nostálgica. Echaba de menos a mi madre, la vida en la carretera. Echaba de menos mi vida anterior. Por extravagante y falta de horarios que fuera, nunca había sido tan caótica e impredecible como lo estaba siendo ese verano.

—Todo —dije. Y empecé a sollozar de nuevo. Lloraba y me balanceaba adelante y atrás entre hipidos.

—Jade, dime algo. Me estás asustando. —Mi madre intentaba mantener la calma, pero le temblaba la voz—. ¿Es por culpa de ese chico? ¿Quentin?

Al oír su nombre, me estremecí con un nuevo sollozo.

—Qué patética soy, ¿no? Perder la cabeza por un chico al que prácticamente acabo de conocer.

Mi madre era la abanderada de la filosofía los-chicos-no-valen-la-pena. Y su propia hija actuaba como si el mundo se hubiera acabado a causa de un chico.

—No eres patética, cariño. No es patético querer a alguien.

Oír su voz era lo que necesitaba. Pero también necesitaba algo más. Dejar ese desastre atrás. Me levanté, me dirigí al armario, tiré mi maleta sobre la cama y la abrí. Cuanto antes saliera de ahí, mejor me sentiría.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió mi madre—. ¿Qué ha hecho este chico?

Saqué del armario una pila de ropa y la metí en la maleta.

—Mintió.

—¿Sobre qué?

Por mi mente pasaron imágenes de Quentin y de Lily. Imágenes de Quentin haciéndole carantoñas, apretándola contra su pecho, perdiendo la cabeza cuando estaba enferma... Tendría que darles un nuevo sentido a todas ellas.

—Sobre ser padre.

Esto dejó a mi madre confundida.

—¿*Qué*? —dijo tras un instante de silencio.

—Tiene una hija. —Tuve que tomar aire para no romper de nuevo en sollozos—. Lily es su hija.

Otro largo silencio, aunque no tan largo como el anterior.

—¿La niña a la que lo ayudaste a cuidar cuando se puso enferma? ¿Es su *hija*?

Asentí varias veces mientras metía en la maleta otro montón de ropa. No me importaban las arrugas ni hacer bien el equipaje, solamente quería escapar de esa pesadilla.

—Es su *hija*, no su hermana.

Menuda idiota había sido. ¿Cómo no lo había visto? Ahora que lo sabía, los signos eran muy evidentes.

—¿Te dijo que era su hermana?

Estaba a punto de responder, pero me detuve en seco. Repasé en mi memoria una y otra vez, pero no recordé ni una sola vez en que dijera que Lily era su hermana.

—Mintió por omisión.

—Eso no lo convierte en mentira. Lo convierte en un secreto.

Cerré de golpe un cajón del armario y abrí bruscamente el siguiente.

—¿De qué lado estás, mamá?

Increíble. Meg Abbott defendía al chico padre de un bebé.

—Del tuyo, Jade. Siempre del tuyo. —Se calló, como si esperara que yo siguiera protestando—. Pero quiero aconsejarte en esto porque tengo un poco de experiencia en lo que significa tener un hijo cuando eres un adolescente. No tienes ganas de que se entere todo el mundo. Ya tienes bastantes problemas sin necesidad de enfrentarte a todos los idiotas que pretenden juzgarte.

Cuando me vi reflejada en el espejo, casi no me reconocí. Estaba hecha una mierda. Desaliñada, con el rostro hinchado y enrojecido.

—Yo no soy precisamente «todo el mundo». Soy la persona con la que ha estado los dos últimos meses. La persona a la que debería haberle contado que tiene una hija.

Mamá suspiró. Me la imaginé frotándose las sienes.

—No lo defiendo, cariño. Estoy intentando arrojar un poco de luz sobre la situación. Tiene una hija. Y parece que ante todo quiere hacer lo que es mejor para ella. Igual que yo hice contigo.

Se detuvo para tomar aire mientras yo continuaba vaciando los cajones, hasta que solo me quedó el armario.

—¿Le has dado la oportunidad de explicar por qué no te lo había dicho?

—¿Qué hay que explicar?

—Las razones por las que te lo ocultó.

—Porque es un idiota egoísta que quería tener una historia de verano con una chica a la que consideraba demasiado inocente o estúpida para adivinar la verdad.

Eligió criar a su hija como un padre soltero. No es del tipo egoísta, cariño.

Me dolía la cabeza. Ya fuera por el llanto o por la sensatez con la que me hablaba mi madre. Me habría gustado decirle que estaba loca, pero sabía que no lo estaba.

—Mamá, por favor. Necesito marcharme. Hoy mismo. *Ahora*.

Al querer cerrar la maleta, comprendí que mi estilo de hacer el equipaje a base de tirar cosas dentro no funcionaba demasiado bien.

—Ahora no puedo hablar sobre Quentin. Tengo que marcharme.

Mi madre estuvo tanto rato en silencio que comprobé el móvil para asegurarme de que no había perdido la conexión.

—¿Tiras la toalla? ¿Ya no quieres seguir investigando lo que es un verano normal?

Me senté encima de la maleta.

—Ya no quiero seguir. Fue una mala idea. La peor que he tenido. Quiero pasar el resto del verano contigo y con el grupo. ¿Dónde estáis?

Otro silencio.

—Acabamos de aterrizar en Vancouver. Nos quedaremos aquí un par de días. Pero, Jade...

—Voy camino del aeropuerto. Tomaré el primer avión que salga para allá.

—Espera. No. ¿Les has dicho algo de esto a tus tíos? —Interpretó mi silencio como una negativa—. Primero tienes que explicarles lo que ha ocurrido y cuáles son tus planes, Jade. No puedes huir así sin una explicación, por lo menos. No es así como resolvemos los problemas.

Y algo en su tono me indicaba que no se refería solo a ese problema.

—Necesito salir de aquí. Ahora mismo.

Conseguí subir la parte larga de la cremallera. Solo me faltaba cerrar un tramo más, meter lo que faltaba en la bolsa de lona y ya podría irme.

—Después de que hables con tus tíos —me advirtió mi madre—. Así tendré tiempo de reservar un billete para ti.

Yo luchaba con la última parte de la cremallera y rezaba para que no se rompiera.

—¿Jade?

La cremallera se cerró del todo. Por fin.

—Sí, mamá. Te he oído.

—Bien. Avísame cuando hayas hablado con Julie y Paul, y entonces te diré a qué hora tienes el vuelo.

Emití un gruñido que sonó como una confirmación del plan, pero era más un acuse de recibo que una expresión de acuerdo.

—Te quiero, cariño. Eres una persona fuerte. Te recuperarás de esto, te lo prometo.

—Ahora mismo no me siento fuerte —susurré mientras llenaba la bolsa con todos los artículos de aseo que encontré en el cuarto de baño.

—Ser fuerte no quiere decir no sentirse nunca débil. Ser fuerte es seguir adelante cuando lo único que quieres es hacerte un ovillo y desaparecer. —Guardó silencio un momento y añadió—: Nos vemos pronto.

Colgó el teléfono. Pero yo seguí un rato con el móvil pegado a la oreja. Como si siguiera oyendo la voz de mi madre, que me confortaba, que me daba ánimos. Nos veríamos pronto.

Capítulo dieciocho



Durante el trayecto al aeropuerto estuve todo el rato mirando mi móvil. Cuando comprendí qué nombre estaba deseando que apareciera en la pantalla, me metí el móvil en el bolsillo.

No quería volver a oír hablar de él ni en esta vida ni en la siguiente.

Le dejé una nota a tía Julie para que no se asustara cuando al llegar a casa viera que no estaba y que me había llevado la maleta. Seguramente se pondría nerviosa, pero por lo menos sabría que yo estaba bien y que tenía un plan.

Me bajé en la primera terminal en que se detuvo el autobús. No sabía qué línea aérea tenía el vuelo más directo a Vancouver, pero lo descubriría. Gracias a la reluciente tarjeta de crédito de mamá tendría un billete de ida en menos de cinco minutos, mi maleta facturada y lista para esperarme en otro país.

Me dirigí al control de seguridad con el billete y el pasaporte en la mano, pero me quedé paralizada. No sabía por qué. Ese era el último paso para montar en el avión y salir de ahí. Si pasaba por esas puertas y por la máquina de escáner, ya sería libre. Pero no me sentía así. Cuanto más cerca estaba del control de seguridad, más pesada me sentía. A cada paso, más pesada, como si me colocaran bloques de cemento sobre la cabeza.

Estaba escapando.

Me marchaba.

Huía.

En el momento en que la vida se ponía difícil, yo me negaba a enfrentarme a las dificultades y salía corriendo.

Retrocedí hasta encontrar una hilera de sillas de plástico alineadas a lo largo de la pared. Estaba huyendo de mis problemas. Me marchaba cuando las cosas se ponían feas. No era como mi padre, que abandonaba a un bebé que iba a nacer, ni nada por el estilo, pero tampoco quería ser de esas personas que se rinden fácilmente.

Dejé caer la bolsa de deporte a mis pies. Me senté, apoyé la cabeza entre las manos y me puse a llorar. Había sufrido la traición de dos progenitores de dos formas diferentes. Uno se había

marchado y el otro había mentido.

Mi vuelo no salía hasta el cabo de unas horas y, aunque me sobraba tiempo para pasar por el control de seguridad, no estaba segura de querer hacerlo. Me sentía muerta por dentro.

No sé cuánto tiempo permanecí allí sentada, dándole vueltas a todo y sintiéndome perdida. De repente, oí que alguien se acercaba. Reconocí enseguida las zapatillas que aparecieron en el pedazo de baldosa que estaba mirando.

—Si lo de que no querías volver a verme lo decías en serio, no levantes la cabeza en los próximos minutos. O en el tiempo que me lleve decirte lo que tengo que decirte.

—¿Cómo me has encontrado?

—Era fácil adivinar adónde irías después de lo ocurrido esta tarde. Solo tuve que comprobar el programa de gira de las Shrinking Violets para ver a qué ciudad te irías en el primer vuelo que saliera de aquí.

Me moví en la silla. Este chico solo hacía dos meses que me conocía y ya sabía lo que hago cuando me siento demasiado agobiada.

—Vete, Quentin. Por favor.

Me pasé los dedos por el cabello y cerré los ojos.

—Quedamos en que hoy tenía explicarte algo importante. Y no me importa decírtelo en el aeropuerto.

Quería taparme los oídos. Ojalá hubiera pasado ya el control de seguridad.

—Lily es mía. Es mi hija.

Exhaló con fuerza, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Desde el primer momento en que supo que estaba embarazada, su madre no la quiso, pero logré convencerla de que tuviera al bebé. He estado criando yo solo a Lily con la ayuda de mis padres. Sin ellos no creo que hubiera podido sobrevivir a este año.

Se aclaró la garganta. Yo tenía la mía dolorida.

—Nos mudamos de casa porque después de nacer Lily nadie se comportaba conmigo con naturalidad, ¿sabes? No nos trataban de la misma manera. La gente nos ignoraba o nos compadecía. Fue estupendo empezar de nuevo en otro sitio, tener una hoja en blanco.

Abrí los ojos y vi que sus zapatillas de deporte estaban más cerca de mí.

—No le dijimos a nadie que Lily era hija mía. Los vecinos, los estudiantes, las personas con las que trabajo en la piscina..., todos supusieron que era mi hermana. Y no los sacamos de su error.

—Sí. —Mi voz sonó ronca después del largo silencio—. Esa parte de la historia ya la conozco.

—Iba a contártelo, Jade.

No respondí.

Quentin suspiró.

—Tendría que habértelo dicho antes. Es muy fácil decirlo a toro pasado, pero, si pudiera retroceder, te lo contaría desde el primer momento.

Di un resoplido y enderecé la espalda.

—Mi familia se sacrificó por mí —dijo, hablando en voz más alta—. No podía olvidarme de eso y contárselo todo a una chica que acababa de conocer, una chica que se marcharía al acabar el verano.

—Bueno, *una* chica lo entiende todo ahora. Gracias por la explicación, que seas muy feliz. Le dije adiós con la mano, con la esperanza de que se marchara.

—Maldita sea, deja de tergiversar mis palabras, Jade. Para mí no eres *una* chica. Eres *la* chica, pero en mi vida hay otra persona en la que tengo que pensar. Una persona a la que tengo que poner siempre en primer lugar.

—Esto no va solo de poner en primer lugar el interés de tu hija, Quentin. —Le clavé una mirada que le hizo dar un paso atrás—. Esto también va de poner primero tu interés personal.

Quentin se dejó caer en una silla a mi lado.

—Sí, eso también. Me gustas, Jade. Mucho más de lo que esperaba y muchísimo más de lo que sería conveniente, dada mi situación.

Entrelazó entonces las manos y se inclinó hacia delante en el asiento.

—Eres totalmente libre de hacer y de ser lo que quieras. Ves las cosas de una forma diferente a los demás. Eres dura en un momento dado y cariñosa al momento siguiente. No esperaba sentir lo que siento por ti. De haberlo sabido, te habría dejado en paz.

Enarqué una ceja y Quentin suspiró.

—O tal vez no.

Se quedó callado y se mordió la parte interna de la mejilla.

—Me encantaba cómo me sentía cuando estaba contigo. Me encantaba sentirme como si fuera otro chico, sentir que todo era posible. Me gustaba ser simplemente yo cuando estaba contigo. El chico que era antes. Sabía que si te contaba lo de Lily, podías echarme atrás. Sabía que te irías al final del verano...

—¿Y pensaste que me si me ocultabas lo de tu hija, yo no lo averiguaría nunca? ¿Eso te parecía bien?

Mis palabras sonaron más duras de lo que pretendía, y no estaba segura de si eso lo hacía todo más fácil de entender o más difícil.

—No. Mierda. No me parece bien en absoluto.

Quentin se levantó bruscamente de su silla.

—No ha estado bien que te enteraras de esta manera. No está bien que esperara tanto para decírtelo. Y, para empezar, lo que no está bien es que yo esté colado por ti.

Hizo una profunda inspiración.

—No está bien que Lily tenga un padre que a duras penas hace de padre y una madre que no quiere saber nada de ella.

Golpeó la pared con la mano abierta.

—Las dos os merecéis lo mejor. Y, en cambio, acabáis liadas conmigo.

Me palpitaba la garganta.

—¿Blair? ¿La chica de tu antiguo colegio con la que salías?

Quentin asintió.

—Sus padres la sacaron del colegio cuando se le empezó a notar el embarazo y siguió los estudios con profesores en casa. Ashlyn y Lindsey eran las únicas que lo sabían.

—¿La querías?

Quentin sacudió la cabeza.

—No. Pero me encanta la niña que hemos hecho juntos. Lily. Quiero a mi hija. La quiero tanto que no cambiaría lo sucedido aunque pudiera volver atrás. Ni sabiendo lo duro que ha sido y

seguramente seguirá siendo en el futuro. No cambiaría nada, Jade.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Hubo algunos momentos, ¿no? Hubo momentos en que quisiste decírmelo, ¿verdad?

Quentin metió las manos en los bolsillos.

—Sí, lo intenté un par de veces. Pero eso no importa ahora, porque no llegué a hacerlo.

No noté la lágrima que me brotaba hasta que me cayó sobre la muñeca.

—Gracias —dije—. Gracias por explicarme tu versión.

—Te debía una explicación esta noche. Lamento mucho que alguien se me adelantara.

Me mordí el labio.

—Yo también.

Quentin se apartó de la pared y se inclinó hacia mí. No podía mirarlo, y no porque estuviera enfadada, sino porque empezaba a comprender lo mucho que me importaba.

—Sé que puede sonar raro, pero tengo que decirlo.

Metió las manos en los bolsillos y pasó el peso de un pie a otro.

—Si Lily se convierte en una persona la mitad de estúpida que tú, como padre me sentiré muy orgulloso.

Dio media vuelta para marcharse.

—Que seas muy feliz, Jade. Y no te conformes con nada ni con nadie. Te mereces algo mejor. No te conformes.

Se marchó mientras yo me quedaba asintiendo y mordiéndome el labio. Habría podido responder un millón de cosas, me rondaban un millón de cosas por la cabeza, pero dejé que se fuera. Lo dejé marchar porque no vi ningún otro camino para nosotros que el que habíamos emprendido, y sabía que nunca podríamos volver sobre nuestros pasos.

De nuevo empecé a llorar.

Quentin se había ido.

Había dicho que un padre estaría orgulloso de mí.

Y él tenía una hija.

Mierda, y no había avisado a la piscina de que me marchaba.

Todo se me amontonaba encima y me asfixiaba.

¿Cómo podría salir de ese agujero y curarme yo sola?

—Como responsable de tu educación, debería castigarte hasta que cumplieras sesenta años. Pero, como madre, solo quiero darte un abrazo muy fuerte.

Levanté la cabeza y parpadeé varias veces para asegurarme de que no sufría alucinaciones.

—¿Mamá? —Miré a un lado y a otro de la terminal mientras intentaba averiguar de dónde había salido—. ¿Qué haces *aquí*?

—Es la misma pregunta que debería hacerte yo.

Apoyó una mano en la cadera fingiendo severidad, pero enseguida abrió los brazos y me dio un abrazo.

—Uau —dijo mientras exhalaba todo el aire—. Yo también te he echado de menos, cariño.

La abracé tan fuerte que los brazos me temblaban. No me había dado cuenta de que echaba de menos cada parte de ella, desde el aceite esencial de sándalo que se ponía en los puntos de pulso hasta el olor que desprendía su cabello, que me rozó la cara cuando me abrazó. Lo había echado todo de menos.

—¿Cómo has llegado tan pronto? —dije con la voz ahogada, mis labios apretados contra su chupa de cuero.

—Lo mejor de tener éxito es que todas las compañías de tarjetas de crédito te envían relucientes tarjetas negras sin límite de gasto. Hace que resulte muy fácil meterse en el último minuto en un avión rumbo a Burbank.

Mamá me besó en la sien y me sonrió.

—Bueno, dime. ¿Qué estás haciendo aquí? Y apostaría esa reluciente tarjeta negra a que no has hablado con tus tíos acerca de este asunto.

Apoyé la cabeza en su hombro. Ahora que mi madre estaba ahí, me sentía mucho mejor.

—No he hablado con ellos. Les he dejado una nota.

Mamá murmuró algo como «otra nota no, por favor».

—No podía quedarme quieta esperando. Tenía que salir de allí, alejarme de todo.

—Pero parece que no has dado el paso final.

Mamá me señaló el control de seguridad.

—Sí, tuve algunos problemas en el tramo final. Me quedé un poco paralizada.

—Eso es porque tienes conciencia, oh, hija mía. Y sabes que escapar de un problema no es la mejor manera de resolverlo. Si empiezas ese camino, nunca dejarás de correr.

No hacía falta que añadiera nada más para que yo supiera de quién estaba hablando.

—Lo he visto —dije lentamente—. He conocido a mi padre.

Mi madre dejó de acariciar mi espalda.

—¿Cuándo?

Su voz sonó demasiado controlada, demasiado casual.

—La pasada noche —reconocí.

Su cuerpo se puso rígido de repente, pero al momento se relajó y volvió a hacerme caricias circulares en la espalda.

—Bueno, menudo día habrás pasado.

—No quiero ni acordarme.

Mi madre me retorció un mechón del cabello, como hacía siempre, hasta donde alcanzaba mi memoria.

—¿Cómo fue con tu padre?

Sacudí la cabeza.

—Puedes imaginártelo.

—Desde luego —susurró—. Y por eso querías pasar el verano con tus tíos, ¿verdad? Porque querías conocer a tu padre y pensabas que yo no te dejaría.

Asentí.

—Oh, Jade, no era eso. No es que yo no quisiera que conocieras a tu padre. No era eso.

—Pero ¿habrías querido que tuviera otro padre? —pregunté, y alcé la mirada hacia ella.

Mi madre negó con la cabeza.

—No uno diferente, pero tal vez habría querido que el tuyo no fuera tan...

—¿Fracasado? —sugerí.

Mi madre inclinó la cabeza a un lado y a otro, como si esperara que se le ocurriera otra opción.

—Más o menos, sí.

Yo sonreí. Al verme, mamá empezó a sonreír también.

—Oh, nena, lamento que tu padre no tuviera oportunidad de comprobar lo estupenda que eres. Pero es porque no sabe lo que es estupendo. No sabe ni que una cosa así sea posible, y no lo vería aunque le creciera en —se interrumpió— en la frente. No tiene nada que ver contigo, Jade. El problema es él.

Mi madre es una persona maravillosa. Ya sé que no queda bien decir que tu madre es maravillosa, pero la mía lo es. Se preocupa de los demás, tiene una risa contagiosa y trabaja mucho. ¿Cómo pudo mi padre abandonarla al saber que estaba embarazada? ¿Cómo pudo irse sin más?

—¿Cómo es que no lo odias? —le pregunté.

Una de las pocas lágrimas que le he visto derramar a mi madre resbaló por su mejilla. Pero siguió sonriendo.

—Porque, de no ser por él, no te habría tenido.

Miré la hora en el reloj de la pared de enfrente. Faltaban unas horas para mi vuelo, pero ya no embarcaría.

Nunca había estado tan agradecida de perder un vuelo, porque no quería emprender un camino peligroso. No quería ser como mi padre, que huía cuando las cosas se ponían feas. No, quería ser como mi madre, que apretaba los dientes, se arremangaba y se enfrentaba a lo que había que hacer.

Quería ser como Quentin, que no había dado la espalda a su hijita como mi padre hizo conmigo. Porque si huyes de los problemas, puede que nunca descubras los milagros que encierran.

—¿Y entonces? ¿Con quién estás más enfadada, con Quentin o con tu padre? —preguntó dulcemente mamá, y aguardó con paciencia mi respuesta.

—Con mi padre. —Me mordí el labio—. Pero con Quentin también estoy enfadada.

Mamá asintió. Sus largos pendientes tintineaban contra sus hombros.

—¿Estás enfadada porque tiene una hija o porque no te dijo que tenía una hija?

—Porque no me lo dijo —respondí sin dudar.

No era por Lily. No era porque fuese un padre adolescente. Claro, no era una situación corriente, pero tampoco me parecía una razón para romper con alguien.

—¿Y estás dispuesta a dejar que intente explicártelo o para ti se ha acabado todo, pase lo que pase?

Mi madre se sentó en el borde de la silla.

—Porque yo siempre estoy de tu lado, pero, como madre adolescente que he sido, creo que puedo entender mejor lo que le pasa por la cabeza a una persona en esta situación. Supongo que si no te habló de su hija, no fue para hacerte daño, sino para protegerla. Para proteger a todo el mundo hasta que llegara el momento adecuado para explicarlo todo.

Me mordisqueé la laca de uñas.

—También lo hacía por él. Sus acciones no eran totalmente altruistas.

Mamá me dio unas palmaditas en la mejilla.

—Bueno, si yo hubiera conocido entonces a una persona como tú, también habría sido un poco egoísta. Porque eres extraordinaria, Jade Abbott.

La miré fijamente, esperando que acabara el chiste.

—No puedo creer que mi madre, Meg Abbott, esté defendiendo a un chico.

—No a cualquier chico —dijo ella—. Al chico del que se ha enamorado mi hija.

Resoplé como si mi madre hubiera dicho una tontería, pero sabía que ella podía ver con claridad lo que me pasaba.

—¿Por qué estás tan segura de que me he enamorado?

Mamá me pasó el brazo por los hombros y contempló a los viajeros que pasaban a toda prisa.

—Porque estás en un aeropuerto, instalada delante del control de seguridad desde hace Dios sabe cuánto tiempo, con los ojos hinchados. Y te sientes incapaz de salir de aquí.

Suspiré, en parte aliviada por admitirlo y en parte también aterrada.

—Sí, ya lo sé.

—Vamos. —Se puso de pie y tiró de mí para levantarme—. Salgamos de aquí, busquemos algo apetitoso para comer y hablemos de algunas cosas.

—¿Qué cosas?

Mamá recogió la bolsa de lona del suelo, la cargó sobre la espalda y me condujo en dirección contraria al control de seguridad.

—Si te sientes tan incapaz de dejar este lugar, ¿por qué no hablamos de algunas cuestiones?

—¿Qué tipo de cuestiones?

—Cambios de vida que creo que deberíamos evaluar.

—¿Como qué?

—Como dónde quieres pasar tu último año de instituto —dijo como de pasada—. ¿Quieres una casa junto a la playa o en uno de los cerros? ¿Adónde iremos el próximo verano, antes de que empieces la universidad?

Por la expresión ilusionada de mamá, que me miraba como si fuera un niño en la mañana de Reyes, adiviné adónde quería llegar.

—¿No tienes un concierto? —pregunté.

—Sí —dijo con un gesto de indiferencia—. En veintidós horas. Tiempo suficiente para responder a todas las preguntas vitales.

Capítulo diecinueve



Había sido un verano digno del libro de los récords. En todos los aspectos que yo no había planeado.

Mamá voló esa misma mañana de vuelta a Vancouver para poder dar su concierto, pero tenía razón en cuanto a que teníamos tiempo para responder a preguntas vitales. Por lo menos a las más acuciantes.

Con ayuda de tío Paul y tía Julie, alquilaríamos algo cerca de ellos para vivir durante el año escolar. Pasaría mi último año de instituto en un mismo centro, con la misma rutina y los mismos compañeros todo el curso. Tía Julie estuvo tan encantada de saber que seríamos vecinas que casi olvidó mi escapada al aeropuerto.

Aún había que ultimar muchos detalles, pero el plan estaba diseñado. Solo faltaba una cosa importante por hacer. En la playa distinguí a lo lejos su bañador azul brillante. Es taba agachado junto a alguien. Lily. Su hija.

Ahora que lo sabía, resultaba evidente. No podía creer que no me lo hubiera imaginado antes.

Lily estaba sobre una toalla, protegida con un enorme sombrero rosa, y golpeaba la arena con una pala de juguete. Incluso desde lejos se apreciaba la cantidad de crema protectora que le habían aplicado, parecía que la hubieran pintado de blanco.

Sonreí al contemplarlos. Quentin se portaba maravillosamente con su hija. La mayoría de los adolescentes habrían salido corriendo antes que aceptar las responsabilidades que conllevaba criar a un bebé como padre soltero. Quentin era afortunado de tener a su familia, pero, aun así, criar a una niña es difícil, sobre todo si al mismo tiempo intentas acabar el instituto y trabajas a media jornada.

No era extraño que pareciera siempre tan cansado. No era extraño que aquel día lo encontrara durmiendo en su camioneta.

Resultaba todo tan evidente...

Quentin levantó el molde de arena con forma de tortuga y Lily dejó escapar un grito de emoción. Miró la tortuga y luego a Quentin, como si fuera lo más maravilloso que había visto

jamás. Yo conocía ese sentimiento.

—Se parece mucho a ti, ¿lo sabías?

Vi que su espalda se tensaba, pero cuando se volvió hacia mí estaba sonriendo. Como si me hubiera estado esperando. Aplanó la arena a su lado e intervino antes de que Lily se metiera en la boca el puño cubierto de arena.

—Lo siento, guapa. El ADN es una auténtica lata.

—Lo decía como un cumplido —dije mientras me sentaba a su lado.

—Entonces el ADN es la leche, guapa. Ya me darás las gracias más tarde. Ya sabes, cuando sepas hablar en lugar de formar pompas de saliva.

Lily le ofreció un puñado de tierra a su padre.

—Hola, Lily. ¿Cómo te va?

Le hice muecas.

Lily golpeó el molde de la tortuga con la pala y se me quedó mirando.

—Para que estés avisada: una vez que le hagas la primera tortuga, ya no podrás parar. Yo perdí la cuenta cuando ya llevaba unas novecientas cincuenta. —Quentin se sacudió la arena de las rodillas—. Y esto es solamente el cálculo de hoy.

Llené el molde de arena, le di la vuelta y destapé una tortuga de arena delante de Lily. Un emocionado gritito seguido de un golpe con la pala que lo destruyó todo. Lily volvió a mirarme expectante.

—Ya te lo dije —advirtió Quentin, que me tocaba el brazo.

Nos quedamos callados, sin saber cómo empezar esa conversación.

Quentin se aclaró la garganta.

—No puedo por menos que observar que estás aquí. En California. —Hizo una pausa—. Te has quedado.

Asentí.

—Sí.

Lily arrojó al aire un puñado de arena. Y la mitad se le cayó en el pelo. Quentin no pareció advertirlo.

—¿Por qué?

—Por muchas razones.

—¿Me incluyes a mí entre ellas? ¿Tal vez?

Parecía inseguro, dubitativo.

Eso me hizo sonreír. Ambos habíamos estado indecisos. Todavía lo estábamos.

—Sí, tú eres una de ellas.

Levantó la mano extendida delante de Lily.

—Choca esos cinco.

Lily le golpeó con la pala.

—Mi madre llegó antes de que yo pudiera ir a verla. Estuvimos hablando. Mucho.

Lily señaló su vasito de bebé y se lo entregó.

—Hemos decidido que pasaremos el curso escolar aquí, en California. Cuando acabe esta gira, ella estará en el estudio y yo iré a un centro en mi último año de instituto. Estamos buscando una casa cerca de la de mis tíos.

Quentin sonreía.

—Significa que...

—Iremos al mismo centro.

Le llevó unos instantes asimilarlo, y a continuación una sonrisa le iluminó la cara.

—¿No me has visto lo suficiente este verano?

Hice una mueca.

—No, creo que tengo que saber mucho más.

Quentin sujetó el vasito para bebés antes de que Lily lo arrojara por encima de su hombro.

—No quiero desanimarte, pero esto es mi vida: ella. —Le caló un poco más el sombrero para protegerle la cara del sol—. Lo que queda aparte de eso no es mucho. Tú te mereces mucho más que esto, Jade. Te mereces más de lo que podré darte.

Otra tortuga de arena encontró la muerte. Yo ya estaba preparando una nueva.

—Creo que merezco ser feliz. —Lily me obsequió con una sonrisa desdentada y yo le devolví la sonrisa—. Y *tú* me haces feliz.

Quentin me tendió la mano.

—Tú también me haces feliz, Jade Abbott.

Yo tomé su mano sin dudar.

—¿Sabes?, me he criado solo con mi madre. Pero el amor que me tenía era más grande que el de un padre y una madre sumados.

Quentin alargó rápidamente el otro brazo para sujetar a Lily, que estaba a punto de caer de espaldas. Sin pretenderlo, confirmó mis palabras.

—Lily estará bien, ya lo verás.

Quentin me apretó la mano.

—Lo sé.

—El problema no era que tuvieras una hija —dije, y me acerqué más a él—. Era que no me lo dijeras. No habría sido tan duro si me lo hubieras dicho tú.

—Ya lo sé, pero... —Señaló la bolsa con los pañales y la cantidad de cosas de bebé que había desparramadas sobre la toalla—. Esta no es una vida fácil, Jade. Para mí no hay otra opción, pero para ti sí.

Lo miré a los ojos.

—No me importa que sea fácil, me importa que sea auténtico.

—Esto es todo lo auténtico que se puede ser, Jade. —Su mirada se encontró con la mía—. Estoy exactamente donde quiero estar.

Seguimos un rato así sentados, sin pronunciar palabra, pero diciéndolo todo. Quentin no se iba a ninguna parte, yo no me iba a ninguna parte. Estábamos donde queríamos estar.

Agradecimientos

Este libro ha sido para mí una auténtica obra de amor. Jade y Quentin siguen conmigo después de meses de haber terminado de escribir su historia. Una historia que no sería la que es sin el equipo que estaba decidido a darles el libro que merecían.

Infinitas gracias a mis editoras, Phoebe Yeh y Elizabeth Stranahan, que pusieron casi tanto de sí mismas en *Casi imposible* como yo misma. Sus consejos y su conocimiento no tienen precio. Sus revisiones y su dedicación a este libro son una prueba de lo comprometidas que están con la tarea de publicar los mejores libros posibles para jóvenes lectores.

Gracias a mi agente, Jane Dystel, por su infatigable trabajo. Tengo mucha suerte de contar con una agente tan entregada y tan profesional.

A todos los escritores de blogs que dan a conocer el mundo de los libros, he de deciros que sois mi inspiración. Para escribir mejor. Para hacerlo mejor. Entregáis mucho al mundo del libro sin esperar nada a cambio. Gracias por continuar leyendo y compartiendo vuestro amor por los libros.

A mis heroínas en el mundo real. Espero que comprendáis lo heroicas que sois. Sois mi lugar feliz en el mundo digital y os considero amigas, aunque a muchas de vosotras no os conozco en persona todavía. Gracias por vuestra amabilidad y vuestro apoyo.

A mi marido y a mi hija: mis amores, mi vida. Sois mi razón para todo.

Y, por último, a todos los lectores que estáis ahí: gracias por dejar que esta rata de biblioteca viva su sueño. No os conforméis nunca con menos de lo que os pertenece.



NICOLE WILLIAMS es una escritora estadounidense que aut publicó los libros El lado explosivo de Jude, El lado peligroso de Jude y El lado irresistible de Jude, que tuvieron un éxito sin precedentes en librerías digitales de EE. UU.